

Arthur Conan Doyle

Las hazañas del brigadier Gerard

Brigadier Gerard - 1

De como el brigadier llegó al castillo de los horrores

Hacéis bien, amigos míos, en tratarme con respeto, pues al honrarme a mí os honráis vosotros mismos y a la Francia entera.

No es quien os habla un viejo militar de bigotes grises, que come su tortilla y bebe su vaso de vino; es una página de la historia, de la historia más gloriosa de nuestro país, que no ha sido igualada por ningún otro.

Soy uno de los últimos de aquellos hombres admirables que antes de dejar de ser muchachos fueron militares veteranos; de aquellos que aprendieron antes a hacer uso de la espada que de la navaja de afeitar, y que durante más de cien batallas no permitieron ni una sola vez que el enemigo viese el color de sus mochilas.

Más de veinte años pasamos enseñando a Europa a pelear, y aun cuando aprendió la lección, fue siempre el termómetro y jamás la bayoneta el que producía algún efecto en el más grande de los grandes ejércitos.

En Berlín, en Nápoles, en Viena, en Lisboa, en Moscú, en todas partes hemos acuartelado nuestros caballos.

Sí, amigos míos, lo repito: hacéis bien en mandar a vuestros hijos a saludarme, pues mis oídos han escuchado las dianas francesas y mis ojos han visto el orgulloso estandarte francés en sitios donde jamás ha llegado a escucharse ni a verse.

Siempre recuerdo con placer aquellos gloriosos tiempos, y después de comer, al echar la siesta en mi butaca, veo desfilar por delante de mí las inmensas filas de guerreros: los cazadores con sus chaquetas verdes, los elegantes coraceros, los lanceros de Poniatowsky, los dragones con sus capotes blancos y los galantes granaderos.

Después oigo el redoblar de los tambores y entre nubes de humo y polvo veo la línea de los bonetes altos, la fila de rostros arrugados por la intemperie y el movimiento de las largas plumas rojas, entremezclado todo con el brillo del acero, y por último, allá a lo lejos, rodeado de Ney, Lefèvre y otros valientes bien conocidos, distingo a nuestro hombrecito, pálido y severo, con sus penetrantes ojillos grises.

Éste es el final de mi sueño. Entonces salto de la butaca lanzando una exclamación de alegría, y *madame* Titaux vuelve a reírse del viejo militar que vive entre las sombras del pasado.

Al terminar las guerras era yo todo un jefe de brigada, con grandes esperanzas de llegar a ser general de división; pero mis principales aventuras no las corrí precisamente cuando conquisté los laureles, sino en los primeros años de mi carrera, y a ellos me refiero generalmente cuando quiero hablar de los trabajos y de las glorias de la vida militar.

Como fácilmente comprenderéis, cuando un oficial tiene a su mando un gran número de hombres y caballos, lleva la cabeza llena de reclutas y refuerzos, de forraje, cuarteles, veterinarios y otras cosas por el estilo; así es que, aun cuando no se

halle frente al enemigo, vive siempre muy preocupado; pero cuando sólo se ha llegado a teniente o a capitán, puede disfrutar de la vida sin preocuparse de nada ni pensar en otra cosa que en divertirse y en enamorar a las muchachas. En esa época de mi vida fue cuando más me divertí yo y cuando corrí la mayor parte de las aventuras que os cuento.

Esta noche voy a referiros cómo visité el castillo de las tinieblas, y también os hablaré de la extraña comisión del teniente Duroc y de la horrible tragedia del hombre que durante algún tiempo fue conocido por el nombre de Juan Carabín, y más adelante por el de barón de Straubenthal.

En el mes de Febrero de 1807, inmediatamente después de la toma de Dantzig, el comandante Legendre y yo fuimos encargados de llevar desde Prusia al Este de Polonia cuatrocientos caballos de refuerzo. Con la crudeza del invierno, y principalmente en la batalla de Eylau, habíamos perdido tantos caballos que nuestro brillante regimiento de húsares estaba amenazado de tener que convertirse en batallón de infantería. Sabíamos, pues, que para evitar esto era grande la ansiedad con que se nos esperaba en las filas, y sin embargo no avanzábamos muy de prisa porque había muchísima nieve, los caminos eran detestables y teníamos sólo veinte hombres convalecientes para ayudarnos. Además, cuando se cambia diariamente de pienso, y a veces no se encuentra nada, es imposible sacar a los animales del paso regular.

Ya sé que en los libros de cuentos la caballería pasa siempre en la más desenfadada carrera; pero por mi parte, después de haber visto más de doce campañas, me daría por muy satisfecho con que mi brigada, durante una marcha, pudiera andar siempre al paso ligero y trotar en presencia del enemigo. Hay que tener en cuenta que al decir esto hablo de los húsares, y que con doble motivo pudiera decirlo de los coraceros y de los dragones.^[2]

Siempre fui muy amigo de los animales, y el tener a mis órdenes cuatrocientos caballos de diversas edades, colores y caracteres, me llenaba de satisfacción. La mayor parte eran de Pomerania, pero los había también de Normandía y de Alsacia.

Nos entretenía mucho el observar que se diferenciaban en el carácter, tanto como los habitantes de los respectivos países de que procedían. Observamos también lo que después he tenido ocasión de comprobar muchas veces, que la índole del caballo se conoce por su color. El esbelto bayo es siempre caprichoso y nervioso, sufrido y valiente el castaño, dócil el roano y el negro terco y poco manejable. Estas observaciones no tienen nada que ver con mi historia; ¿pero cómo queréis que la prosiga un oficial de caballería cuando halla al paso cuatrocientos caballos? Ya lo veis, tengo costumbre de hablar de lo que me interesa y espero interesaros también.

Cruzamos el Vístula frente a Meserwerden y en la misma mañana en que llegamos a Resenberg el comandante se presentó en mi cuarto, en la casa de postas, llevando en la mano un papel.

—Tiene usted que marcharse —dijo con mal reprimido enojo.

No me daba gran pena separarme de él, porque, si me es permitido decirlo, no era digno de tener a sus órdenes un teniente como yo; pero tuve que disimular mi alegría, y silenciosamente saludé, esperando que continuara.

—Acabo de recibir una orden del general Lasalle —añadió—. Debe usted salir inmediatamente para Rossel, y presentarse en cuanto llegue, en el cuartel general.

Ninguna noticia podía haberme complacido más.

Mis oficiales superiores tenían formada muy buena opinión de mí, aunque preciso es decir que ninguno llegó a hacerme justicia. Comprendí que aquella orden tan repentina significaba que mi regimiento entraba de nuevo en campaña, y que Lasalle reconocía que mi escuadrón estaría muy incompleto sin mi presencia. Es verdad que era un poco inoportuno el momento, porque el posadero tenía una hija preciosa, una polaca de cutis blanco como la nieve y de negro y abundante pelo, pero me llamaba el deber y era preciso abandonarlo todo. De suerte que bajé al patio, mandé que me prepararan mi magnífico *Rataplán* y poco después me puse en camino.

Era aquélla, por cierto, bien mala estación para atravesar el país más frío y más pobre de toda Europa; pero el día, aunque crudísimo, estaba muy hermoso. No se veía ni una sola nube en el cielo, cuyo color azul contrastaba con la blancura de la nieve, que brillaba bajo los fríos rayos del sol. Tan glacial era el aire que, al respirar, el aliento parecía quedarse helado, mientras que de las narices de *Rataplán* salían dos elegantes plumajes de vapor y de ambos lados del bocado caían grandes carámbanos. Para que entrara en calor le hice trotar un rato. Yo no sentía el frío. Iba tan preocupado que ni siquiera pensaba en él.

Hacia el Sur, lo mismo que hacia el Norte no se veía sino grandes llanuras cubiertas de nieve, y por toda vegetación algún grupo de pinos negros o de claros álamos. De vez en cuando daba con algún caserío; pero sólo tres meses hacía que había pasado por allí un gran ejército^[3], y ya sabéis lo que esto significa para cualquier país.

Cierto que los polacos eran amigos; pero de entre cien mil hombres sólo los guardias tenían donde resguardarse, los demás tenían que vivir como mejor podían. Así que no me sorprendió nada el no ver salir humo de las chimeneas de las desoladas casas ni señales de ninguna clase de ganado. El ejército de Napoleón dejaba siempre huellas, y se decía que hasta las ratas morían de inanición por donde el Emperador pasaba con sus hombres.

Hacia el medio día llegué a la aldea de Saalfeldt, pero pude avanzar muy poco a poco, porque como tenía que marchar por el camino real que conducía a Osterode, donde pasaba el emperador el invierno, así como también el cuartel general de las siete divisiones de infantería, lo encontré todo cuajado de carros y de coches. Entre las arcas, vagones y correos y la larga fila que sin cesar aumentaba de reclutas y rezagados, me pareció que nunca iba a llegar a incorporarme a mi regimiento; así que fue grande mi satisfacción cuando hallé un sendero que, por entre extensas filas de pinos, conducía también hacia el Norte. En el cruce había una taberna, y en el

momento de llegar yo una sección de húsares de Conflans montaba a caballo. A la entrada de la taberna vi al oficial, un joven alto, delgado y pálido, que más bien parecía un estudiante de cura recién salido del seminario que el jefe de los hombres que tenía a sus órdenes.

—Buenos días —me dijo cortésmente al ver que detenía el caballo.

—Muy buenos —contesté; y para presentarme con toda formalidad, añadí—: soy Esteban Gerard, teniente de húsares del décimo regimiento.

En la cara que puso comprendí que había oído hablar de mí. Todo el mundo conocía mi nombre desde cierto lance que tuve con los seis maestros de esgrima. Pero mi amabilidad le inspiró confianza.

—Yo soy Duroc —contestó—, segundo teniente del 3.º.

—¿Recién venido? —pregunté.

—La semana última.

Me lo había figurado, juzgando por su color tan pálido y el ver cómo permitía a sus hombres haraganear en la silla; pero no hacía mucho que yo mismo había aprendido lo que ocurre cuando, siendo casi un chiquillo, tiene uno que dar órdenes a soldados veteranos. Me acuerdo que en los primeros días de mi llegada al ejército me ruborizaba al mandar a quienes habían asistido a más combates que años tenía yo. Entonces me hubiera parecido más natural el decir: «Con su permiso nos pondremos en fila», o «Si a ustedes les parece bien empezaremos a galopar». Así que no por aquello formé mala opinión del muchacho; mas para ayudarle un poco lancé a los soldados una mirada que comprendieron al momento, y se pusieron más derechos que un poste del telégrafo.

—¿Sigue usted este camino del Norte? —pregunté.

—Tengo orden de patrullar entre este punto y el pueblo llamado Arsendorf —me contestó.

—Pues entonces, si usted quiere, iremos juntos hasta allí. Creo que el camino más largo resultará por fin el más corto.

Así fue, pues el sendero que seguíamos, desviándose de la carretera, atravesaba un gran campo abierto que fue cedido a los cosacos y merodeadores, y estaba tan desolado y triste como animado y llano el camino real. Duroc y yo abríamos la marcha, seguidos de sus seis hombres de caballería. Era un buen muchacho aquel Duroc, aunque tenía la cabeza bien repleta de las tonterías que enseñan en Saint-Cyr^[4]. Estaba más enterado de la historia de Alejandro Magno y de las campañas de Pompeyo que del manejo del forraje o del arreglo de las herraduras de su caballo. Sin embargo, repito que era un buen muchacho, sin malicia ni doblez ninguna. Me agradó mucho oírle hablar de su madre y de su hermana María, que vivían en Amiens.

Después de un rato de marcha entramos en la aldea de Hayenan, y al pasar por la casa de postas Duroc se detuvo para hablar con el dueño.

—¿Puede usted decirme —preguntó— si vive por aquí el barón de Straubenthal?

El hombre respondió negativamente y proseguimos nuestro camino.

Aquello no me llamó la atención; pero cuando al entrar en la próxima aldea repitió Duroc la pregunta con el mismo resultado, no pude menos de interrogar quién era el tal barón.

—Es un hombre —contestó el muchacho sonrojándose ligeramente— a quien tengo que confiar una comisión de suma importancia.

No me satisfizo por completo la respuesta; pero comprendí que sería una imprudencia el insistir, y me callé.

Mi compañero continuaba haciendo la misma pregunta a todas cuantas personas encontrábamos en el camino, y yo, por mi parte, como debe hacer todo buen oficial de caballería, procuraba enterarme del terreno que pisábamos, fijándome hasta en los menores detalles. A cada paso nos alejábamos más y más del cuartel general, cuyas avanzadas denunciaban hacia el Sur grandes penachos de humo. Al Norte, entre nosotros y el campamento ruso, nada se divisaba; digo mal: en dos ocasiones me pareció haber visto brillar, allá en un extremo del horizonte, las lanzas de los cosacos.

El sol empezaba ya a ocultarse cuando, al descender por una colina, nos encontramos con una aldeíta a la derecha y a la izquierda con un gran castillo que se destacaba de entre los bosques de pinos.

A un aldeano de mala facha que se acercaba a nosotros guiando un carro le preguntó Duroc:

—¿Qué aldea es ésta?

—Arsendorf —respondió el hombre bárbaro dialecto alemán.

—Entonces hemos llegado al término de mi viaje —dijo Duroc. Y añadió dirigiéndose nuevamente al aldeano—. ¿Podrá usted manifestarme si vive por aquí el barón de Straubenthal?

—Es el dueño del Castillo de los Horrores —contestó el hombre señalando las negras torrecillas que sobresalían en el lejano bosque.

Al oír esto Duroc lanzó una exclamación muy parecida a la que pudiera lanzar un cazador al ver levantarse la caza a dos pasos de él. Creí que había perdido la razón. Sus ojos despedían chispas; tenía la cara más lívida que un difunto, y fue tan feroz la mirada que lanzó sobre el aldeano, que éste se apartó lleno de miedo. Me parece estarle viendo ahora inclinado sobre el caballo y dirigiendo sus ojos de fuego hacia el negro castillo.

—¿Por qué se llama el Castillo de los Horrores? —pregunté.

—Es el nombre que le dan por aquí —contestó el aldeano— con motivo de los horribles sucesos que han ocurrido en él. Hace catorce años que lo habita el hombre más bribón, el más malvado de toda la Polonia.

—¿Es algún noble polaco?

—No —fue la respuesta—. En nuestra tierra no se crían seres tan asquerosos.

—Es francés, ¿verdad? —exclamó Duroc.

—Dicen que vino de Francia.

—¿Tiene acaso el pelo rojo?

—Casi como un tomate.

—Sí, sí, justo; él es —exclamó mi compañero visiblemente excitado—. La mano de la Providencia me ha guiado a este sitio. ¡Y luego dirán que no hay justicia en el mundo! Vamos, Gerard, necesito alojar a mis hombres antes de atender a este asunto particular.

Metimos espuelas a los caballos y cinco minutos después llegábamos a la posada, donde debían quedar los hombres aquella noche.

El asunto particular de Duroc no tenía, por supuesto, nada que ver conmigo, y sin embargo, me había chocado muchísimo la excitación de aquel muchacho.

Todavía me quedaba mucho que andar hasta Rossel y resolví proseguir mi camino, con la esperanza de encontrar más adelante algún caserío donde pudiéramos pasar la noche *Rataplán* y yo. Con esta idea, y después de apurar un buen vaso de vino, volví a montar; pero apenas *Rataplán* había dado el primer paso, cuando Duroc salió apresuradamente y me detuvo.

—*Monsieur Gerard* —exclamó—, ruego a usted no me abandone de esta manera.

—¿Pero qué es lo que le pasa? ¿Puedo yo ayudar a usted en algo?

—Sí, señor, mucho. He oído hablar muchísimo de usted, y a nadie mejor quisiera tener a mi lado esta noche.

—¿Olvida usted que voy a incorporarme a mi regimiento?

—Es imposible que llegue usted a Rossel esta noche —repuso Duroc—. Mañana podrá usted ir directamente desde aquí. Al quedarse conmigo esta noche me hará usted un favor grandísimo. Ruégole me ayude en un asunto en que va envuelto mi honor y el de mi familia. Sin embargo, debo advertirle que probablemente correremos algún peligro.

No pudo haberme dicho nada más de mi gusto.

Salté del caballo, y llamando a un criado lo entregué, mandándole que lo llevara la cuadra.

—Vamos adentro —dije—, y explíqueme usted qué es lo que quiere de mí.

Me condujo al comedor de la posada y cerró cuidadosamente la puerta para que nadie nos interrumpiese. Sin saber por qué, aquel joven me inspiraba profunda simpatía. Su uniforme de color gris plateado le sentaba admirablemente. Al comenzar su historia, la luz del quinqué, reflejando la seriedad de rostro, le hacía aparecer más viejo que lo era. Sin decir que se portaba tan bien como yo me porté a su edad, confieso que había bastante semejanza entre los dos, y que esto despertaba en mí el más vivo interés.

—En pocas palabras —empezó diciendo—, lo explicaré todo. Si no se lo he contado a usted antes ha sido porque me duele el hablar de este asunto, pero no puedo pedir su ayuda sin decir para qué le necesito.

»Fue mi padre el conocido y reputado banquero Cristóbal Duroc, que murió a manos del populacho durante la revolución de Septiembre. Ya sabe usted cómo se apoderó el pueblo de las cárceles, cómo nombró tres falsos jueces para sentenciar a los desgraciados aristócratas y cómo éstos, al salir a la calle después de aquella horrible farsa, fueron vilmente asesinados. Mi padre fue un bienhechor de los pobres y hubo muchos que pidieron por él. En aquellos días estaba enfermo con fiebre y le llevaron medio muerto, tendido sobre una manta, a presencia de los jueces. Dos de los tres que habían de juzgarle se pusieron de su parte. El tercero, un joven jacobino^[5] que por su corpulencia y sus instintos brutales llegó a ser uno de los ídolos del populacho, le sacó arrastrando de la manta con sus propias manos, le pisoteó repetidas veces con sus enormes y pesadas botas y después le echó a la calle, donde fue despedazado en circunstancias imposibles de describir. Comprenderá usted que,

aun teniendo en cuenta las injustas leyes de aquella época, la horrorosa muerte de mi padre fue un asesinato, puesto que dos de los tres jueces querían absolverle.

»Restablecido el orden, mi hermano mayor comenzó a practicar diligencias para averiguar el paradero de aquel hombre, aquella fiera mejor dicho. Yo era entonces muy niño, pero se hablaba del suceso en mi presencia y me enteré de todo. Supimos que se llamaba Carabín, que era uno de los guardias de Santerre y que tenía fama de ser un duelista de primera. Nos dijeron también que una señora extranjera, la baronesa de Straubenthal, fue arrastrada a su presencia, pero que pudo obtener la libertad prometiendo ser suya, con todos sus bienes y propiedades. Se casó con ella, tomó su título y su dinero y huyó de Francia al caer Robespierre. Después no pudimos nunca saber qué fue de él.

»Creerá usted quizás que, conociendo su nombre y su título, sería fácil encontrarle; pero no hay que olvidar que la revolución nos dejó sin dinero, y sin dinero en tales casos poco puede hacerse. Vino el imperio y entonces aumentaron las dificultades, porque el emperador dispuso que con el 18 Brumario quedaban liquidadas todas las cuentas, y que aquel día quedaba echado un velo sobre lo pasado, pero nosotros no podíamos olvidar las atrocidades cometidas con nuestro padre.

»Mi hermano mayor ingresó en aquel tiempo en el ejército y anduvo por todo el Sur de Europa indagando el paradero del barón de Straubenthal. En el mes de Octubre del año último fue herido en Jena^[6], y murió sin haber podido vengar a nuestro pobre padre. Yo voy a ser más afortunado, pues he tenido la suerte de hallar al barón en una de las primeras aldeas que visito, y para colmo de mi fortuna me veo acompañado por un bravo militar cuyo nombre va asociado a multitud de hechos heroicos, tan generosos como atrevidos.

Con sumo interés había escuchado la historia de Duroc, pero no comprendía qué quería de mí.

—¿En qué puedo serle útil? —pregunté.

—Acompañándome en mi visita.

—¿Al castillo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¿Pero qué piensa usted hacer?

—Lo sabrá cuando llegue allá. Le suplico que no me niegue el favor.

Nunca rehusé yo ninguna aventura, y además simpatizaba mucho con el joven. Bien está que perdonemos a los enemigos, pero es natural que les demos a ellos algo que perdonar. Pensando así y tendiéndole la mano con el mayor afecto, le dije:

—Mañana a primera hora tengo que salir para Rossel, pero esta noche estoy a su disposición.

Dejamos bien alojados a los soldados, y como el castillo no distaba de la posada una legua, no quisimos molestar a los caballos. Para decir la verdad, no me hace

mucha gracia ver a pie a ningún soldado de caballería. Jinete en su caballo le encuentro airoso y elegante, pero me parece torpe y desgarrado cuando tiene que recoger el sable con una mano y volver los pies hacia adentro para no tropezar con las espuelas. Sin embargo, Duroc y yo teníamos la edad en que todo sienta bien, y estoy seguro de que a ninguna mujer le hubiera disgustado el tipo de ninguno de los dos húsares, uno de azul y otro de gris, que salieron aquella noche de la posada de Arsendorf.

Tomamos el sendero que conducía al castillo por entre un espeso bosquecillo de pinos, y era la niebla tan densa y oscura que apenas veíamos el camino. Sólo se distinguía a veces, por encima de nuestras cabezas, algún trocito de cielo cubierto de estrellas.

Después de andar un buen rato nos encontramos frente al gran Castillo de los Horrores. Era un edificio enorme y feísimo, con torrecillas negras en las cuatro esquinas y una gran torre en el centro, que servía como de centinela avanzado. La enorme puerta, tachonada de clavos de hierro, no tenía ni aldaba ni campanilla, por lo cual tuvimos que hacer uso de los puños de nuestros sables para llamar.

En toda la inmensa fachada sólo se veía en una ventanita una luz misteriosa; ruido no se oía ninguno. Jamás he visto casa de aspecto más sombrío ni más triste. Algo terrible me parecía notar en el silencio y la obscuridad que tan perfectamente se avenían con el siniestro nombre del castillo.

Por fin salió un hombre alto y delgado, con una barba que le cubría los dos lados de la cara. En la mano derecha llevaba un farol y en la izquierda una gruesa cadena, de la que tenía amarrado un enorme perro de presa. Sin duda su primera intención fue amenazarnos con las furias del animal, pero al ver nuestros uniformes cambió de parecer, aunque nos contempló con bien mala cara.

—El barón de Straubenthal no recibe visitas a estas horas —dijo hablando en excelente francés.

—Puede usted manifestar al barón —repuso mi compañero—, que he recorrido ochocientas leguas sólo por verle, y que no me iré de aquí hasta que haya hablado con él.

No pude menos de admirar el tono de su voz. No hubiera podido hablar mejor yo mismo.

El hombre, acariciándose la barba nos miró de reojo durante unos instantes, pensando sin duda lo que había de decir.

—Hablando con franqueza, señores —exclamó al fin—, a estas horas el barón toma sus copitas de vino, y estoy seguro de que no le haría mucha gracia la visita. Más valiera que volvieran ustedes mañana.

Mientras así se expresaba abrió de par en par la puerta, y entonces pudimos ver que detrás de él tenía tres hombres casi de su misma catadura. Uno de ellos llevaba amarrado otro enorme perro de presa.

—Basta de charla —exclamó Duroc amoscándose, apartando al hombre y

entrando resueltamente—. Es con su amo y no con usted con quien necesito hablar.

Tan grande es la influencia que ejerce uno que sabe lo que quiere sobre otros que no lo saben, que al verle avanzar con decisión los cuatro se retiraron para dejarle sitio.

—Guíeme usted a la estancia donde el barón se halle —dijo Duroc encarándose con uno de ellos como si fuera un criado.

El hombre se encogió de hombros y contestó en polaco. El que nos abrió la puerta parecía ser el único que hablaba francés.

—Bien, sea como ustedes quieren —dijo este último—. Verán al señor barón, pero quizás antes de terminar la visita pensarán que hubiera sido preferible seguir mi consejo.

Sin replicar palabra le seguimos por un pasillo de piedra, cuyo suelo se hallaba cubierto de pieles. En las paredes había en abundancia cabezas de animales salvajes, pero revelando todo suciedad y pobreza.

Al llegar al extremo del pasillo abrió una puerta y seguimos adelante, hasta que nos hallamos en una habitación pequeña y desamueblada, con el mismo aire de suciedad y miseria. Los tapices estaban tan viejos y deteriorados, que por varios sitios dejaban ver la tosca pared de piedra. En el testero opuesto había otra puerta muy parecida a aquélla por donde habíamos entrado, pero cubierta con una cortina negra. En el centro se hallaba una mesa, sobre la que se veían restos de comida y buen número de botellas vacías. Sentado a la mesa y con una copa en la mano vimos a un hombre corpulento, con larga cabellera y barba no menos larga y enmarañada, ambas de color anaranjado. En mis numerosas aventuras he tenido ocasión de ver muchas caras perversas, pero tan repugnante y llena de maldad como aquélla no la vi nunca. Los ojillos hundidos, las mejillas blancas y barbudas, y los labios gruesos, sobre todo el inferior, formaban un conjunto horrible. Meneando la cabeza nos contempló durante un rato con la mirada vaga y torpe de un hombre ebrio, aunque no lo estaba por completo, pues comprendí que había reconocido nuestras uniformes.

—¡Hola, valientes! —exclamó—. ¿Qué noticias traéis de París? ¿Conque vais a liberar a Polonia? Y mientras tanto sois esclavos vosotros mismos, esclavos de un hombrecillo aristocrático, con su gabán gris y su sombrero de puntas. Dicen también que ya no habrá ciudadanos^[7], nada más que *madame* y *monsieur*. ¡Cáspita! Cuántas cabezas tienen que caer al serrín todavía. No tardarán...

Duroc avanzó silencioso y fue a colocarse junto al barón.

—¡Juan Carabín! —dijo con voz de trueno.

El barón se estremeció. La nube de la embriaguez parecía desaparecer de sus ojos.

—¡Juan Carabín! —volvió a decir Duroc.

El hombre se incorporó rápidamente, y apoyando las manos en los brazos de la butaca preguntó mirándole con fijeza:

—Joven, ¿por qué repite usted ese nombre?

—Juan Carabín, hace muchos años que ando buscándole.

—Aunque fuera cierto que en algún tiempo me llamaran así, ¿qué puede importarle a usted, puesto que sería entonces una criatura?

—Me llamo Duroc.

—¿Duroc, hijo de...?

—Sí, hijo del hombre a quien asesinó usted cobarde y villanamente.

El barón trató de reírse, pero comprendí que temblaba.

—Joven, olvidemos lo pasado —dijo—. Aquéllos eran días de lucha, de guerra a muerte. Son cosas que no tienen remedio. Su padre pertenecía a los girondinos^[8] y

cayó. Yo pertenecía a los jacobinos. La mayor parte de mis compañeros cayeron también. ¡Qué quiere usted! Cosas de la vida. Olvidémoslo todo. Usted y yo llegaremos todavía a ser buenos amigos.

Y tendió una mano velluda y fea.

—¡Basta! —vociferó el joven—. Si yo le atravesara a usted con mi sable, dejándolo clavado en la butaca, haría lo que debía hacer. Es una deshonra cruzar mi sable con el suyo. Sin embargo, es usted francés y ha peleado bajo la misma bandera que yo peleo. Levántese, pues, y defiéndase.

—¡Quiá! —balbuceó el barón—, ésas son cosas de jóvenes, y yo...

Duroc no tuvo calma para oír más, y con la mano derecha le descargó una tremenda bofetada.

—¡Esta bofetada le costará a usted la vida! —exclamó el barón.

—Vaya, ya nos vamos entendiendo —repuso Duroc.

—¡Mi sable! —gritó el barón—. Prometo no hacerle esperar. Poco tiempo necesito para arreglarle a usted las cuentas.

Y salió de la habitación precipitadamente.

Como dije antes, en frente de donde estábamos había una puerta cubierta con una cortina. Apenas había desaparecido el barón salió por aquella puerta una mujer joven y hermosa, la cual, acercándose silenciosamente a nosotros, le dijo a Duroc con voz apenas perceptible:

—Lo he visto todo. Se ha portado usted admirablemente.

En seguida cogió la mano de mi amigo y se la besó repetidas veces.

—Pero, señora —exclamó Duroc—, ¿por qué me besa usted la mano?

—Porque es la mano que ha castigado su inmundada boca, esa boca que pronuncia tan horribles blasfemias. Porque es la mano que vengará a mi querida madre. Soy su hijastra. Mi pobre madre murió de los disgustos que ese hombre la dio. Le odio y le temo. ¡Ah! Oigo sus pasos, ya vuelve. ¡Ánimo, joven, mucho ánimo!

Y desapareció tan súbitamente como había venido.

Un momento después entró el barón con un sable desenvainado en la mano y seguido del hombre de la barba negra que nos había abierto la puerta.

—Este señor, que es mi secretario, me servirá de padrino —dijo—. Pero necesitamos más espacio que el que hay aquí. Hagan ustedes el favor de pasar a este otro departamento.

Como era imposible de todo punto batirse en una habitación donde apenas cabíamos todos le seguimos por el pasillo, en cuyo extremo brillaba una luz a través de una puerta entreabierta.

—Aquí tenemos lo que nos hace falta —dijo el secretario entrando en un departamento grande y completamente desamueblado.

Apoyadas en las paredes había una larga hilera de barricadas y cajas de madera de varias formas y tamaños. En un ángulo, colocado sobre un anaquel, un enorme quinqué alumbraba la estancia. El pavimento reunía buenas condiciones para el objeto.

Duroc entró con el sable desenvainado. El barón, retirándose un poco y haciendo una ligera inclinación de cabeza, me invitó a seguir a mi compañero. Apenas traspuse la entrada se cerró la pesada puerta y la llave crujió en la cerradura. Habíamos caído en la ratonera.

Al principio nos parecía mentira; no hubiéramos podido nunca sospechar aquella villanía, aquella canallada; pero al darnos cuenta de lo necios que habíamos sido al fiarnos por un momento de aquel hombre, de aquel miserable, nos pusimos furiosos. Furiosos contra el polaco y contra nosotros mismos por nuestra estupidez.

Lo primero que hicimos fue lanzarnos contra la puerta vociferando y pataleando con todas nuestras fuerzas. El ruido que metimos debió de resonar en todo el castillo, pero fue inútil. La única respuesta que obtuvieron nuestros gritos fue el eco que vibraba en el techo encima de nosotros. Era una puerta muy pesada, una de esas puertas que se encuentran en los castillos de la Edad Media, y todos nuestros esfuerzos no producían efecto alguno. Cuando uno ha servido algunos años aprende a conformarse con lo que no tiene remedio. Yo fui, pues, el primero en recobrar la calma, y persuadí a Duroc a que me ayudase a registrar la habitación que para nosotros se había convertido en cárcel.

Sólo tenía una ventanita muy alta, sin cristal y tan estrecha que era materialmente imposible sacar por ella la cabeza. Duroc se encaramó sobre un tonel para mirar si se veía algo.

—¿Qué ve usted? —le pregunté.

—Una larga avenida cubierta de nieve —contestó—, y algunos grupos de pinos;

nada más.

En seguida lanzó una exclamación, y yo de un salto me puse a su lado. Vi un hombre, jinete en un magnífico caballo gris, que galopando a más no poder atravesaba la avenida en dirección contraria a la que habíamos traído nosotros, y que después de un momento se ocultó a nuestra vista por entre las negras sombras del bosque.

—¿Qué significará eso? —preguntó Duroc.

—Nada bueno para nosotros —respondí—. Probablemente habrá enviado el polaco algún criado en busca de algunos amigos para ahorcarnos o cosa parecida. Lo que debemos hacer es buscar el medio de salir de la ratonera antes de que llegue el gato.

Lo único que teníamos de bueno era la luz. El quinqué estaba casi lleno de aceite y nos duraría hasta la mañana. A obscuras, nuestra situación hubiera sido más difícil.

No sabiendo qué hacer nos pusimos a examinar las barricas y las cajas colocadas a lo largo de las paredes. En algunos sitios había sólo una fila, pero en otros, sobre todo en un ángulo, estaban amontonadas hasta tocar casi en el techo. Indudablemente nos habían encerrado en la despensa del castillo, pues las cajas contenían quesos, frutas secas y legumbres de varias clases, y en las barricas había vino. Una tenía puesta la llave, y como yo había comido muy poco aquel día, parecióme que no me sentaría mal un vasito de clarete. Me lo escancié, y cortando un buen pedazo de queso me puse a cenar tranquilamente. Duroc no quiso tomar nada. Estaba desesperado y no hacía más que dar vueltas de un lado a otro, profiriendo maldiciones contra el polaco y diciendo de vez en cuando:

—Todavía me las ha de pagar. ¡Juro que no escapará de mis manos!

No estaba mal aquello: pero mientras comía mi queso y bebía mi vino se me ocurrió que el joven Duroc pensaba demasiado en sus cosas y hartó poco en el compromiso en que a mí me había metido. Después de todo, hacía catorce años que había muerto su padre y aquello ya no tenía remedio. Pero he aquí a Esteban Gerard, el oficial más galante y más audaz del ejército, en inminente peligro de perder la vida en los comienzos de su brillante carrera. ¡Quién sabía los honores y las glorias que llegaría a conquistar si saliera de allí! Y no pude menos de pensar en la tontería que había cometido al mezclarme en un asunto en que nada tenían que ver ni Francia ni el emperador. Bastante era el tener que luchar con un millón de rusos, sin meterme en cosas ajenas.

—Todo eso está muy bien, amigo mío — dije por fin—. Haga usted lo que mejor le parezca cuando lo pesque, pero mientras tanto debemos pensar qué es lo que el polaco se propone hacer con nosotros.

—Que haga lo que quiera —exclamó Duroc—, yo vengaré a mi padre.

—Perfectamente, usted se acuerda de su padre y yo me acuerdo de mi madre. Por ella necesito salir de aquí sano y salvo.

—Es verdad —dijo humildemente—, tiene usted mucha razón, señor Gerard.

Dispéñseme usted, he pensado demasiado en mí mismo. ¿Qué opina usted que debemos hacer?

—De una cosa podemos tener completa seguridad —respondí—, que no nos han encerrado aquí para nada bueno. Piensan acabar con nosotros de alguna manera. Creen nadie sabe a dónde hemos venido, y que si desaparecemos misteriosamente a ninguno se le ocurrirá venir al Castillo de las Tinieblas a preguntar por nosotros. ¿Saben sus hombres a donde ha venido usted?

—No les dije nada.

—Es evidente que no piensan matarnos de hambre, porque hay aquí alimentos para días. De modo que tendrán que entrar para darnos muerte. Por supuesto, nos pudiéramos defender contra los cinco individuos que vimos en el pasillo, y comprendiéndolo así, han enviado a buscar ayuda.

—Tenemos que salir de aquí antes que ésta llegue.

—Si hemos de salir, tiene que ser antes; porque lo que es después...

—¿No podríamos pegar fuego a la puerta?

—Nada más fácil. Hay algunos barriles de aceite en aquel rincón y tengo cerillas en el bolsillo. Pero encuentro un inconveniente, y es que el remedio resultaría peor que la enfermedad, puesto que moriríamos achicharrados.

—¿Pero no se le ocurre a usted algo? —preguntó Duroc con acento desesperado. Y añadió en seguida—: ¡Chist! ¿Qué es eso?

Un ruidito hecho en la ventana nos llamó vivamente la atención. Nos pusimos a mirar y vimos una mano blanca y menuda que traía entre los dedos un objeto brillante. De un salto nos encaramamos sobre la barrica.

—¡Pronto!, ¡pronto! —exclamó una voz de mujer—. Han ido a buscar a los cosacos y les van a matar a ustedes. ¡Dios mío, estoy perdida! ¡Ay de mí!

Y llegó a nuestros oídos el ruido de pasos apresurados, una especie de rugido de rabia y un tremendo golpe, que un instante después fue seguido de un grito de dolor y angustia.

—¡Esos asesinos la matarán! —dijo Duroc, y se puso a golpear la puerta violentamente y como fuera de sí.

—¡Si está aquí la llave! —exclamé recogiendo del suelo una llavecita. Se conoce que la trajo y no tuvo tiempo de advertírnoslo.

Duroc me la arrebató de las manos, y un momento después la arrojó al suelo desesperadamente. Era tan pequeña que en la cerradura de la puerta se perdía por completo. La desesperación de mi compañero no tenía límites. Yo también me acordaba de aquella pobre mujer y me mordía de rabia el bigote; pero no me desconcerté ni muchísimo menos, y se me ocurrió que, después de todo, aquella llave debía tener algún objeto. ¿Cuál sería éste?

Al cabo de un rato, y creyendo haber descubierto el enigma, me puse a mover las cajas y apartarlas de la pared. Duroc me ayudó con todas sus fuerzas, pero la tarea no era fácil, porque algunas pesaban mucho. Como locos estuvimos trabajando hasta

retirarlo todo, y por fin ya no quedaba más que un enorme tonel de *vodka*. Entre los dos lo retiramos también después de algunos esfuerzos, y tuvimos la satisfacción de encontrar en la pared una puertecilla en cuya cerradura encajaba perfectamente la llave. La abrimos, y con el quinqué en la mano entré seguido de Duroc. Pronto nos vimos en el polvorín del castillo, lleno de barriles de pólvora. Uno de éstos se hallaba abierto, y su contenido, desparramado por el suelo, formaba en el centro un negro montón. En un extremo del polvorín vimos una puerta, pero también estaba cerrada con llave.

—En total, estamos como antes estábamos —dijo Duroc—; no tenemos llave para esa puerta.

—Tenemos una docena —repuse.

—¿Dónde?

Indiqué los barriles de pólvora.

—¿Piensa usted derribar la puerta volándola?

—Eso pienso.

—Pero volará el polvorín.

Tenía razón. Volví a meditar, y al cabo de unos instantes dije:

—Pues volaremos la puerta de la despensa.

Corrí allá y cogiendo una lata que contenía velas volví al almacén. La lata tenía próximamente el tamaño de mi gorra, y por tanto, podía contener algunas libras de pólvora. Saqué las velas, y mientras Duroc la llenaba yo corté un cabito. Cuando terminamos la operación, difícil hubiera sido hallar un ingeniero que idease mejor petardo.

Volviendo de nuevo a la despensa, colocamos tres quesos, uno sobre otro, contra la puerta, y encima del último la lata, que llegaba exactamente a la cerradura. En seguida encendimos el cabito de vela y corrimos al polvorín, cerrando con cuidado la puertecilla.

No es ninguna broma, amigos míos, esperar rodeados de barriles de pólvora a que estalle un petardo como el que acabábamos de colocar. Si el fuego llegaba a penetrar por la puertecilla nuestros ennegrecidos cuerpos volarían más altos que las torres del castillo.

Parecía mentira que un cabito de vela, de media pulgada escasamente, tardara tanto en consumirse. Ya estaba yo pensando que se habría apagado cuando oímos una detonación espantosa. La puerta cayó hecha trizas, y pedazos de quesos mezclados con manzanas, nabos, zanahorias y otras cosas vinieron a caer muy cerca de nosotros.

Lanzándonos hacia la entrada tuvimos que atravesar una nube de humo y pasar por encima de multitud de estorbos esparcidos por el suelo, pero la luz que penetraba por el hueco donde antes se hallaba la puerta nos vino a demostrar que el petardo había causado sus efectos. Había hecho más de lo que nosotros nos proponíamos. No sólo quedaba abierta la cárcel, sino destruido también el carcelero. Lo primero que vi al salir al pasillo fue a un hombre tendido en el suelo, con una enorme hacha en la mano y una tremenda herida en la frente. Un poco más allá agonizaba uno de los temibles perros de presa. En el mismo momento me hizo volver la cabeza un grito de Duroc, a quien vi sujeto contra la pared y con los dientes de otro perro clavados en la garganta. Rechazándolo con la mano izquierda le atravesó el cuerpo repetidas veces, pero no murió hasta que yo le solté un tiro en la cabeza y cayó redondo.

Los ayes de dolor y angustia de una mujer nos hicieron comprender que probablemente llegaríamos demasiado tarde. En el pasillo encontramos otros dos hombres, pero se acobardaron al vernos con los sables desenvainados. La sangre caía a chorros del cuello de Duroc, tiñendo de rojo la piel gris que adornaba su capote. Sin embargo, tal era su excitación, que, sin fijarse en nada, pasó por delante de mí, y entonces se ofreció a mi vista una triste escena que se desarrollaba en la estancia donde por primera vez habíamos visto al dueño del Castillo de los Horrores.

El barón se hallaba de pie en medio de la estancia, con la barba erizada como las melenas de un león furioso. Dije antes que era un hombre enorme, muy ancho de espaldas, y aun en momentos tan críticos no pude menos de pensar que, a pesar de sus villanías, tenía arrogante figura para granadero. Su hijastra estaba acurrucada en la butaca detrás de él. Un gran verdugón en el brazo derecho y un látigo de perros caído en el suelo nos hicieron comprender que apenas habíamos llegado a tiempo de salvarla de su brutalidad.

Lanzó el barón un rugido cuando entramos, y blasfemando horriblemente adelantóse hacia nosotros blandiendo el sable.

He dicho ya que, por lo reducido de la estancia, no era posible batirse allí. Duroc se hallaba delante de mí, en el estrecho espacio comprendido entre la mesa y la pared, de manera que me era imposible ayudarle. El joven manejaba el sable perfectamente y era suelto y astuto; pero la estrechura del sitio, la estatura gigantesca y las fuerzas hercúleas del polaco le daban a éste gran ventaja. Además era excelente tirador. Dos veces tocó a Duroc en el hombro, y luego, cuando al joven se le escapó el sable de la mano, levantó el suyo para terminar su obra antes de que pudiera recobrarlo; pero me moví yo más rápidamente que él y recibí el golpe en el puño de mi sable.

—Dispense usted —le dije—, aún tiene usted que vérselas con Esteban Gerard.

El hombre se recostó contra la pared. Estaba algo fatigado y respiraba penosamente. La mala vida que llevaba le impedía, sin duda, hacer grandes esfuerzos.

—Respire usted —añadí—, esperaré a que descanse.

—Pero usted no tiene motivos para batirse conmigo —balbuceó.

—Le debo algo por haberme encerrado en su despensa —contesté—; pero si no existiera éste motivo, bastaría la marca que veo en el brazo de esa señorita.

—Corriente. Pues allá va —vociferó lanzándose sobre mí como un loco.

Por unos momentos vi sólo aquellos dos ojillos azules que echaban chispas de rabia, y aquella punta del sable que se movía con rapidez de derecha a izquierda y volvía siempre a mi pecho y garganta. Nunca creí que tan perfecta esgrima se hubiera conocido en París durante los días de la revolución, y puedo asegurar que no habré tropezado ni con media docena de hombres que mejor hayan conocido el manejo del sable.

Sin embargo, el barón comprendía que yo le aventajaba; leía la muerte en mis ojos y veía que estaba resuelto a acabar con él.

Se puso lívido, su respiración era cada vez más fatigosa, pero a pesar de todo

continuó batiéndose, aun después de recibir la estocada fatal, y murió por fin luchando y maldiciendo.

El cuadro era horrible, de los más horribles que se han ofrecido a mis ojos, acostumbrados a ver cosas horrorosas.

Apenas su cuerpo cayó rodando por el suelo, la joven se levantó batiendo palmas y dando gritos de alegría al verse libre de las manos de aquel monstruo; en esto que un olor asfixiante, que hasta mí llegaba, parecía que me iba a ahogar. Al mismo tiempo un siniestro resplandor hizo resaltar las figuras en los viejos tapices de las paredes.

—¡Duroc, Duroc! —grité, el castillo está ardiendo.

El pobre muchacho se hallaba privado de conocimiento, y sus fuerzas estaban agotadas a consecuencia de la pérdida de sangre.

Salí a escape al pasillo para ver de dónde partía el fuego y encontré ardiendo la puerta. Dentro de la despensa algunas cajas ardían ya. La sangre se me heló en las venas al ver las llamas tan cerca de los barriles de pólvora. Podía tardar el fuego dos o tres segundos a lo sumo unos minutos, en llegar a la entrada del polvorín. Estos ojos se habrán cerrado para siempre cuando yo olvide aquellas llamas que avanzaban hacia un negro montón de pólvora. Sin darme apenas cuenta de lo que sucedía volví corriendo a la estancia del desafío, cogí por un brazo a Duroc, la joven le cogió del otro y le arrastramos por el pasillo.

Salimos luego por la puerta principal, y volamos más que corrimos por el camino nevado hasta llegar a la entrada del bosque.

En aquel momento oí una detonación y vi una inmensa columna de fuego alzarse en el aire, que hasta parecía tocar en el cielo. Pocos instantes después sonó otra detonación espantosa. Todo daba vueltas en derredor de mí, y ya no pude más: caí sin sentido sobre el inanimado cuerpo de Duroc.

Tres semanas después recobré el conocimiento y fueron grandes mi asombro y mi consternación al hallarme en la casa de postas de Arsendorf. A los dos o tres días Duroc, curado ya por completo y en disposición de atender al cumplimiento de sus deberes militares, se acercó a mi cama y por él supe que una viga lanzada por la explosión de la pólvora había caído sobre mí, dejándome casi muerto. Supe también que la joven polaca, presentándose en Arsendorf, avisó a los hombres de Duroc, quienes nos recogieron cuando ya estaban a punto de llegar los cosacos, cuyo auxilio había ido a pedir el secretario del barón cuando le vimos partir a galope aquella noche horrible.

En cuanto a la hijastra del barón, aquella señorita que con su valor nos había salvado la vida, poco pude saber entonces; pero cuando dos años más tarde me encontré por casualidad en París con Duroc, después de la toma de Dantzig, no me extrañó saber que era casado, que no necesitaba yo ser presentado a su esposa, y que, por uno de esos raros caprichos de la suerte, poseía el título de barón de Straubenthal (aunque no lo usaba), lo que le hacía dueño de las ennegrecidas ruinas del Castillo de los Horrores.

De cómo el brigadier desembarazó al emperador de los «hermanos de Ajaccio»

Cuando os conté el otro día cómo había ganado la cruz de honor, recordareis que repetí que el emperador me había dicho que era yo «el corazón más sólido» de todo el ejército. Al hacer esta observación, el emperador demostraba la perspicacia que le dio tanta fama. Verdad es que la echó a perder con algunas palabras que añadió sobre el espesor de mi cerebro; pero dejemos esto, que no es generoso insistir acerca de los momentos de debilidad de un gran hombre. Diré que cuando el emperador necesitaba a alguien para una misión delicada, siempre me hizo el honor de recordar el nombre de Esteban Gerard, aunque parecía olvidarlo cuando tocaban a distribuir recompensas. De todos modos, fui coronel a los veintiocho años, de modo que no puedo quejarme. Si hubieran seguido las guerras cuatro o cinco años, habría podido ganar el bastón de mariscal, y sabido es que al tenerlo, se estaba a pocos pasos de un trono. Murat había cambiado su gorra de húsar por una corona^[9], y no sé por qué no había de haber hecho lo mismo otro húsar. Pero todos aquellos sueños se desvanecieron en Waterloo, y aunque no pude legar mi nombre a la historia, bastante lo conocen cuantos sirvieron conmigo en las grandes guerras del Imperio.

Os contaré hoy un lance singular que fue el punto de partida de mi rápida carrera y que tuvo por efecto establecer un lazo secreto entre el emperador y yo. Pero antes he de decir pocas palabras. Cuándo me oigáis, haceos bien cargo de que tenéis delante a quien ha visto la Historia; hablo de lo que he visto y oído; por lo tanto, no hay que tratar de refutar lo que diga oponiendo los asertos de tal o cual sabio o escritor que ha hecho un libro de historia o de memorias. Hay muchas cosas que esas gentes ignoran y que nadie sabrá jamás. Por mi propia cuenta os las podría relatar sorprendentes, si al hacerlo no fuera indiscreto. Los hechos que hoy voy a revelaros, los he callado mientras vivió el emperador, por haberle dado mi palabra de no divulgarlos, pero no creo que cometa ahora ningún delito contándoos el papel extraordinario que representé en aquel lance.

Debéis, pues, saber, que en la época del tratado de Tilsit^[10], era yo un simple teniente en el décimo de húsares. Tenía poco dinero y pocas probabilidades de ascender; verdad es que me favorecían mi empaque y mi valor, y gozaba ya una reputación en el ejército por mi habilidad en el manejo del sable; pero, con la multitud de valientes que rodeaban al emperador, no bastaba con aquello para tener segura una carrera rápida. Ya contaba yo con que la suerte me ayudaría algún día; sin embargo, no se me había ocurrido que fuera en circunstancias tan notorias.

Cuando el emperador volvió a París, después de celebrada la paz en 1807, residía con la emperatriz y la corte en Fontainebleau. Aquella época era la del apogeo de su gloria. En tres campañas sucesivas, había humillado a Austria, había aplastado a Prusia y había obligado a los rusos a permanecer allende el Niemen. El alano viejo de

la otra parte de la Mancha^[11], gruñía algo todavía, pero no podía salir de su perrera. Si en aquel momento hubiéramos podido establecer una paz duradera, habría ocupado Francia en el mundo un lugar como ninguna nación, desde los romanos, había ocupado; a lo menos, así se lo he oído decir a personas autorizadas, porque yo tenía otras cosas en que pensar. Todo el mundo se alegraba de volver a ver al ejército después de su larga ausencia, y podéis creer que me tocó parte de la gloria que se le tenía reservada. Fuimos tan festejados y mimados, que no puedo expresarlo.

Mi regimiento de húsares estaba de guarnición en Fontainebleau, con los cazadores de la Guardia. Fontainebleau es, como sabéis, una poblacioncita situada en el centro de la selva del mismo nombre. Era un espectáculo único en aquella época tal muchedumbre de grandes duques, de electores, de príncipes, agrupados alrededor de Napoleón, como perros en torno de su amo, aguardando que les eche un hueso. En las calles se oía hablar más alemán que francés; los que nos habían ayudado en la última guerra, solicitaban algunas recompensas, y los que nos habían combatido trataban de librarse del castigo. Entre tanto, el *hombrecillo* cazaba todas las mañanas, silencioso y meditabundo, con la cara pálida y los ojos grises y fríos, y todos le seguían con la esperanza de que se le escaparía alguna palabra. Entonces, cuando se le antojaba, regalaba a uno cien kilómetros cuadrados, le quitaba otros tantos a otro, redondeaba un reino con un río, limitaba otro con una cordillera. Así entendía los negocios aquel artillerito al cual habíamos elevado a tanta altura con nuestros sables y nuestras bayonetas. Siempre era cortés con nosotros, pues bien sabía de dónde procedía su fuerza. También lo sabíamos nosotros y se lo probábamos con nuestra actitud. Era indiscutible; comprended que era el primer jefe del mundo, pero nos guardábamos bien de olvidar que nosotros éramos también los primeros soldados del mundo.

Un día estaba yo en mi habitación jugando a los naipes con el joven Morat, de cazadores de a caballo, cuando se abrió la puerta y vimos entrar a Lasalle, que era nuestro coronel. Ya sabéis que era un buen mozo, con aquel uniforme azul celeste de húsar, que le sentaba divinamente. Los oficiales jóvenes estábamos tan entusiasmados con él, que habíamos tomado la costumbre de jurar, de jugar, de beber y de hacer mil diabluras, sencillamente para pareceros a nuestro coronel. Olvidamos que no eran aquellas costumbres de jurar y beber la causa de que el emperador se propusiera darle el mando de la caballería ligera, sino la seguridad de su golpe de vista para juzgar la posición o la fuerza de una columna y para determinar en qué momento había que desplegar la infantería o descubrir la artillería. Éramos demasiado jóvenes para comprender todo aquello, pero sin embargo, también nos retorcíamos el bigote, hacíamos ruido con las espuelas y desgastábamos la contera de las vainas arrastrándolas por el suelo, con la esperanza de convertirnos todos en Lasalles. Cuando entró en mi cuarto, haciendo sonar el sable, Morat y yo nos pusimos de pie rápidamente.

—Joven —me dijo dándome una palmada en el hombro—, el emperador desea verle a usted a las cuatro.

El cuarto daba vueltas a mi alrededor cuando lo oí, y tuve que apoyarme con ambas manos en el borde de la mesa.

—¡El emperador desea verme a las cuatro! —repetí casi inconscientemente.

—Sí —dijo, sonriéndose de mi asombro.

—Pero si el emperador no sabe siquiera que existo, mi coronel. ¿Para qué me ha de mandar a buscar?

—Precisamente es lo que me digo para mis adentros —respondió Lasalle, retorciéndose el bigote—. Si necesita un buen sable, ¿para qué ha de buscar el de uno de mis tenientes? Podía haber encontrado lo que necesita en el jefe del regimiento.

—Sea de ello lo que fuere —prosiguió, dándome otra palmada en el hombro con sus maneras cordiales—, a cada cual le llega su hora buena. A mí me tocó la mía, sin la cual no sería coronel del décimo regimiento. No le tengo a usted mala voluntad porque le toque ahora la suya... Adelante, joven. Deseo que sea éste su primer paso hacia el sombrero con plumas.

No eran más que las dos, y me dejó, prometiendo venir a buscarme para acompañarme al palacio. Podéis imaginar las conjeturas que yo haría sobre lo que el emperador querría de mí. Iba y venía por mi habitación, calenturiento. Hubo momento en que me decía que quizá hubiera oído hablar de los cañones tomados por mí en Austerlitz; pero había otros muchos que habían tomado cañones en Austerlitz, de lo cual hacía dos años. Tal vez quisiera recompensarme por mi lance con el ayudante de campo del emperador de Rusia, y luego de pronto, me entraba un sudor frío y me figuraba que me llamaba para regañarme. Me remordía la conciencia por algunos desafíos y calaveradas llevados a cabo en París después de la paz.

Pero no, no debe de ser eso, decía yo, recordando las palabras de Lasalle: «si necesita un hombre valiente...».

Era evidente que nuestro coronel tenía algún barrunto de lo que había. Si no hubiera sabido que me era favorable, no habría tenido la crueldad de felicitar me. Aquella convicción adquirió más fuerza en mi espíritu y me llenó de júbilo; me senté para escribir a mi madre, y decirle que el emperador me estaba aguardando para consultarme sobre un asunto importante. Me sonreía al escribir, pensando en que aquello confirmaría la buena opinión que tenía mi madre del buen sentido del emperador.

A las tres y media, oí el chasquido de un sable en los peldaños de mi escalera. Era Lasalle, acompañado de un señor bajito, pulcramente vestido de negro, con chorrera y puños de encaje. Pocos paisanos conocíamos los militares, pero realmente aquél era uno de los que teníamos que conocer. Me bastó con ver aquellos ojos llenos de viveza, aquella nariz cómicamente remangada y aquellos labios delgados y apretados, para comprender que me encontraba delante del único hombre con el cual Europa y hasta el mismo emperador tenían que contar.

—Señor de Talleyrand^[12] —le dijo Lasalle—, le presento a usted al teniente Esteban Gerard.

Saludé, y el hombre de Estado me examinó, desde la punta del penacho hasta la rodaja de mis espuelas, con una mirada que se me figuró la punta de un florete.

—¿Ha explicado usted al teniente en qué circunstancias le manda llamar el emperador? —preguntó con voz seca y chillona.

Tal contraste existía entre ambos hombres, que no pude dejar de mirarlos, uno tras otro: al político bajito, vestido de negro, y al arrogante húsar, con traje color azul celeste, con una mano en la cadera y otra en la empuñadura del sable. Sentáronse los dos, Talleyrand sin ruido, Lasalle con un estrépito de todos los demonios, como un corcel de batalla que se encabrita.

—Vamos a ver, joven —dijo mi coronel bruscamente—. Estaba yo esta mañana con el emperador en su gabinete particular, ruando le trajeron una carta. La abrió y se sobresaltó tanto, que el papel se le escapó de las manos y cayó al suelo. Lo recogí y se lo entregué, pero él miraba fijamente a la pared de enfrente como si hubiera visto un espectro, y repitió varias veces; «Fratelli d’Ajaccio». No pretendo saber más italiano que el que un hombre puede aprender en dos campañas, así es que no he entendido de nada de lo que dijo. Parecía haber perdido el juicio, y así lo hubiera usted creído, señor de Talleyrand, si hubiese visto su mirada. Volvió a leer la carta, y permaneció sentado sin moverse más de media hora.

—¿Y usted? —preguntó Talleyrand.

—Yo estaba de pie sin saber qué hacer. De pronto pareció que recordaba el sentido.

»—Me figuro, Lasalle —dijo—, que tiene usted oficiales resueltos en el décimo.

»—Todos lo son, señor —contesté.

»—Si tuviera usted que escoger uno con cuyo valor se pudiera contar, pero que no pensara demasiado (ya me entiende usted, Lasalle), ¿cuál elegiría?

Comprendí que quería uno que no tratara de profundizar mucho sus planes.

»—Uno tengo —dije—, con muchos bigotes y espuelas, que no piensa más que en los caballos.

»—Ése es el que necesito —contestó Napoleón—. Tráigamelo usted a mi gabinete.

—Por eso le he venido a buscar a usted, y, espero que honrará al décimo de húsares.

No me lisonjaban mucho las razones que habían determinado la elección de mi coronel, y se me debió de conocer en la cara, porque soltó una gran carcajada, a la cual correspondió Talleyrand con su cloqueo seco y brusco.

—Un consejo sencillo antes de que salga, usted, señor Gerard —me dijo—: Va usted a navegar por aguas revueltas y podría usted dar con piloto peor que yo. No tenemos la menor idea del significado de este asunto, y sin embargo, nos importa mucho a los encargados de los intereses de Francia estar al corriente de lo que ocurre. ¿Me entiende usted, señor Gerard?

No tenía ninguna idea de lo que quería decirme, pero me incliné, aparentando que lo entendía perfectamente.

—Obre usted, pues, con la mayor prudencia, y nada de esto diga a nadie —prosiguió Talleyrand—. El coronel Lasalle y yo trataremos de que no nos vean con usted, pero le aguardamos aquí y le daremos nuestra opinión cuando nos cuente lo que haya pasado entre el emperador y usted. Es hora de que se vaya, porque al emperador lo que más le molesta es la falta de puntualidad.

Me fui a pie a palacio, que estaba a unos cien pasos de mi casa. Entré en la antecámara donde se agitaba Duroc con su hermoso traje nuevo, rojo y oro, entre la muchedumbre que aguardaba. Le oí decir a media voz a Caulaincourt que todo aquel gentío eran duques alemanes, unos en busca de reinos, otros temerosos de verse convertidos en mendigos. Duroc, en cuanto oyó mi nombre, me mandó entrar, y me encontré en presencia del emperador.

Naturalmente, le había visto cien veces en el campamento, pero nunca nos habíamos encontrado frente a frente. Seguro estoy de que si le hubierais visto sin saber quién era, le habríais tomado por un hombrecillo cualquiera, bronceado, de frente alta, pantorrillas bien formadas y favorecidas por unos calzones de cachemira blanca. Sin embargo, aun al que no le conociera le llamaría la atención la singularidad de su mirada, que sabía tomar una expresión capaz de asustar a un granadero. Dicen que el mismo Augereau^[13], que nunca conoció el miedo, temblaba ante la mirada del emperador, hasta en la época en que Napoleón no era más que un soldado desconocido. Me miró, no obstante, con cierta dulzura, y me hizo una seña para que me quedara junto a la puerta. Meneval escribía al dictado, fijando en mí, entre frase y frase, sus ojos de sabueso.

—Bueno. Se puede usted marchar —le dijo el emperador bruscamente.

Cuando el secretario se marchó, atravesó el cuarto con las manos a la espalda y me examinó sin decir palabra. Aunque era bajo, le gustaba tener cerca buenos mozos, de modo que creo que debió de quedar satisfecho. Permanecí de pie con una mano en el chacó^[14] y otra en el puño del sable, con los ojos fijos a quince pasos de mí, en la actitud que debe tener un soldado.

—Bueno, señor Gerard —me dijo al cabo, colocando un dedo en uno de los

alamares^[15] de mi pelliza—. Me han dicho que es usted oficial de mérito. Su coronel lo ha elogiado mucho.

Quería yo haber contestado brillantemente, pero lo único que recordé fue la frase de Lasalle de que yo era todo bigotes y espuelas, de modo que seguí callado. El emperador debió de conocer en mi cara lo que me pasaba, y como al fin no contesté, no pareció descontento y dijo:

—Creo que es usted el hombre que me hace falta. No me faltan hombres valientes y entendidos. Pero uno resuelto que...

No acabó la frase, y por mi parte no sabía lo que quería decir. Me conformé con asegurarle que podía contar conmigo hasta la muerte.

—Sabe usted manejar el sable, según me han dicho.

—Bastante bien, Señor —contesté.

—Su regimiento le eligió a usted para representarle en el gran asalto para el campeonato.

Me alegré de ver que conocía tan bien mis proezas.

—Mis compañeros me hicieron ese honor.

—¿Y para soltarse la mano, insultó usted a seis maestros de armas durante la semana que precedió al asalto?

—Siete veces me batí en siete días, señor.

—¿Y no sacó usted ni un araño?

—El maestro de armas del 23 de ligeros me tocó en el codo izquierdo.

—¡No quiero oír hablar más de esa clase de calaveradas! —gritó de pronto, con un acceso de aquellas cóleras terribles—. ¿Creen ustedes que doy esos cargos a soldados veteranos para que ustedes se ejerciten contra ellos con terceras y cuartas? ¿Cómo lo haré para retar a Europa si mis soldados usan unos contra otros la espada que les confío? Si me habla usted más de sus desafíos, le haré pedazos con estos dedos.

Vi pasar su mano gorda y blanca por delante de mis ojos: su voz se había puesto ronca y sibilante. Se me puso la carne de gallina, y habría preferido en aquel instante verme frente a un batallón enemigo. Se fue hacia la mesa, se bebió de un sorbo una taza de café, y cuando se colocó otra vez delante de mí, toda huella de tormenta había desaparecido: ostentaba aquella sonrisa singular que se observaba en sus labios, pero nunca en los ojos.

—Necesito los servicios de usted, señor Gerard. Puede que esté más seguro con un buen sable a mi lado, y tengo mis razones para escoger el de usted. Pero por lo pronto, he de exigirle a usted el secreto. Mientras yo viva, lo que hoy va a pasar entre los dos, nadie lo ha de saber.

Me acordé de Talleyrand y de Lasalle, pero prometí.

—En segundo lugar, no quiero oír la opinión de usted ni sus conjeturas, y deseo que haga exactamente lo que yo le mande.

Me incliné.

—Lo que necesito es la espada de usted, y no su cerebro. ¿Me entiende usted?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted el bosquecillo del Canciller en la selva?

Hice una teña afirmativa.

—¿Conoce usted el piso grande doble, donde se reúnen los cazadores?

Me incliné de nuevo sin decir palabra.

Ya hacía tiempo que no me asombraba de nada; si me hubiera indicado que ocupara su lugar en el solio imperial, me habría contentado con inclinar el chacó.

—Entraremos en el bosque juntos —prosiguió el emperador—. Llevará usted su sable, pero no pistolas. No me dirigirá usted la palabra, y yo tampoco le hablaré. Andaremos en silencio. ¿Entiende usted?

—Entiendo, señor.

—Al cabo de un rato, veremos un hombre, probablemente dos, debajo de un árbol; si le hago a usted seña para que me defienda, tendrá usted preparado el sable; si les hablo, aguardará usted los sucesos. Pero en cuanto haya usted sacado el sable, después de mandárselo yo, es necesario que no quede vivo ninguno de los dos hombres. Ya le ayudaré a usted yo.

—Señor —dije—, no son muchos dos para mi sable; pero ¿no valdría más que me auxiliase un compañero en vez de que vuestra majestad tome parte en el combate?

—He sido soldado antes de ser emperador. ¿Cree usted que los artilleros no tienen sables como los húsares? Pero le he mandado a usted no discutir. Hará usted exactamente lo que yo le diga. Si se sacan los sables, ninguno de esos hombres ha de sobrevivir.

—No saldrán de allí vivos, señor.

—Muy bien. No tengo más que decirle a usted. Puede retirarse.

Me dirigí hacia la puerta, pero al salir se me ocurrió una idea y me volví.

—He pensado, señor... —empecé tímidamente.

Se precipitó sobre mí como una fiera. Creí de veras que me iba a pegar.

—¡Cómo pensar! —gritó—. ¡Qué ha pensado usted! ¿Cree usted que le he elegido por ser capaz de pensar? Que no le vuelva a oír hablar así. Es usted el único hombre... Pero basta ya. A las diez de la noche me irá usted a buscar junto al pino.

Aseguro que me alegré mucho de verme fuera. Cuando monto un buen caballo y resuena el sable contra el estribo, sé muy bien dónde estoy. Y en cuanto se refiere a forraje, verde o seco, a avena, o almohazar o a manejar escuadrones en marcha, nadie ha de enseñarme nada. Pues cuando me encuentro en compañía de un chambelán, de un mariscal del palacio, o tengo que buscar palabras para contestar a un emperador o escuchar a una porción de gente que hablan solapadamente en vez de decir con franqueza lo que piensan, estoy como un caballo de guerra enganchado a la berlina de una duquesa.

Me alegró, pues, mucho haber acabado, y corrí directamente a mi casa, como un colegial que se escapa del maestro.

Al abrir la puerta de mi cuarto, lo primero que vi fueron un par de piernas azules con botas de húsar, y otro par de piernas negras, con calzón corto y zapatos de hebillas. Los poseedores de ambos pares de piernas se lanzaron a mi encuentro.

—¿Y qué noticias hay? —preguntaron los dos a un tiempo.

—Ninguna.

—¿No ha querido ver a usted el emperador?

—Le he visto.

—¿Y qué le ha dicho a usted?

—Señor de Talleyrand, con gran sentimiento mío, nada puedo decirle a usted. He prometido el secreto al emperador.

—¡Bah, bah! Querido amigo —dijo acercándoseme mucho, como un gato que busca una caricia—: estamos entre amigos, y la cosa no saldrá de aquí. Además, el emperador seguramente no me ha incluido en la prohibición.

—En un minuto se llega a palacio. Si no le causa gran molestia, hágame el favor de llegarse allí y traerme manifestación escrita del emperador de que a usted no le alcanza la prohibición. Con mucho gusto le referiré entonces lo que ha ocurrido.

Me enseñó los dientes, como zorro viejo que era, y dijo:

—El señor Gerard se me figura algo engreído con su importancia. Es demasiado joven para ver bien las cosas. Al envejecer ya iré viendo que no siempre es bueno para un oficial subalterno oponer negativas tan categóricas.

No sabía yo qué contestar cuando Lasalle vino en mi auxilio con su acostumbrada brusquedad, diciendo:

—Este joven tiene razón. Si yo hubiera sabido que había prometido callar, no le habría interrogado. Ya sabe usted, señor de Talleyrand, que si le hubiera contestado, tendría usted de él la misma idea que yo de una botella de Borgoña vacía. Por mi parte, le prometo que le habría echado del décimo de húsares si hubiese revelado el secreto del emperador, y lo habría sentido, porque perderíamos nuestro mejor sable.

Pero la ira del hombre de Estado aumentó cuando vio que me sostenía mi coronel.

—He oído decir, coronel Lasalle —respondió con dignidad glacial—, que la opinión de usted es de mucho peso cuando se trata de caballería ligera, y si necesitara datos sobre esta arma especial, con mucho gusto se los pediría. Pero este asunto cae bajo la jurisdicción de la diplomacia y me permitirá usted que conserve mi opinión sobre el caso. Mientras estén a mi cargo la prosperidad de Francia y la seguridad personal del emperador, emplearé todos los medios que pueda para cumplir la misión que me está confiada, aunque sea contra el deseo temporal del mismo emperador. Tengo el honor de saludar a usted, coronel Lasalle.

Me echó una mirada de odio, y girando sobre los talones, salió con pasito rápido y silencioso.

Por la actitud de Lasalle, vi que no le gustaba verse en oposición con el poderoso ministro. Soltó un terno o dos, y cogiendo sable y gorra, se fue escaleras abajo con gran ruido metálico. Me precipité hacia la ventana, y los vi a los dos bajar la calle juntos. Talleyrand andaba tieso y de prisa, y Lasalle le hablaba con grandes ademanes; supuse que quería hacer las paces con él.

El emperador me había prohibido pensar, e hice cuanto pude por obedecerle. Cogí los naipes de la mesa donde los había dejado Morat, y empecé a hacer combinaciones de ecarté^[16]. Pero como no podía recordar el triunfo, tiré las cartas debajo de la mesa. Luego saqué el sable y estuve esgrimiendo hasta que me cansé. Todo era inútil. Mi cerebro trabajaba a pesar mío; tenía que buscar al emperador a las diez en el bosque. De todas las combinaciones extraordinarias de sucesos, aquélla había sido seguramente la última que se me habría ocurrido al despertarme por la mañana. ¡Qué responsabilidad tan terrible, y para mí sólo! Aquello me producía un sudor frío. He

visto varias veces la muerte cara a cara en los campos de batalla, pero sólo entonces supe lo que era el miedo. Reflexioné al fin y al cabo que lo mejor era cumplir como oficial leal y valeroso, y, sobre todo, seguir literalmente las órdenes recibidas. Si las cosas marchaban bien, empezaría así mi fortuna. Pasé así aquella larguísima noche con alternativas de temor y esperanza, hasta el momento de prepararme a partir.

Me puse mi capa de reglamento, por no saber cuánto tiempo pasaría en la selva, y abroché el cinturón con el sable por encima. Me quité las botas de húsar, poniéndome polainas y zapatos. Luego emprendí el camino del bosque, con el entendimiento más despejado, porque siempre me siento más tranquilo cuando, pasado el tiempo de la reflexión, llega el momento de obrar.

Pasé junto al cuartel de los cazadores, y por delante de la hilera de cafés llenos de oficiales de todas armas. Vi el uniforme azul y oro de algunos compañeros en medio de la muchedumbre de los uniformes oscuros de la infantería y de los dormanes verdes de los guías. Allí estaban sentados, bebiendo y fumando, muy tranquilos, sin pensar en la misión confiada a su compañero. Mi comandante me distinguió a la luz de un farol, y salió a llamarme a la calle. Apreté el paso como si no le oyera, y volvió a entrar echando pestes contra mi sordera.

Fácil es llegar al bosque de Fontainebleau. Los árboles llegan hasta las calles, como los tiradores al frente de una columna: Tomé un camino que llevaba al lindero de la selva, y me dirigí rápidamente hacia el añoso pino.

Brillaba la luna, y cuando llegué a la cita vi que no era el primero. El emperador se paseaba con las manos a la espalda y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Llevaba una gran capa gris con la capucha en la cabeza. Ya le había visto con aquel traje durante la campaña de Polonia, donde decían que se ponía la capucha para que no le conocieran. Gustábale siempre en París o vivaqueando, pasearse por la noche escuchando las conversaciones en las tabernas o alrededor de las hogueras, Pero su postura de manos detrás de la espalda y su costumbre de bajar la cabeza eran tan familiares, que siempre se le conocía, y no se decía más que lo que pudiera serle agradable.

Mi primer pensamiento fue que se iba a enfadar conmigo por haberle hecho aguardar, pero al acercarme oí dar las diez en la iglesia de Fontainebleau. Él se había adelantado; yo era exacto. Recordé su orden de no pronunciar una palabra y me paré a cuatro pasos de él haciendo sonar las espuelas y el sable, con la mano en el chacó.

Me echó una mirada, y sin decir palabra me volvió la espalda y echó a andar hacia la selva. Le seguí a regular distancia. Una vez o dos me pareció que miraba con aprensión a derecha e izquierda, como si hubiera temido que alguien nos observase. Miré también, y aunque mi vista es penetrante, no vi más que desgarrones de luna a través de las sombras de los árboles. Tengo el oído tan fino como la vista, y dos veces creí oír crujidos de ramas, pues es sabido que de noche se oyen muchos ruidos en los bosques y es difícil afirmar de dónde vienen.

Anduvimos así como kilómetro y medio, y supe exactamente el sitio a dónde íbamos, mucho antes de llegar. En el centro de un claro se encuentra el tronco de un árbol que debió de ser gigantesco en otro tiempo. Lo llaman la «Encina del Abad», y tantas brujerías se cuentan de aquel secular gigante de las selvas, que más de un valiente soldado temería hacer centinela junto a él. Yo me burlaba de tales majaderías, lo mismo que el emperador; así es que atravesamos el claro y nos dirigimos derechamente al árbol; al acercarnos, vi a dos hombres que allí aguardaban.

Estaban algo retirados, como si quisieran ocultarse, pero al acercarnos, salieron de la sombra y avanzaron a nuestro encuentro. El emperador volvió la cabeza hacia mí y acortó el paso, de modo que me encontré más cerca de él. Podéis figuraros que tenía yo el sable preparado y no quitaba ojo de los hombres que se nos acercaban. Uno era muy alto, otro de estatura más bien baja, de aspecto muy determinado. Ambos llevaban capas negras con un paño por encima del hombro y otro colgando, como los dragones^[17] de Murat. Llevaban en la cabeza boinas negras como las que luego vi en España, y que, echadas hacia adelante, daban sombra a la cara, aunque por debajo les vi relucir los ojos. Con la luna detrás, y precedidos de sus sombras negras y alargadas, eran precisamente los personajes que podía uno figurarse que iba a ver de noche junto a la «Encina del Abad». Recuerdo que tenían un modo furtivo de andar y que la luna formaba entre sus piernas y las de sus sombras como dos regueros de diamantes blancos.

El emperador se había parado, y los dos forasteros también, a algunos pasos de nosotros. Me había acercado, de modo que estábamos los cuatro frente a frente sin decir palabra. Fijé particularmente la mirada en el alto, porque estaba más cerca de

mí, y noté que parecía muy agitado. Su cuerpo largo y flaco temblaba, y podía yo oír su respiración corta y anhelosa, como la de un perro cansado. De pronto, lanzó uno de ellos un silbido breve. El más alto dobló la espalda y las piernas como quien se va a echar al agua, pero antes de que pudiera hacer otro movimiento me lancé a su encuentro con el sable desenvainado. Entonces su compañero saltó y clavó un puñal en el corazón del emperador.

Amigos míos, ¡qué terrible momento! No sé cómo no caí yo también. Vi como en sueño el abrigo gris voltear con movimiento convulsivo y a la claridad de las estrellas brillar el mango del puñal entre los dos hombros. Luego cayó el emperador en la yerba con un ruido sordo, y el asesino, dejando el arma clavada en la espalda de su víctima, empezó a levantar los brazos y a dar gritos de júbilo. Me arrojé sobre él, y le atravesé con mi sable tan frenéticamente, que el choque de la guarnición contra el esternón del bandido lo echó a rodar a seis pasos, dejando el sable libre para atacar al otro. Me volvía para lanzarme contra él, sediento de su sangre como una fiera, cuando vi el relámpago de otra hoja de acero pasar por delante de mis ojos; sentí el frío metálico sobre el cuello, y el puño del hombre que me caía en la espalda. Levanté el sable, pero el hombre saltó de lado y tomó carrera, brincando como un gamo a través del claro, a la luz de la luna. Pero no se me había de escapar así.

Sabía yo que el puñal del asesino había llevado a cabo su obra. Por muy joven que yo fuese, tenía bastante experiencia de la guerra para conocer una herida mortal. Me bajé para coger la mano, fría ya, del emperador.

—¡Señor, señor! —exclamé.

Ni contestación, ni movimiento. Comprendí que todo había acabado. Me levanté loco de desesperación, me quité el abrigo y eché a correr con todas mis fuerzas detrás del asesino.

¡Cuánto me congratulé de la precaución con que me había quitado las botas para acudir con zapatos y polainas, y también de haber soltado el abrigo! El miserable no pudo deshacerse del suyo o no cayó en ello, de modo que cada vez me acercaba más a él. Debía de haber perdido la chaveta, pues no trató de llegar a las partes retiradas del bosque: siguió su carrera y llegó a la gran cantera de Fontainebleau. Allí no le podía perder de vista, y conocí que no se me podía escapar. Bien corría, como corre un cobarde cuando su vida está en peligro, pero yo le seguía como el Destino sigue al hombre. Ya casi le tenía cogido, titubeaba, jadeaba el perseguido, y oía yo su respiración sibilante y anhelosa. De pronto se abrió ante él el abismo, y echándome una mirada por encima del hombro, lanzó un grito desesperado. Inmediatamente desapareció en la cantera.

Había desaparecido completamente. ¿Comprendéis? Corrí y traté de columbrar algo en el agujero negro. ¿Se había precipitado allí? Así empezaba a creerlo, cuando noté en la oscuridad, debajo de mí, un ruido insólito pero regular. Reconocí su respiración: se había escondido en la barraca de las herramientas.

A la orilla de la cantera había una plataforma en la cual habían construido los obreros una choza de madera para guardar las herramientas. Sobre aquella plataforma había saltado el necio, creyendo que no me arriesgaría a seguirlo en la oscuridad. No conocía a Esteban Gerard. De un brinco me puse en la plataforma, entré en la cabaña,

y oyéndole moverse en un rincón, me precipité sobre él.

Se defendía como un gato montés, pero no podía luchar con su puñal corto, y del primer golpe le debí de atravesar, porque él parecía asestar golpes al acaso, y pronto se le cayó el arma. Me aseguré de que estaba muerto, volví a la llanura y eché a andar al azar, sin saber a dónde iba con el sable en la mano y zumbándome los oídos. De pronto, mirando en derredor, me encontré en el claro de la «Encina del Abad», y vi a pocos pasos el tronco roto que se asocia siempre en mi memoria con el momento más terrible de mi vida. Me senté en un árbol caído, con el sable encima de las rodillas y la cabeza entre las manos, y traté de pensar en lo que había pasado y en las consecuencias de la muerte del emperador.

El emperador me había confiado su persona: el emperador había muerto. Tales eran las dos ideas que luchaban en mi cabeza. Me fue imposible pensar en otra cosa.

Había ido conmigo y había muerto. Había yo ejecutado las órdenes que vivo me había dado y le había vengado muerto. Pero ¿qué resultaría de todo aquello? ¿Podía considerárase responsable? ¿No creerían que era yo el asesino? ¿Cómo probar mi inocencia? ¿Qué testigos tenía? Podía pasar por cómplice de aquellos miserables. Estaba deshonrado para siempre, era el hombre más despreciable de toda Francia. Desvaneciéronse mis hermosas ambiciones militares y las esperanzas de mi madre. ¿Qué hacer? ¿Ir a Fontainebleau a anunciar que el emperador había sido asesinado a dos pasos de mí? No era posible. No había más que un partido que pudiera tomar un oficial leal colocado por el destino en situación tan cruel. Atravesarme con el sable compartiendo la suerte del emperador, ya que no pude evitarla.

Me levanté para poner mi idea en práctica, cuando un espectáculo inolvidable me dejó sin respiración: el emperador estaba de pie delante de mí.

Allí estaba, a unos diez metros: la luna iluminaba de lleno su rostro pálido y glacial. El abrigo gris, cuya capucha había caído, estaba abierta, de modo que pude ver que llevaba el uniforme verde de los guías, y el calzón blanco. Llevaba las manos a la espalda y la barba sobre el pecho, según acostumbraba.

—Bueno —dijo con su voz más dura—, ¿cómo ha andado eso?

Creo que si hubiera tardado otro minuto en hablar, me habría vuelto loco. Pero aquel tono militar y rudo era exactamente lo que hacía falta para que yo volviera en mí. Vivo o muerto, allí estaba el emperador, dirigiéndome la palabra. Me puse en pie de un brinco, y saludé.

—Ha matado usted a uno —me dijo, señalándome la encina con un movimiento de cabeza.

—Sí, señor.

—¿El otro ha logrado escaparse?

—No, señor. También le he matado.

—¡Cómo! ¿Ha matado usted a los dos?

Se acercó a mí con una sonrisa que hizo brillar sus dientes a la claridad de la luna.

—Un cadáver está ahí, señor. El otro está en la choza de las herramientas, al borde de la cantera.

—Entonces, ya no existen los hermanos de Ajaccio —dijo como para sí—. La sombra ha desaparecido para siempre.

Luego se inclinó, y poniéndome la mano en el hombro, me dijo:

—Se ha portado usted bien, joven amigo. Ha estado a la altura de su reputación.

Era el emperador en carne y hueso. Notaba su mano gordita apoyada en mí, y sin embargo; no podía olvidar lo que acababa de ver. Le miraba con ojos tan asombrados, que sonrió de nuevo.

—No soy un aparecido, señor Gerard, venga usted conmigo, y comprenderá.

Y me llevó hacia el tronco de encina. Los dos cadáveres yacían aún en el suelo, y cerca estaban dos hombres; cuando nos aproximamos, los conocí por sus turbantes: eran Rustán y Mustafá, los dos mamelucos^[18] del emperador. Éste se paró delante de la capa gris, y levantando la capucha que encubría las facciones, descubrió una cara completamente distinta de la suya.

—Aquí reposa un fiel servidor que ha dado la vida por su amo —dijo—. Vea usted que el señor Goudín se parecía algo a mí en los modales y en el conjunto.

¡Qué delirante alegría cuando aquellas palabras me lo explicaron todo! Adelanté con los brazos tendidos como para abrazarle, pero sonrió y retrocedió un paso, como adivinando el impulso que me hacía obrar.

—¿No está usted herido? —me preguntó.

—No, señor; pero si hubiera pasado un momento más, en mi desesperación iba a...

—¡Bueno, bueno! Se ha portado usted valientemente. Pero él debía haber tenido más cuidado. He visto cuanto ha ocurrido.

—¿Estaba ahí vuestra majestad?

—¿Pues no me ha oído usted seguirle por el bosque? No le he perdido a usted de vista desde que ha salido de su cuarto hasta que ha caído Goudín. El falso emperador iba delante de usted y el verdadero detrás. Ahora me va usted a acompañar a palacio.

Dio en voz baja una orden a sus mamelucos, que saludaron sin hablar palabra. Yo seguí al emperador. El orgullo me hacía reventar. Siempre he tenido el buen aire que debe ostentar un húsar, pero ni el mismo Lasalle se ha puesto nunca tan tieso, ni ha hecho ondear la pelliza como yo aquella noche, haciendo resonar mi sable y mis espuelas. Yo era Esteban Gerard, confidente del emperador, el primer sable de la caballería ligera, el matador de los miserables que habían querido asesinar al emperador. Pero éste notó mis ademanes, y volviéndose bruscamente hacia mí:

—¿Qué modales son éstos? —exclamó entre dientes fijando en mí su acerado mirar—. ¿Es ésa la manera de andar cuando se está encargado de una misión secreta? ¿Así van a creer sus compañeros de usted que no ha pasado nada de particular? Adopte usted continente menos conquistador, o lo traslado a pontoneros, donde tendrá más trabajo y aspecto menos brillante.

Así obraba el emperador. Si creía que alguien pensara tener derecho a su favor, aprovechaba la primera ocasión para enseñarle el abismo que los separaba. Saludé en silencio, pero he de confesar que me sentí agraviado, después de lo que había pasado entre nosotros. Seguimos andando hasta el palacio, en el cual penetramos por la puerta excusada, y entramos en su gabinete. En la escalera había dos granaderos, que abrieron desmesuradamente los ojos cuando vieron a un teniente entrar a media noche en las habitaciones del emperador. Me quedé en pie junto a la puerta, lo mismo que por la tarde, mientras él se dejaba caer en una butaca, donde permaneció tanto tiempo silencioso, que creí que me había olvidado. Al fin me arriesgué a toser un poco para recordarle que me encontraba allí.

—¡Ah, señor Gerard! —me dijo— ¿tendrá usted curiosidad de saber lo que significa esto?

—Satisfecho me quedaré, señor, aunque nada se me diga.

—¡Bah, bah! Eso no son más que palabras. En cuanto salga usted, se devanará los sesos para tratar de encontrar una explicación. Dentro de dos días todos sus compañeros habrán olfateado el lance, dentro de tres habrá dado la vuelta a Fontainebleau, y dentro de cuatro se sabrá en París. Si ahora le digo a usted lo bastante para satisfacer su curiosidad, ¿podré esperar que a nadie se lo cuente usted?

Decididamente no me conocía el emperador, y sin embargo no hice más que saludar y callarme.

—Con pocas palabras lo comprenderá usted todo —dijo, hablando muy de prisa y paseándose por la habitación—. Esos dos hombres eran corsos, y los conocí cuando era joven. Habíamos pertenecido a la misma sociedad, llamada los hermanos de Ajaccio. Aquella sociedad se fundó en tiempo del viejo Paoli y se regía por reglas muy severas que no podían violarse impunemente.

Pasó por su cara una mueca y me pareció comprender que había desaparecido en él cuanto tenía de francés, y que era entonces un verdadero corso, hombre de pasiones violentas y de *vendetta*. Sus recuerdos lo habían transportado a los días de su juventud y siguió yendo y viniendo con su paso corto y rápido de tigre, sumido en sus pensamientos. Luego, con impaciente ademán pareció desprenderse de aquellas memorias y volvió a lo presente, a su palacio y a mí, continuando:

—Las reglas de semejante sociedad muy bien puede seguirlas un simple ciudadano. No hubo en otro tiempo hermano más leal que yo. Pero las circunstancias han variado, y ni mi interés ni el de Francia consienten que me someta a aquellas reglas. Esos hombres han querido obligarme a serles fiel; y han causado su propia pérdida. Eran los dos jefes de la orden y habían venido de Córcega a citarme en este sitio, designado por ellos. Ya sabía yo lo que significaba semejante llamamiento, de los cuales ningún hombre ha vuelto. Por otra parte, si no hubiera obedecido a su mandato, sabía que no me habría sustraído a su poder. Pertenezco a esa sociedad de los hermanos de Ajaccio y conozco su manera de proceder.

Un pliegue duro contrajo su boca, y su pupila lanzó una mirada fría.

—¿Ve usted el dilema, señor Gerard? ¿Qué habría hecho usted en tales circunstancias?

—Encargar de esto al décimo regimiento de húsares. Patrullas habrían recorrido el bosque en todos sentidos, y habrían aprisionado a ambos bribones.

Sonrió y meneó la cabeza.

—Tenía excelentes razones para no cogerlos vivos —prosiguió—. Comprenda usted que la lengua de un asesino puede ser tan peligrosa como su puñal. No le ocultaré a usted que a toda costa he querido evitar el escándalo, y por eso le mandé a usted no traer pistolas. Por lo mismo harán desaparecer mis mamelucos todas las huellas de este lance, del cual nadie oirá hablar. He pensado en todos los medios posibles, y creo haber elegido el mejor. Si hubiera enviado varios hombres a la selva con Goudín, los hermanos no habrían aparecido. Pero yo estaba seguro de que éstos no cambiarían de plan ni desaprovecharían la ocasión, a pesar de la presencia de un extraño. La presencia accidental de Lasalle cuando recibí su orden, es lo que me hizo escoger a uno de sus húsares para esta misión. Le he elegido a usted, señor Gerard, porque necesitaba un hombre que supiera manejar un sable y no tratara de ahondar en el caso más de lo que yo quisiera. Creo que bajo este último aspecto justificará usted mi elección, como lo ha hecho en cuanto a valentía y habilidad.

—Señor, vuestra majestad puede contar conmigo.

—Mientras yo viva, ni una palabra de esto.

—Borro enteramente su recuerdo de mi memoria, y le doy mi palabra de que saldré de este gabinete lo mismo que entré a las cuatro.

—Eso no —dijo el emperador sonriendo—. Entonces era usted teniente. Ahora me permitirá usted que le dé las buenas noches, capitán.

De cómo el brigadier tuvo en sus manos al Rey

A pesar de todo cuanto os he contado, amigos míos, creo que jamás llegaréis a comprender quién era yo en aquellos tiempos.

Me habéis conocido siempre de paisano; con cierto aire y ciertos modales, es verdad, pero siempre de paisano, lo cual es muy distinto que si me hubierais conocido de militar.

Si me hubieseis visto en la puerta de una taberna de Alamo el día 1.º de Julio de 1810, entonces sabríais hasta dónde puede llegar un húsar.

Hacía un mes que estaba detenido en aquella aldea, a consecuencia de una lanzada que recibí en el tobillo del pie derecho, y que me impedía ponerlo en el suelo. Al principio éramos cuatro: el viejo Bouvet, de los húsares de Berchany; Jacobo Regnier, de los coraceros, y un capitancillo alegre y gracioso, cuyo nombre no recuerdo. Pero todos se curaron y habían marchado apresuradamente a sus respectivos cuerpos, dejándome allí consumido de tedio y tan apenado, que más de una vez, ¿por qué no decirlo? Asomaron las lágrimas a mis ojos, al pensar en mis húsares de Conflans y en la deplorable situación en que se hallarían faltándoles su coronel. No había llegado yo todavía a brigadier, y aunque era el coronel más joven del ejército, mi regimiento venía a ser para mí lo que la esposa y los hijos son para otros. Se me partía el corazón al considerar que no tenían jefe. Verdad es que Villaret, el comandante, era un excelente militar; pero ¡qué queréis! Aun entre los mejores, no todos son buenos.

¡Ah, qué día tan feliz aquél en que pude salir cojeando hasta la puerta de la taberna y permanecer allí un rato recibiendo los ardientes rayos del sol de España! ¡Qué hermoso me pareció todo aquello!

La noche anterior había recibido noticias de mi regimiento, y sabía que se hallaba haciendo frente a los ingleses en Pastores, pueblecito situado al otro lado del monte. La distancia no era muy larga, ¿pero cómo llegar hasta mis húsares? La lanza que me destrozó el tobillo había dado muerte a mi caballo. Consulté con Gómez, el tabernero, y también con un cura que se hospedaba en la casa, y lo único que pudieron decirme fue que no quedaba ni un solo caballo en toda la comarca.

El tabernero no quería ni oír que yo estaba dispuesto a atravesar el monte sin escolta ninguna, pues me aseguró repetidas veces que el *Cuchillo*, jefe de una partida de bandoleros, andaba por allí con su gente, y que, con la disculpa de ser guerrilleros y aliados de los ingleses, saqueaban y degollaban a todo el que caía en sus garras. Eran verdaderos forajidos que se aprovechaban de la guerra para fingirse patriotas y justificar así sus fechorías.

El cura observó a lo dicho por el tabernero que no creía que un militar francés se detuviese por tan poca cosa, y, por supuesto, si yo hubiese tenido la idea de vacilar en mi propósito, su observación habría bastado para decidirme con entera resolución.

Pero un caballo, ¡un caballo! Esto era lo que yo pedía. ¿Cómo sería posible procurármelo...?

Aquella mañana, de pechos en el balcón, forjaba yo mil planes y proyectos, cuando de pronto oigo ruido de herraduras, y levantando los ojos veo que se acercaba un individuo, envuelto en la capa azul de los de la Intendencia militar. Montaba un hermoso caballo negro, con una mancha blanca en la mano derecha.

—¡Hola, amigo! —exclamé.

—¡Hola! —contestó secamente.

—Soy el coronel Gerard, de los húsares de Conflans —añadí—. Llevo aquí un mes curándome de una herida que recibí en el tobillo, pero ya estoy bien y quisiera incorporarme cuanto antes a mi regimiento, que está en Pastores.

—Yo soy Vidal, de la Comisaría —dijo—, y marchó a Pastores. Me alegraré de ir en su compañía, coronel, pues tengo entendido que el camino no es muy seguro.

—¡Ay, cuánto lo siento! Amigo Vidal —repuse—, pero no puedo acompañarle, porque no tengo caballo. Si usted quiere venderme el suyo, le prometo enviar una escolta de húsares a buscarle.

No quiso aceptar mi proposición ni produjeron en él ningún efecto las terribles historias que le refirió el tabernero acerca de *Cuchillo* y su gente, bandoleros encubiertos con la capa de guerrilleros que no suelen faltar en ninguna guerra. Lo que hizo fue llamar en alta voz para que, inmediatamente, le sirvieran un vaso de vino.

Con cierta diplomacia le invité a que se apareara y lo bebiese conmigo, pero debió de leer en mis ojos lo que yo tramaba y se negó. Luego, cuando me acerqué con la idea de hacerle aparear por la fuerza, metió espuela al caballo y marchó a galope tendido, envuelto en una nube de polvo.

¡Qué rabia me dio verle correr tan alegremente a unirse con los barriles de carne y las barricas de coñac, mientras yo pensaba en mis valientes húsares, que se veían privados de su jefe! De pie en el balcón de la taberna le seguía con la vista, llena la imaginación de amargos pensamientos, cuando sentí que me tocaban en el codo. Me vuelvo y me encuentro con el cura de quien antes hablé.

—Soy yo —dijo— el que puede servirle.

Le abracé con efusión, y como en aquel crítico momento se resintiera mi tobillo, fue milagro que no cayéramos los dos rodando juntos por el suelo.

—Haga usted que me lleven a Pastores —exclamé— y le regalaré a usted un rosario con cuentas de oro.

Había tomado uno en el convento del Espíritu Santo, y me venía muy bien para hacerle un regalo. Con esto comprenderéis cuán conveniente es tomar todo lo que se pueda cuando uno está en campaña, y cómo llegan a ser útiles aun las cosas que menos lo parecen.

—Yo le llevaré —dijo, hablando un francés muy correcto—, no por la recompensa, sino porque me place servir a todo el mundo.

Y sin más me condujo a una vaquería de la aldea, donde hallamos una especie de diligencia deteriorada y muy antigua, como las que se usaban a principios del siglo en nuestros más apartados pueblecillos. Había también tres mulas viejas, ninguna de las cuales era bastante robusta para llevar a un hombre, pero que juntas podrían quizás arrastrar al destartalado carruaje. Al ver sus flacas costillas y sus patas llenas de esparavanes^[19] sentí un placer más grande que el día que en Fontainebleau admiré los doscientos cincuenta caballos árabes del emperador, verdaderamente magníficos.

Diez minutos después su dueño las aparejaba, aunque de mal talante, pues tenía un miedo horroroso al *Cuchillo*. Sólo a fuerza de prometerle riquezas en esta vida, mientras el cura le amenazaba con la condenación en la otra, conseguimos que subiera al pescante y tomase las bridas entre las manos. Luego tenía tanta prisa para marchar, que apenas me dio tiempo para renovar mis votos y promesas a la hija del tabernero.

En este momento no recuerdo cómo se llamaba la muchacha, pero sí que era muy

guapa, y aún me parece estar viendo cómo lloramos al separarnos.

Comprenderéis, amigos míos, que cuando un hombre que ha peleado con los hombres y ha tratado con las mujeres de catorce países distintos, pondera a los unos o a las otras, es porque realmente lo merecen muy de veras.

El curita se puso un poquito serio cuando nos dimos el beso de despedida, pero una vez en la diligencia resultó un compañero muy agradable. Durante el camino me entretuvo contándome historietas de su parroquia, allá en lo alto del monte, y yo, en cambio, le referí algunas de mis aventuras en campaña. Pero ¡cáspita! Tuve que andar con mucho tiento, porque cuando decía algo que no era de su agrado se revolvía en el asiento y me lanzaba miradas que no me hacían gracia ninguna.

Por supuesto, no es de caballeros ni de personas bien educadas el hablar desvergüenzas a un religioso; pero a veces, aunque se ponga el mayor cuidado del mundo, las palabras se escapan sin querer.

Venía el cura, según me dijo, del Norte España, y se encaminaba a una aldea la provincia de Extremadura para visitar su madre. Cuando me habló del caserío donde se había criado, y del placer, de la alegría inmensa que recibiría su madre al abrazarle de nuevo, me conmovió tan profundamente, que se asomaron las lágrimas a mis ojos.

Además me enseñó los regalitos que le llevaba. Era tan sencillito, tan franco y tan amable, que no me extrañó oírle decir que le apreciaban todos cuantos le conocían. Examinó mi uniforme con la curiosidad un niño, admirando la pluma de mi morrión^[20] y pasando los dedos por la piel con estaba adornado mi dolmán. Me desenvainó también el sable para mirarlo, y cuando le dije cuántos hombres había matado con él, y señalé el nudo hecho con los cordones de un ayudante del emperador de Rusia, se estremeció y ocultó el arma bajo el cojín de cuero, declarando que le horrorizaba sólo el contemplarla.

Así entretuvimos el camino, charlando amistosamente, cuando al llegar a la estribación del monte oímos hacia la derecha el estampido de algunos cañonazos. Comprendí que debía ser Massena, el cual, según las noticias que yo había recibido, estaba sitiando a Ciudad Rodrigo.

Hubiera tenido sumo gusto en ir a verle, pues le quería mucho, pero no podía ser, y hube de consolarme pensando que un sitio resulta siempre algo aburrido, y que mayores glorias me esperaban haciendo frente a los ingleses con mis valientes húsares.

A cada legua que recorriamos iba en aumento mi alegría, hasta que comencé a cantar como un tenientillo recién salido de Saint-Cyr.

Al empezar el ascenso del monte, el camino se hacía más escabroso y el viaje más difícil. Al principio habíamos tropezado con algunos tratantes en mulas, pero ya todo el país parecía estar enteramente desierto; cosa que no era de extrañar si se tenía presente que los ingleses, los franceses y los guerrilleros habían pasado por allí.

Harto de cantar y cansado de ver siempre el mismo paisaje, que no ofrecía atractivo ninguno, dejé de mirarlo y quedé silencioso pensando, ya en las mujeres a

quienes había querido, ya en los caballos que había manejado. Salí de aquella especie de abstracción al observar los esfuerzos que hacía mi compañero de viaje, el cual, con algo así como un punzón de hierro que había sacado del bolsillo, procuraba hacer un agujero en la correa de su frasco de agua. Mientras así trabajaba con manos temblorosas, la correa se le escapó de entre los dedos y el frasco cayó a mis pies. Me incliné para recogerlo, y antes de que pudiera levantarme, el fingido cura saltó sobre mí y me clavó el punzón en un ojo.

Como sabéis perfectamente, amigos míos, estoy muy acostumbrado a toda clase de peligros. Cuando uno ha servido desde los tiempos de la batalla de Zurich hasta el último día fatal de Waterloo, y ha ganado la Legión de Honor, que con el mayor cuidado conservo en su estuche, bien se puede confesar que alguna vez se ha tenido miedo. Conque podéis consolaros, si alguna vez os asustáis, recordando haber oído decir al brigadier Gerard que también él se asustó una vez.

Además del miedo que me dio tan inesperada acometida y del rabioso dolor que sentí, mi repugnancia fue tan grande como la que pueda experimentarse cuando algún reptil asqueroso hunde su aguijón en la carne.

Le agarré con las dos manos, y arrojándole violentamente al suelo del carruaje le pisoteé con mis pesadas botas. Dentro de la sotana ocultaba una pistola; pero conseguí arrebátársela, y me dejé caer de rodillas sobre su pecho. Entonces comenzó a dar gritos horribles, mientras yo, ciego de coraje, buscaba el sable, que tan astutamente había ocultado el falso cura.

En el momento que lo empuñé con una mano, y con la otra apartaba la sangre que me cubría los ojos para ver la postura en que se hallaba mi enemigo, el carruaje volcó y con el brusco movimiento se me escapó el arma. Antes de que acertara a darme cuenta de lo que había ocurrido abrióse con violencia la portezuela, y entre varios hombres me arrastraron del coche por los talones.

A pesar del dolor del ojo y del golpe que recibí al caer sobre un montón de piedras, una indescriptible alegría invadió todo mi ser, pues en la lucha que sostuve con los bandoleros se me subió la chaqueta hasta la cabeza, cubriéndome uno de los ojos, el sano, y con el otro pude ver a los bandoleros, lo cual me demostraba que no había perdido la vista para siempre. Esta cicatriz os probará cómo pasó el punzón por entre la córnea y el párpado. Sin duda mi enemigo tuvo la intención de hundírmelo hasta el cráneo, y sólo consiguió aflojar una parte del hueso interior de la cabeza. Tanto es así, que me costó más trabajo y más tiempo curarme de esa herida que de ninguna de las diez y siete que he recibido.

En medio de horribles blasfemias me arrastraron un buen trecho golpeándome con los puños y pisoteándome con los pies, que afortunadamente (como suele usarse en aquel país), llevaban calzados con abarcas. Después de un rato, al ver la sangre que me cubría la cara y que yo permanecía tranquilo, creyeron sin duda que había perdido el conocimiento y me dejaron en paz. Pero no había tal cosa, pues lo que hacía yo era fijarme bien en todos ellos por si algún día llegaba la ocasión de encontrármelos frente a frente y hacerles pagar cara su hazaña.

Eran hombres fornidos y altos, de tez morena y pelo negro. Llevaban pañuelos amarillos en la cabeza, y en la cintura fajas rojas, por las que asomaban pistolas y navajas.

Habían colocado en el camino dos enormes piedras, las cuales, rompiendo una de las ruedas del carruaje, le habían hecho volcar. En cuanto al infame que, fingiéndose cura, me había engañado tan villanamente con las historias de su madre y de la parroquia, sabía, por supuesto, con anticipación, dónde estaba la emboscada, y procuró inutilizarme antes de que llegáramos a ella.

No puedo explicaros la rabia furiosa de que dieron muestra cuando, al sacarle del carruaje, vieron el daño que yo le había hecho. Si bien no recibió de mis manos todo cuanto merecía, conservaba por lo menos un recuerdo de su encuentro con Gerard, pues al ir a ponerle de pie cayó de golpe sentado en el suelo. Aunque estaba sufriendo

horribles dolores, no cesaba de lanzarme con sus ojillos negros (que tan inocentes y tan simpáticos me habían parecido antes), feroces y profundas miradas. Parecía un tigre herido.

Cuando me pusieron en pie y me arrastraron por el estrecho camino, comprendí que iba a llegar el momento en que necesitaría de todo mi valor y todos mis recursos. Por detrás venían dos de los bandoleros llevando en hombros a mi enemigo, que no cesaba de dirigirme toda clase de injurias y maldiciones.

Calculo que tardaríamos una hora, poco más o menos, en subir la cuesta, y entre la herida del tobillo, el dolor del ojo y el temor de haber quedado desfigurado para siempre, recuerdo que pasé un rato atroz, el peor de mi vida.

No fui nunca muy aficionado ni muy ágil para trepar montes; sin embargo, cuando se va entre bandoleros y con una navaja de nueve pulgadas arrimada a cada lado de la sien, de todo se siente uno capaz.

Por fin llegamos a un punto donde el camino, después de rodear la cumbre, descendía por el otro lado, entre hileras de pinos, a un valle que se extendía hacia el Sur. Al ver aquello, comprendí en seguida que los bandoleros en tiempo de paz eran contrabandistas, y por aquel sitio pasaban la frontera de Portugal. Vi marcas de mulas en la tierra, y después de unos momentos noté con sorpresa las huellas de un caballo grande, que al llegar a un claro entre los pinos vi atado a un árbol. En seguida le reconocí. Era el caballo que había pedido aquella misma mañana en la taberna. ¿Qué había sido de *Monsieur Vidal*? ¿Sería posible que algún otro francés se hallase en el mismo trance, en el mismo apuro en que yo me veía?

Engolfado me hallaba en estos pensamientos cuando los bandoleros se detuvieron y uno de ellos lanzó un silbido particular, que fue contestado por otro igual, que parecía venir de unos zarzales situados al pie de un peñasco, en un lado del claro. Un momento después salieron otros diez o doce bandoleros y las dos cuadrillas se saludaron, amistosamente.

Los recién venidos rodearon al falso cura, dirigiéndole frases cariñosas, mientras que a mí me lanzaban miradas terribles, blandiendo las navajas. Indudablemente había llegado mi último momento, y ya estaba disponiéndome para hacer frente a la muerte de manera digna, cuando de pronto uno de ellos dio una orden y me llevaron hasta los zarzales del peñasco, en el que se abría una cueva. Al entrar en ésta, cuyo interior alumbraban dos antorchas, vi sentado al lado de una ruda mesa de pino a un hombre de aspecto singular. Por el respeto con que los demás le trataban comprendí en seguida que era el jefe de los bandoleros, el terrible *Cuchillo*.

El que había venido conmigo en el carruaje estaba sentado sobre un barril, con las piernas inutilizadas, y de la conversación que sostuvo con el jefe saqué en consecuencia que él era el segundo de la banda, y que una parte de sus obligaciones consistía en atraer a los viajeros, como yo, con su dulce conversación y su traje talar. Cuando pensé en los muchos oficiales cándidos que probablemente habían sido engañados por aquel monstruo, me alegré muchísimo de haber puesto fin a sus

villanías, por más que creí sería esto a costa de mi vida, que ni a mi país ni a mi emperador les convenía que se acabase.

Mientras el herido, sostenido por dos compañeros, refería al jefe lo que había ocurrido, otros tres me tenían a mí sujeto delante de la mesa a la que el jefe se hallaba sentado; así es que pude observarle a mi gusto.

Jamás he visto hombre con menos cara de bandolero, sobre todo de bandolero que por su extremada crueldad se había ganado el siniestro mote que llevaba.

Tenía el rostro ancho, grueso y de aspecto benigno, con buen color y unas patillas que, más que de bandolero, le daban aires de tendero de ultramarinos bien acomodado. No llevaba en la cabeza el pañuelo amarillo, ni en la cintura la faja roja que llevaban los demás; antes por el contrario, vestía una chaqueta larga de buen paño, y a excepción de las polainas, nada se descubría en él que indicase la vida de monte que hacía. Con su aspecto correspondían las cosas que le rodeaban, pues encima de la mesa tenía una caja de rapé y un libro grande, parecido a un diario de comercio. Sobre una tabla colocada entre dos barriles de pólvora que le servían de sostén había montones de libros y papeles distribuidos por todas partes. Algunos contenían versos.

Todo esto lo observé mientras él, reclinándose con holgura en la silla, escuchaba la relación de su segundo. Cuando éste terminó, dio orden *Cuchillo* para que lo retiraran de allí, y yo me quedé entre mis tres guardianes espejando lo que viniese.

El jefe tomó una pluma, y dándose con ella en la frente encogió ligeramente los labios, mirando por el rabillo del ojo al techo de la cueva.

—¿Podrá usted —dijo después de unos momentos de silencio—, indicarme un consonante para la palabra mantilla?

Contesté que mi conocimiento de la lengua española era muy limitado, y que por lo tanto me era imposible complacerle.

—Es una lengua riquísima —añadió—, aunque menos abundante en rimas que el inglés, el francés y el alemán. He ahí por qué se escriben tantas obras en verso libre, forma de composición que es desconocida en vuestra literatura, pero que resulta admirable. En fin, estas cosas no son para la inteligencia de los húsares.

Estuve a punto de replicarle que, si un jefe de bandoleros tenía bastante talento para comprenderlas, mejor podría tenerlo un húsar; pero vi que no me hacía caso, pues estaba preocupado con la terminación del verso que tenía entre manos.

Después de un rato de trabajo arrojó la pluma y se puso a declamar en alta voz unos cuantos versos de su composición, los cuales fueron acogidos con ruidosos aplausos por mis guardianes. El *Cuchillo* quedó muy complacido, y hasta se ruborizó como una joven a quien se piropea por primera vez.

—Parece que los críticos me favorecen —dijo dirigiéndose a mí. Y añadió con visible deleite—: Cuando las noches son largas, las pasamos recitando nuestros propios versos. Tengo suma facilidad para hacerlos y no pierdo la esperanza de ver impresas algunas de mis composiciones en Madrid. Pero dejemos esto ahora. ¿Tiene usted la bondad de decirme su nombre?

—Esteban Gerard —contesté.

—¿Rango?

—Coronel.

—¿Regimiento?

—Húsares de Conflans.

—Es usted muy joven para ser coronel.

—Mi carrera ha sido muy brillante.

—Tanto más triste. ¡Qué lástima!

Y sonrió con cierta hipocresía.

No repliqué nada, pero procuré darle a entender que estaba dispuesto a todo.

—A propósito —continuó empezando a hojear el libro mayor, o que así al menos lo parecía—. Creo que hemos tenido entre manos a alguno del cuerpo de usted. Procuramos anotar siempre nuestras operaciones, y veo aquí un apunte fechado el 24 de Junio. ¿No tenían ustedes un oficial llamado Soubiron, muchacho alto, delgado y rubio?

—Sí —contesté secamente.

—Veo que le enterramos aquel día.

—¡Pobre muchacho! —exclamé conmovido—. ¿Y cómo murió?

—Lo enterramos.

—Pero moriría...

—No me entiende usted, señor coronel. Cuando le enterramos no había muerto. En tiempo de guerra hay que tratar duramente a quienes se atreven a invadir un país que no es el suyo. ¿Que fue una atrocidad? Váyase por las muchas que los franceses han cometido con los pobres españoles.

—¿Le enterraron vivo? —exclamé loco de horror.

Y sin más me lancé sobre aquel monstruo que me contemplaba con la más apacible de las sonrisas. Le hubiera matado si no me contienen mis guardianes.

Una y otra vez volví a atacarle, echando maldiciones y deshaciéndome cuándo de uno cuándo de otro de los que me sujetaban, pero nunca libre del todo.

Por fin, con la chaquetilla casi arrancada del cuerpo y la sangre cayendo a chorros de las muñecas, me echaron hacia atrás y me sujetaron los brazos y los pies con gruesas cuerdas.

—¿Conque os atrevéis a tratar así a nuestros hombres? —exclamé furioso y fuera de mí—. Todavía habéis de aprender que mi emperador tiene la mano muy dura, y por más que estáis bien escondiditos aquí, os hará pagar cara vuestra osadía.

Di rienda suelta a mi lengua, y creo que solté cuantas palabras feas y mal sonantes aprendí en mis catorce campañas, y que no repetiré ahora; pero él, sin hacerme caso ninguno, continuaba dándose en la frente con la pluma y mirando al techo, como si buscara allí la inspiración. Esto me hizo comprender cómo podía herirle.

—¡Qué infamia —dije— y qué entretenimiento para un jefe de bandoleros, dedicado a escribir malas coplas!

¡Ah, si le hubierais visto, amigos míos, cómo saltó de la silla al oír esta exclamación! Se tornó lívido y me dirigió una mirada amenazadora.

—¡Muy bien! Señor coronel —dijo ahogándose de rabia—. Basta con lo que ha dicho usted. ¿No es cierto que su carrera ha sido brillante y distinguida? Pues le prometo que la muerte lo será también. Esteban Gerard, coronel de los malditos húsares franceses, recibirá una muerte digna de su conducta.

—Por mi parte —añadí—, sólo pido que la conmemoréis con unas coplas más inspiradas que las que brotan de vuestra péñola.

Se me ocurrió decirle algunas otras cositas, pero no me dio tiempo. Obedeciendo a un gesto furioso que hizo con la mano, los tres guardianes me sacaron de la cueva.

La entrevista había durado más tiempo del que yo creía, pues cuando salimos de la cueva era ya muy de noche, y los rayos de la luna alumbraban el valle. Los bandoleros habían encendido una hoguera con las ramas secas de los pinos, y en un enorme caldero de cobre preparaban la cena. El cuadro que ofrecían sentados en derredor del fuego era muy pintoresco, y no pude menos de admirarlo, a pesar de las circunstancias.

Algunos oficiales no tienen ni pizca de afición al arte, pero yo no soy así; siempre me han llamado la atención estas cosas. Recuerdo, por ejemplo, que cuando Lefevre vendía el botín de guerra, después de la toma de Dantzic, compré un magnífico cuadro titulado *Ninfas sorprendidas en el bosque*, y lo llevé conmigo durante dos campañas enteras, hasta que por fin mi hermoso caballo *Rataplán* me lo pisoteó. Os digo esto, para probaros que nunca fui un militar ordinario como Rapp y como Ney.

Por desgracia, allí en el campo de los bandoleros tuve poco tiempo para pensar en el arte ni en cosas parecidas. Mis guardianes me hicieron sentar al pie de un pino, y rodeándome los tres se pusieron a fumar tranquilamente. ¿Qué hacer? No lo sabía. Durante mi carrera no creo haberme hallado ni seis veces en situación tan desesperada. Sin embargo, procuraba animarme, diciendo para mis adentros:

—¡Valor, muchacho! Ten ánimo y valor. No te han hecho coronel a los veintiocho años sencillamente porque sabes bailar el cotillón. Eres un hombre singular, Esteban: un hombre que ha corrido mucho mundo y se ha visto en grandes apuros. ¿Has de permitir que sea esta tu última hora?

Y me puse a buscar algo que me indicase la manera mejor de huir de allí, cuando hice una observación que me llenó de asombro.

Ya os he dicho que los bandoleros habían encendido una hoguera en el centro del claro. Con el resplandor de las llamas que salían del fuego y el brillo de la luna, la claridad era muy grande; parecía de día. En el otro extremo, y casi enfrente de mí, vi un pino alto que tenía el tronco y las ramas bajas enteramente secos, como si recientemente se hubiera quemado algo alrededor de él.

Un montón de zarzas que crecían delante ocultaban de mi vista la base del tronco.

Pero fue grande mi sorpresa al ver colgado, por encima del zarzal, un buen par de botas de montar con las puntas hacia arriba. Después de fijarme bien, me enteré de que las botas no estaban atadas, sino clavadas al pino con enormes clavos. No estaban vacías, y al volver un poco la cabeza hacia la derecha pude distinguir quién era el que se hallaba colgado por los pies. Harto sé, amigos míos, que no es agradable hablar ni pensar en estas cosas; pero al contar la historia no puedo menos de referirla tal y como sucedió, sin quitar ni poner nada.

En verdad que los bandoleros trataban harto duramente a los franceses que caían en sus manos. Sin duda el odio que nos tenían a los invasores no reconocía límites.

De todo corazón compadecí al pobre Vidal y me eché a pensar si habría hecho frente a tan cruel castigo con el ánimo y el valor propios de todo buen francés, aunque esto, de todos modos, no podía servirme de mucho consuelo.

Cuando estuve en la cueva con el jefe, me impresionó tanto lo que me dijo de Soubiron (que por cierto era un muchacho muy alegre y muy valiente), que en todo pensé menos en mí mismo. Tal vez hubiera sido mejor darle buenas palabras, atraerse sus simpatías; pero la cosa ya no tenía remedio y había que pagar con la muerte aquel atrevimiento, aquella osadía. Y si al inofensivo comisario le habían tratado de aquel modo, ¿qué podría esperar yo, que le había roto la espina dorsal al segundo de aquella gavilla? En fin, de todos modos era hombre sentenciado, y no me pesaba haberme conducido con valor hasta el último instante.

Me puse a pensar en mi madrecita querida, en las jóvenes que llorarían mi muerte, en lo mucho que sentirían ésta mi país y mi emperador... y no me avergüenzo al confesaros que derramé amargas lágrimas al considerar la general consternación que causaría mi prematuro fin. Pero no por eso dejé de fijarme en todo para ver si hallaba la manera de escapar de las garras de aquellos malos españoles.

Por lo pronto, no cesaba de dar estironcillos, primero a la cuerda que me sujetaba las muñecas y luego a la que tenía a mis pies, mientras que mis ojos procuraban husmearlo todo.

Como un húsar no es nadie, por decirlo así, sin el caballo, no hacía más que mirar y remirar a uno que estaba paciando tranquilamente a unos treinta metros de mí, y también me fijé en que el camino por donde habíamos subido al monte era tan empinado y tan escabroso que, para recorrerlo, sería preciso llevar de la brida al animal, y aun así ofrecía algunos peligros; en cambio, el sendero del otro lado era más llano y más abierto y conduciría, sin duda alguna, a un valle dilatado y ameno.

Mientras así pensaba salió de la cueva el jefe, y acercándose a su segundo, que estaba echado en un jergón cerca del fuego, habló unos momentos con él. Hizo el segundo un gesto de aprobación, y mirándome los dos, rompieron a reír a carcajadas.

En seguida dirigió el jefe algunas palabras a sus hombres, los cuales respondieron con exclamaciones de alegría y grandes risotadas.

Indudablemente las cosas se ponían graves, muy graves para mí; pero tuve la satisfacción de notar que había conseguido aflojar las cuerdas de las manos, de

manera que podía deshacerme de las ligaduras cuando quisiera. En cambio, los pies estaban tan sujetos como antes, pues al hacer algún esfuerzo para soltarlos, el dolor de la herida del tobillo era tan agudo, que tenía que morderme los labios para no quejarme, hasta que me convencí de que no había más remedio que esperar los acontecimientos, y me dediqué a observar a los bandoleros.

Al principio no podía formar idea de lo que intentaban, cuando vi que uno de ellos se encaramó en un pino que crecía en un lado del claro y ató en la punta una soga. En seguida se dirigió a otro pino en el otro lado, y ató también en la punta otra soga. Quedaron colgando las extremidades de las dos sogas, y sentí curiosidad por saber qué pensaban hacer con ellas. Después se agarraron todos a una de las extremidades, y tirando con fuerza doblaron el árbol hasta formar una curva muy violenta, y ataron la soga a un poste.

La misma operación hicieron con el otro árbol y la otra soga, y entonces fue cuando comprendí el horrible suplicio que pensaban imponerme.

—Supongo que es usted fuerte, coronel —díjome el jefe, acercándose con su sarcástica sonrisa.

—Si hace usted el favor de soltarme estas ligaduras —respondí—, pronto podrá usted verlo.

—Vamos a ver si tiene usted tanta fuerza como estos arbolillos —añadió—. Nos proponemos atarle a usted un pie a cada soga, y cuando esté usted bien sujeto, por supuesto cabeza abajo, soltaremos los árboles. Si tiene usted más fuerza que ellos... nada sucederá, es claro; pero si los árboles son más fuertes que usted... entonces dejará usted un recuerdo suyo en cada lado de este claro.

Se echó a reír, y todos los bandoleros le imitaron, dando palmadas para aplaudir el ingenio del inventor de este suplicio.

He oído decir muchas veces, y yo mismo lo he notado, que en el momento en que vemos acercarse una muerte tan prematura como inesperada es cuando más vivimos, por decirlo así. Todos nuestros sentidos están más despiertos que nunca; así que yo oía, veía y oía como jamás oí, vi ni oí, a no ser en circunstancias análogas. Por esta razón no es de extrañar que mucho antes que los bandoleros lo notasen, y de que el jefe comenzase a hablar, oyera yo a lo lejos un zumbido que a cada momento era menos confuso y se acercaba más y más.

Cuando el jefe concluyó de dictar mi sentencia, y cuando los bandoleros me soltaban las ligaduras para conducirme al patíbulo como si dijéramos, el zumbido se convirtió en ruido de herraduras, en chis-chas de bridas y en rechinar de sables contra el estribo. ¿Sería posible que yo confundiese todo aquel estrépito de tropas de caballería en marcha con ningún otro?

—¡Auxilio, socorro, compañeros! —grité.

Y por más que, dándome golpes en la boca, procuraban los bandoleros hacerme callar, arrastrándome hacia los árboles, continué gritando con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Auxilio, camaradas, ayudadme, que matan a vuestro coronel!

El dolor de las heridas que venía sufriendo y los hondos disgustos habían producido en mi imaginación una especie de delirio, el cual me hizo ver a la entrada del claro a mis quinientos húsares, con clarines y todo. Pero lo que vi de veras era muy distinto de lo que me había imaginado.

Por el camino que conducía al valle apareció de pronto un joven, jinete en un magnífico caballo. Avanzó a galope tendido, y pude ver que su porte y su aire eran tan elegantes como distinguidos.

Era alto, esbelto y de un conjunto sumamente agradable y simpático. Vestía chaqueta roja, de uniforme, la cual, a consecuencia de hallarse expuesta constantemente a los rayos del sol, había perdido el color. Su tahalí era dorado, y el casco de metal muy reluciente, con una elegante pluma en la cimera. Seguíanle cuatro

militares, todos con el mismo uniforme, a excepción del tahalí de oro y de la pluma blanca; los cuatro limpios de cara y tan frescachones y robustos, que más bien parecían frailes que dragones.

Obedeciendo una orden dada por su jefe, se detuvieron todos con ruidoso estrépito de armas, adelantándose el joven para hablar con el capitán de la cuadrilla. En seguida comprendí que los recién llegados eran ingleses, y me bastó una ojeada para convencerme de que eran buenos militares.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el joven hablando un francés muy imperfecto—. ¿Quién pedía auxilio y qué se proponía usted hacer con él?

En aquel momento bendije los meses en que Obriant, un descendiente de los reyes de Irlanda, estuvo enseñándome el inglés. ¡Los bandoleros acababan de soltarme los pies, y sólo necesité un buen estirón para aflojar las ligaduras de las manos! En seguida salté de un brinco al otro lado; recogí el sable, que estaba en el suelo, monté el caballo del pobre Vidal, de un tajo rompí la correa que le tenía sujeto y fui a colocarme al lado del oficial inglés, antes casi de que nadie se diera cuenta de lo que hacía.

—Me entrego a usted, caballero —le dije en un inglés que no era ciertamente mucho mejor que el francés que él conocía—. He tenido la desgracia de caer en manos de estos «caballeros», quienes pensaban imponerme un suplicio terrible.

Tan satisfecho, tan alborozado me sentía yo al verme de nuevo montado y con el sable en la mano, que lo blandí en el aire dando vivas de alegría.

El jefe de la cuadrilla avanzó, siempre con su irónica sonrisa en los labios, y dirigiéndose al oficial inglés, le dijo:

—Su excelencia observará que este militar francés es mi prisionero.

—Aunque lo sea —replicó el inglés—, ésa no es manera de castigar a nadie. Si lord Wellington opinara como yo, tendríamos por aliados a los españoles de verdad, pero no a los bandidos, por muy españoles que fuesen.

—¿Y mi prisionero? —agregó el bandido.

—Vendrá con nosotros al campamento inglés.

—Una palabra antes de que se vaya —continuó diciendo.

Y acercándose al oficial y sacando el brazo por encima de su hombro, me disparó con la rapidez del rayo su pistola en la cara.

Afortunadamente no hizo el blanco que se proponía, pues únicamente consiguió agujerearme el morrión con el proyectil. Viendo que no me había acertado levantó nuevamente el arma con intención de disparar otra vez, cuando uno de los ingleses que ostentaba los galones de sargento sacó el sable y le dio un tajo tan tremendo que casi le dejó colgando la cabeza.

Al ver esto, todos los bandoleros se echaron sobre nosotros; pero unos cuantos tajos y mandobles bastaron para hacerles retroceder, y marchamos a galope tendido por el mismo camino que habían traído los ingleses.

Como eran muchos más que nosotros, no nos determinamos a detenernos hasta que llegamos a campo abierto, a bastante distancia de la madriguera de los bandidos.

A pesar de mis dos heridas y de lo fatigado que me encontraba, confieso que me sentía orgulloso al pensar que yo, Esteban Gerard había dejado a los bandoleros tan buen recuerdo de mí. Con seguridad que habrían de meditarlo bien antes de volverse a meter con un húsar francés.

Tan entusiasmado estaba, que me permití dirigir un discursito a los ingleses diciéndoles quién era aquél a quien habían salvado. Quise hablar también de la gloria de la satisfacción que experimenta un hombre valiente al salvar a otro; pero me interrumpió el oficial, diciendo:

—Bien, sí; todo eso ya lo sabemos.

Y volviéndose al sargento, le preguntó:

—¿Hemos sufrido algún quebranto?

—El caballo de Jones ha recibido un balazo en una rodilla —contestó el sargento.

—Bien, que venga Jones con nosotros. El sargento Hallidey, acompañado de Harvey y de Smith, que marche siempre a la derecha hasta encontrar las avanzadas inglesas.

Con esto se adelantaron los tres, y el oficial y yo seguidos a bastante distancia del soldado con el caballo herido, tomamos dirección del campamento inglés.

Desde un principio simpatizamos mutuamente y pronto entablamos conversación. Díjome que era hijo de una de las más nobles familias de Inglaterra, que militaba por puro patriotismo, y por amor al ejército, y que estando a las órdenes de lord Wellington, habíale mandado de explorador por si los franceses avanzábamos por los montes.

Como he viajado siempre mucho y fui muy aficionado al conocimiento de los

idiomas, puedo pronunciar perfectamente el nombre del joven aristócrata. Llamábase *Sir George Russel Bart*, siendo éste último nombre honorífico, como el don en España. Yo comencé llamándole Bart, pues pareció más sencillo y más breve. Como teníamos casi la misma edad y las mismas ambiciones, además de pertenecer a la caballería de nuestros respectivos ejércitos (dragones del 16 era su regimiento), llegamos pronto a intimar. Me hizo conocer el nombre de una muchacha a quien amaba y que vivía en los jardines de Vauxhall y yo le hablé de la pequeña Coralie de la Ópera. Sacó del pecho una trencita de pelo y yo le enseñé un guante.

Después de esto casi llegamos a reñir disputando sobre si eran mejores los húsares o los dragones. Estaba orgulloso de su regimiento, y debierais haberle visto cómo torció el labio con desdén y echó mano al sable cuando le dije que ojalá sus dragones no llegaran a verse nunca frente a mis húsares.

Por último comenzó a hablarme de lo que ingleses llaman *sport*, y me dejó pasmado cuando me dijo el dinero que había en apuestas. A cualquier hora estaba dispuesto para apostar, y como por casualidad viese yo una estrella errante, quería apostar 25 francos por estrella a que él veía más estrellas que yo. Solamente desistió cuando le manifesté que mi portamonedas había quedado en manos de los bandoleros.

Proseguimos caminando toda la noche y charlando hasta el amanecer, cuando de repente vino a sorprendernos el eco de una terrible descarga de fusilería. El terreno por donde marchábamos era accidentado y pedregoso, y aunque no se veía nada, llegué a creer que se había entablado un combate general. Así se lo indiqué a Bart, el cual se echó a reír, y me manifestó que el eco procedía del campamento inglés donde se acostumbraba a descargar las armas todas las mañanas a primera hora, a fin de asegurarse de que la pólvora se hallaba bien seca.

—Nos falta próximamente una milla —dijo—, para encontrar a los centinelas británicos.

Al oír esto dirigí una mirada hacia atrás y vi que estábamos solos. En todo el pedregoso valle no se veía un alma más que Bart y yo. Sin duda la herida del caballo de Jones era más grave de lo que se creyó en un principio y se había quedado a la zaga. Entonces empecé a preguntarme si verdaderamente era muy necesario que recorriera yo la milla que nos faltaba para llegar al campamento inglés.

Amigos míos, debo explicaros bien este punto, pues no. Quisiera que creyerais que era un ingrato y me portaba mal con un hombre que me había salvado de las garras de los bandidos. Acordaos de que el primer deber de un oficial es cuidar de sus hombres, y de que la guerra es una partida que se juega con reglas fijas. Cuando se quebranta una de estas reglas, debe disponerse el castigo inmediatamente. Si se me hubiese exigido mi palabra, hubiera sido infame querer escaparme; pero no había nada de eso, ninguna palabra se me había exigido. Por ser demasiado confiado, y a consecuencia de haberse quedado atrás, por casualidad o sin ella, el jinete con el caballo herido, nos veíamos solos Bart y yo en aquella especie de desierto.

Creo que si yo hubiese sido el salvador en lugar del salvado, hubiera tratado a Bart con la misma cortesía con que él me trató a mí; pero no por eso hubiera dejado de procurar que estuviese desarmado y de tener buen acompañamiento, por lo que pudiera ocurrir.

Deteniendo el caballo le expliqué todo esto, preguntándole si tenía inconveniente en que me separase de él y marchara por otro lado.

Lo meditó un poco, pronunciando varias veces las dos palabritas que en inglés equivalen a nuestro *¡Mon Dieu!* y luego me dijo:

—¿Conque piensa usted marcharse?

—Si no tiene usted inconveniente...

—No hay más inconveniente que uno...

—¡Que le cortaría a usted la cabeza en el acto!

—Amigo Bart —dije—, somos dos para jugar a eso.

—Bien, pues vamos a ver quién juega mejor —contestó desenvainando el sable.

Yo también saqué el mío, aunque resuelto a no tocar a aquel admirable joven que había sido mi salvador.

—Considere usted —le dije—, que soy su prisionero y que también yo pudiera alegar que lo es usted mío. Aquí estamos solos, y aunque no dudo que tira usted bien, no creo que pueda resistir al mejor tirador de las seis brigadas de caballería ligera.

Por toda contestación me dirigió un sablazo a la cabeza.

Paré el golpe y lo devolví, cortando por la mitad la blanca pluma de su casco. Volvió a atacarme, dirigiéndose al pecho y volví yo a rechazar la nueva acometida, cortándole además la otra mitad de la pluma.

—¡Al diablo con sus artificios! —exclamó muy furioso cuando retiré mi caballo.

—Pero ¿por qué se empeña usted en herirme, puesto que yo no quiero reñir con usted?

—Bien, todo eso está muy bien, pero usted tiene que venir conmigo al campamento de las tropas inglesas.

—No veré jamás el campamento.

—Le apuesto nueve contra cuatro a que está usted allí antes de poco rato —dijo acercándose a mí blandiendo el sable.

¿Qué se proponía aquel joven? ¿Era que no podíamos decidir la cuestión de otra manera que batiéndonos?

De tal modo se iban poniendo las cosas, que para evitar que él me hiriera a mí me vería obligado a herirle a él. Su sable no distaba ni una pulgada de mi cuello, pero pude parar el golpe.

—Tengo algo que proponer —le dije—. Vamos a echar suertes para ver quién es el prisionero, si usted o yo.

Entonces se echó a reír. Sin duda mi proposición lisonjeaba sus invencibles aficiones al *sport*.

—¡Vengaba los dados! —exclamó.

—No los tengo.

—Ni yo; pero tengo naipes.

—Bueno, pues que sea con naipes.

—Y ¿a qué jugamos?

—A lo que usted quiera.

—¿Al *ecarté*?

No pude menos de sonreírme al aceptar, pues creo que en toda Francia no hubieran podido encontrarse tres hombres que me ganaran jugando al *ecarté*. Así se lo manifesté al inglés mientras nos apeábamos, pero me contestó con cierto orgullo:

—En casa de Watier tengo fama de ser el mejor jugador de *ecarté* de toda Inglaterra; de modo que si gana usted la partida, bien merecida tendrá usted la libertad.

Atamos los caballos y fuimos a sentarnos uno a cada lado de una enorme piedra. Bart sacó del bolsillo de su casaca los naipes, y sólo con verle barajar comprendí que no era ningún novicio. Alzamos, y le tocó dar las cartas. ¡Vaya una puestecilla la que teníamos! Nada menos que la libertad de Esteban Gerard.

El inglés quería añadir a la puesta una moneda de oro por cada partida, pero no acepté. ¿Qué valía el dinero comparado con la libertad de un arrogante militar?

A mí me parecía que todos los que tenían motivos para interesarse en el resultado de la partida (mi madre, mis húsares, el sexto cuerpo del ejército, Ney, Massena y aun el mismo emperador) formaban un círculo a nuestro alrededor en aquel desolado valle.

¡Cielos, qué golpe tan terrible para todos, si la suerte se mostraba esquiva conmigo!

La primera partida la gané sin dificultad, más que por otra cosa porque me tocaron las mejores cartas. En la segunda estuve muy bien y saqué una baza por casualidad, pero Bart hizo más que yo.

¡Cáspita y qué excitados estábamos! El inglés se quitó el casco y yo el morrión.

—Mi caballo contra el suyo —exclamó.

—Aceptado.

—El sable.

—Aceptado.

—La silla, las bridas y los estribos.

—Aceptado, todo aceptado.

Me había infundido algo de su afición; tanto es así que, si hubieran sido míos, hubiera apostado mis húsares contra sus dragones.

Entonces comenzó el gran partido.

Jugó bien, muy bien; pero yo, ¡ah, amigos míos! Estuve superior. De las cinco bazas que me faltaban hice tres seguidas. Bart se mordía de rabia los labios, y yo por mi parte me parecía estar ya a la cabeza de mis húsares.

En la segunda descubrí el rey, pero perdí dos bazas; de manera que yo tenía cuatro y él dos.

Cuando vi las cartas que me tocaron en la tercera, no pude reprimir un gesto de alegría.

—Si con esto no gano mi libertad —me dije— mereceré estar encerrado toda mi vida.

Dadme los naipes, amigos míos, y os indicaré cómo jugamos. Éstas eran mis cartas: sota y as de bastos; reina y sota de oros, y rey de copas. Tened en cuenta que los bastos eran triunfos. De modo que sólo había un punto entre mi libertad y mi cautiverio. Empezó Bart con el diez de bastos y lo tomé con el as de triunfo. Un punto ganado. Siguiendo el juego correcto, continué con triunfos para deshacerme de ellos y puse la sota. La tomó con la reina y quedamos iguales. Puso el ocho de bastos y no tuve más remedio que perder mi reina de oros. En seguida salió con el siete de bastos y se me erizó el pelo. Al final tiramos un rey cada uno. Bart había hecho dos puntos, y a pesar de tener peores cartas que yo me ganó aquella partida.

Indudablemente, en casa de Watier jugaban en el año 1810 un *ecarté* muy superior. Lo digo yo, Esteban Gerard, uno de los mejores jugadores de Francia.

De aquella manera teníamos cuatro bazas cada uno; así, que una partida más y asunto concluido.

El inglés demostraba gran calma y mucha indiferencia, y yo procuré hacer lo mismo, pero no podía ser; un copioso sudor bañaba mi frente.

Le tocaba dar a él, y no puedo menos de confesaros que mis manos temblaban al recoger los naipes. Pero en cuanto los levanté, ¡cuál no sería mi regocijo al hallarme con el rey de triunfo, el glorioso rey de triunfo! ¡Qué suerte la mía! Estuve a punto de declararlo, pero las palabras se me helaron en los labios al ver la cara que ponía el inglés.

Tenía los naipes en la mano, y con ojos que parecían querer saltar de sus órbitas miraba por encima de mi hombro con terrible expresión de sorpresa y horror. Di media vuelta y quedé casi tan pasmado como él.

Tres hombres estaban cerca de nosotros, unos quince metros próximamente. El de en medio era de buena estatura, pero no demasiado alto; seríamos casi de una misma alzada. Vestía uniforme azul y sombrero de dos picos, con una pluma blanca a un lado, pero me fijé poco en el traje. Lo que me llamó más la atención fue su cara. Sus casi escuálidas mejillas, su puntiaguda nariz, sus azules ojos, de mirada dominante y sus delgados labios, me hicieron comprender que aquél era un hombre extraordinario, único entre un millón.

Frunciendo las cejas dirigía tan terrible mirada al pobre Bart, que los naipes se le cayeron a éste de la mano.

De los otros dos, el uno era moreno, con cara arrugada y dura, como si fuera de roble. Vestía casaca roja.

El otro era alto, bien formado y con patillas rubias. Vestía casaca azul con galones dorados.

Un poco más atrás tres asistentes sujetaban otros tantos caballos, y más atrás veíase una escolta de lanceros.

—¡Hola, Cranford! —exclamó el del sombrero de dos picos, dirigiéndose al de la casaca roja—. ¿Qué demontres es esto?

—¿No oye usted? —gritó el de la casaca roja a mi compañero—. Lord Wellington quiere saber qué hace usted ahí.

El pobre Bart refirió lo que había sucedido, pero su relato no causó en nadie la menor impresión.

—¡Vaya una escena bonita! General Cranford —exclamó lord Wellington—. Es necesario mantener la disciplina de este regimiento. Caballero, ¡vaya usted preso al cuartel general!

Bart montó en su caballo y cabizbajo se retiraba ya de allí; pero yo me impresioné tanto al verle, que resolví pedir su perdón. Al efecto, supliqué al generalísimo inglés que le perdonase, diciendo que yo podía atestiguar que se había portado bien.

¡Oh, amigos míos! Mi elocuencia hubiera conmovido al corazón más duro. Las lágrimas brotaron de mis ojos, pero no de los suyos. No se conmovió ni lo más mínimo, y lo que únicamente hizo fue preguntarme con cierta ironía:

—¿Cuánto peso ponen ustedes a las mulas en el ejército francés?

—Doscientos kilos —respondí.

—Pues hacen ustedes mal —repuso lord Wellington, añadiendo en seguida—: Conducid al prisionero a retaguardia.

Me rodearon los lanceros.

Yo me puse furioso al considerar que el triunfo había estado en mis manos y que en aquel momento debía ser hombre libre.

Levanté los naipes a la vista del general, y le dije:

—Mirad, mi general. Jugué para alcanzar mi libertad y la alcancé, puesto que, como veis, tengo al rey en la mano.

—Al contrario, señor coronel —replicó Wellington sonriéndose—. Soy yo el que gana, pues mi rey os tiene en su mano.

De cómo el Rey tuvo en sus manos al brigadier

No puede negarse que Murat era un excelente oficial de caballería, aunque tenía una falta, que por cierto es muy común entre los militares, y que muchas veces echa a perder aun a los más distinguidos. Era muy fanfarrón.

Lasalle era también un oficial atrevido y valiente, pero se maleó con la bebida y otros vicios.

En cambio yo, Esteban Gerard, no tenía nada de fanfarrón, y a no ser a la conclusión de algún combate en que alcanzábamos la victoria, o cuando me encontraba con algún antiguo amigo y compañero de armas, era sumamente sobrio.

Si no hubiera sido por mi natural modestia, me hubiera creído con derecho a considerarme uno de los mejores militares. Ciertamente nunca llegué a ser más que jefe de brigada, pero bien sabido es que, a excepción de los que tuvieron la suerte de acompañar a Napoleón en sus primeras campañas, a ninguno se le presentó ocasión de ascender mucho.

Los únicos que ascendieron después de la campaña de Egipto, fueron Lasalle, Lobau y Drouet. Yo, a pesar de mis brillantes cualidades, sólo pude alcanzar la jefatura de mi brigada y la cruz de honor que recibí de manos del mismo emperador y que conservo cuidadosamente en un estuche. Y sin embargo, a pesar de no haber llegado a ocupar posiciones más altas, los que sirvieron conmigo, y aun los mismos ingleses, conocían bien mi talento excepcional.

Después que los ingleses me hicieron prisionero de la manera y en la forma que os referí hace pocas noches, me llevaron a Oporto, donde me encerraron con grandes precauciones para que no pudiera escaparme de sus manos. Me tenían por un enemigo terrible.

El día 10 de Agosto fui conducido con otros prisioneros a bordo del transporte que había de llevarnos a Inglaterra, y antes de que finalizase el mes ya estaba *enchiquerado* en la cárcel que nos tenían preparada en Dartmoor.

L'hôtel français et pension la llamábamos nosotros con nuestro habitual buen humor, pues ya comprenderéis que los que allí estábamos éramos todos hombres valientes a quienes la prisión no acobardaba. La mayor parte de los prisioneros de Dartmoor eran marinos, o bien pertenecían a las filas, pues únicamente como excepción llevaban allá a los oficiales que se negaban a empeñar su palabra. Me preguntaréis quizás que por qué me negué yo a empeñarla, puesto que así hubiera disfrutado de los mismos beneficios y del mismo trato que mis camaradas, y os lo diré. Tenía dos poderosos motivos para no dar mi palabra.

En primer lugar, abrigaba tal confianza en mí mismo, que estaba seguro de que, tarde o temprano, me escaparía de allí; y en segundo, mis deudos, aunque descendientes de una de las mejores familias de Francia, no eran ricos y no quise mermar nada de la pequeña renta de mi madre. Por otra parte, no me parecía bien que un hombre como yo quedara obscurecido por los burgueses de una capital de provincia de Inglaterra, ni quería verme privado de los medios necesarios para hacer la corte a las damas a quienes llegase a agradar. Por estos dos motivos preferí estar prisionero en la cárcel de Dartmoor.

Voy a referir ahora mi aventura en Inglaterra, y veréis hasta dónde llegaron a resultar ciertas las palabras de lord Wellington cuando dijo que yo quedaba en manos de su rey.

Primeramente he de manifestar que, si no hubiera resuelto contaros lo que me sucedió, os podría entretener con lo que ocurría en la negra prisión de Dartmoor. Era uno de los sitios más extraños del mundo, pues allí, en medio de un desierto, se reunían siete u ocho mil hombres, todos militares por supuesto y gente de experiencia y valor.

El edificio estaba rodeado de dos gruesas murallas, a poca distancia una de otra. Además, y como es de suponer, había guardias y centinelas; pero a pesar de esto, no era posible tener enjaulados a los hombres de aquel modo, como si fueran ratones en la ratonera. Así es que las escapatorias se verificaban a pares, a docenas... ¡qué sé yo! En cuanto se enteraba el gobernador, mandaba repicar las campanas, disparar cañonazos y que la tropa saliera en busca de los fugitivos, y entonces los que quedábamos allí reíamos, bailábamos y nos poníamos a gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones: *¡Vive l'Empereur!* hasta que los de las guardias perdían la paciencia y nos amenazaban con los fusiles. Otras veces nos alzábamos en rebelión y... ¡cataplúm! Venían a escape la infantería y algo de artillería de Plymouth, lo que nos hacía gritar con más fuerza que antes: «¡Vive l'Empereur!» como si pretendiéramos que nuestras voces llegaran hasta el mismo París.

Allí los prisioneros tenían tribunales propios que juzgaban e imponían castigos entre ellos. Aunque se castigaban el robo y las riñas muy severamente, el más duro

castigo se reservaba siempre para la traición. Ésta no se toleraba de ningún modo ni por ningún concepto.

Cuando yo llegué a la cárcel hubo un tal Mennier, de Reims, que delató una conspiración o confabulación fraguada para escapar, y por esto le concedieron la libertad. Pues bien, cuando llegó la noche faltaba no sé qué fórmula que llenar, y por más que rogó y suplicó que no le dejaran entre sus compañeros, nadie le hizo caso y quedó encerrado con aquéllos a quienes había traicionado. Aquella misma noche se formó el tribunal; la acusación y la defensa fueron hechas cuchicheando y hallándose amordazado el traidor, y un juez a quien nadie veía dictó la sentencia. A la mañana siguiente, cuando vinieron a buscarle con los documentos necesarios para ponerle en libertad, estaba hecho pedazos. Eran muy ingeniosos aquellos prisioneros, y tenían una manera muy singular de plantear y resolver sus asuntos.

Nosotros, los oficiales, ocupábamos otra ala del edificio, y por cierto que formábamos un grupo bien extravagante. Nos habían dejado los uniformes, y apenas había cuerpo de ejército que no tuviera allí su representante, ya hubiera servido a las órdenes de un general, ya a las de otro. Es más, había algunos desde el tiempo en que Junot fue derrotado en Viniera.

En aquel famoso grupo se veían cazadores con sus casacas verdes, húsares como yo, dragones de chaquetas azules, lanceros de peto blanco, granaderos, ingenieros y artilleros; en una palabra, había allí un poco de todo. Los oficiales de marina eran en mayor número, pues los ingleses nos ganaron muchísimos combates navales. Nunca pude comprender el por qué de esto hasta que me condujeron desde Oporto a Plymouth, cuando pasé siete eternos días con sus siete noches tumbado de espaldas, tan mareado, y tan mal, que aunque me hubiesen puesto delante de los ojos el estandarte del regimiento, no hubiera podido moverme para tomarlo en mis manos. Era en aquellos tiempos cuando Nelson hacía de nosotros lo que quería.

Tan pronto como entré en Dartmoor, empecé a imaginar la manera de salir, y bien podéis comprender que con el ingenio aguzado durante doce años de campaña, no tardé mucho en comprender por dónde tenía la salida.

En primer lugar, yo llevaba una gran ventaja a los demás oficiales, porque conocía la lengua inglesa. La aprendí durante los meses que estuve en Dantzig con Obriant, del regimiento irlandés y descendiente de los reyes de Irlanda. Muy poco tiempo necesité para hablarla, porque puse mucho empeño en aprender. En tres meses, no sólo sabía expresarme con una relativa perfección, sino que también hacía uso de las frases y exclamaciones populares. Obriant me enseñó a decir en inglés ¡cáspita!, ¡caracoles!, y otras interjecciones más fuertes. ¡Cuántas veces he visto sonreír de gusto a un inglés al oírme explicar con tanta gracia!

En la prisión de Dartmoor nos ponían a dos en cada celda, lo que no me hacía ninguna gracia, tanto más cuanto que mi compañero era un hombre silencioso y taciturno, llamado Beaumont. Era muy alto, pertenecía a la artillería volante, y fue hecho prisionero por la caballería inglesa en Astorga.

Harto sabéis que mi carácter y mi modo de ser son muy a propósito para entablar amistades con cualquiera, pero aquel hombre era distinto de los demás.

Nunca tenía una sonrisa para mis bromas ni jamás escuchaba mis pesares.

Si me ponía a contar algo, se quedaba mirándome fijamente como un idiota, hasta que llegué a creer que sus dos años de cautiverio le habían vuelto loco.

¡Ay, amigos míos, cuántas veces suspiré por la compañía del viejo Bouvet, o cualquiera de mis antiguos camaradas, en lugar de aquel hombre momia, como le llamaba yo! Pero no tuve más remedio que conformarme con él, tal como era, pues fácil es comprender que me era imposible realizar ningún preparativo para la huida sin que él se asociara a mí. ¿Qué podría hacer sin que él me viera? Nada. Por consiguiente, comencé por indicarle mi intención, y poco a poco hablé claramente, hasta que al fin creí que le había convencido y que estaba dispuesto a compartir mi suerte. Hecho esto, di principio a mis trabajos.

Primeramente probé las paredes, el techo y el suelo; pero por más golpes que di, por más que palpé, todo parecía sólido y duro como una roca. La puerta de la celda era de hierro, se cerraba con un cerrojo de muelle y tenía en medio un enrejadito, por donde nos miraba el carcelero dos veces en la noche. Dentro de la celda había dos camas, dos banquillos y dos lavabos nada más, cosas muy suficientes para mis necesidades, ¿pues cuando durante las doce campañas tuve otro tanto? Pero era difícil salir de aquel sitio, y esto era lo que me tenía muy preocupado.

Noche tras noche pensaba en mis quinientos húsares, y tuve unas pesadillas horribles, en las que soñaba que todos los caballos carecían de herraduras, o bien que se habían hinchado a fuerza de comer forraje malo, o bien que seis escuadrones enteros se habían entregado al enemigo a la vista del emperador. Entonces me despertaba bañado en sudor frío y me ponía nuevamente a golpear y palpar, pues no dejaba de reconocer que una imaginación viva, servida por dos brazos fuertes y dispuestos a todo, había de vencer cualquier obstáculo por muy grande que fuese.

La ventana de la celda era tan pequeña que no cabía por ella ni un niño, y además estaba protegida por una reja de hierro en forma de cruz. Como muy bien comprenderéis, aquello era para desesperar a cualquiera y hacerle perder toda esperanza; pero, sin embargo, cada vez me convencía más y más de que mis esfuerzos debían dirigirse a la ventana. Para que por todas partes tropezase con dificultades, la ventana daba al patio de recreo, que estaba rodeado de dos altas murallas. No obstante, y así se lo hice comprender a mi taciturno compañero, harto tiempo quedaba para pensar en el Vístula cuando aún no se había cruzado el Rhin.

De manera que, después de haber sacado un hierro del armazón de la cama, me puse a horadar la pared encima y debajo de la reja de la ventana. Trabajaba durante

tres horas seguidas, y cuando sonaban en el pasillo las fuertes pisadas del carcelero, me metía a escape en la cama. En cuanto se marchaba volvía a mi tarea y trabajaba por lo menos otras tres horas, y a veces más, pues me convencí de que Beaumont era tan torpe que sólo podía contar con mis propios esfuerzos.

En algunas ocasiones se me figuraba que allá fuera me esperaban mis húsares con trompetas, estandartes y todo completo, y esta idea me hacía trabajar como un desesperado, hasta que el hierro que me servía de herramienta quedaba manchado con la sangre de mis manos.

De este modo, y noche tras noche, fui poco a poco horadando la pared y ocultando los productos de mi tarea entre la lana de la almohada y la paja del jergón, hasta que por fin llegó la hora en que la reja se movía, y cierta noche, al dar un buen tirón, se me quedó entre las manos. Estaba dado el primer paso para obtener mi libertad.

Me preguntaréis qué había ganado con aquello, puesto que la ventana era tan pequeña que ni un niño podía haber pasado por ella. Os lo diré. Había ganado con la reja dos cosas: un arma y una herramienta. Ésta me facilitaría el medio para aflojar la piedra que flanqueaba la ventana, y la primera me serviría para defenderme cuando me viese fuera de la prisión.

Hecho esto, me puse a trabajar en la piedra, y con la punta más aguda de una de las barras de la reja abrí un agujero. Comprenderéis, por supuesto, que durante el día volvía a dejarlo todo en su sitio, teniendo muchísimo cuidado de que el carcelero encontrara siempre el suelo completamente limpio.

Al cabo de tres semanas había separado de su sitio la piedra, y tuve el gusto de retirarla, quedando un boquete por el que se veían diez estrellas donde antes sólo se veían cuatro.

Ya estaba todo listo y sólo tenía que esperar una noche sin luna. Llegar al patio no me parecía difícil, ¿pero y después? ¿Tendría que volver a la celda por no poder pasar de allí, o me cogerían los centinelas para encerrarme en uno de esos calabozos subterráneos reservados para los presos que tratan de escaparse?

Bien sabéis que nunca he tenido ocasión de demostrar mis aptitudes como general, pero, sin embargo, algunas veces después de tomar unas copitas me siento capaz de idear las más sorprendentes combinaciones, y se me ocurre que si Napoleón me hubiese confiado un cuerpo de ejército, no hubiera tenido que arrepentirse.

Aquí de mi ingenio, pensaba yo entonces; aquí de mi inventiva, y no cesaba de discurrir.

La muralla interior que tenía que escalar era de ladrillo, de doce pies de altura y coronada por una hilera de clavos. La exterior sólo la había visto un día en que, hallándome en el patio, quedaron las puertas abiertas durante un momento; pero, poco más o menos, me pareció igual que la otra. Entre las dos murallas había un espacio de veinte pies próximamente, el cual supuse que estaría vigilado por los centinelas de las puertas. He aquí, amigos míos, el problema que tenía que resolver

sin más ayuda que estas dos manos.

Una de las cosas con que contaba era la gran estatura de Beaumont. Medía por lo menos seis pies, y creí que si podía subirme a sus hombros y agarrarme a los clavos de la muralla me sería más fácil escalar ésta. ¿Tendría fuerza y maña para subir después a mi compañero? Ésta era una cuestión grave, pues por nada en el mundo le hubiera abandonado. Si yo llegaba a escalar la muralla y él no podía seguirme, me vería obligado a volver a buscarle. Consulté el caso con Beaumont y vi que no le preocupaba poco ni mucho, por la sencilla razón de que tenía confianza en su agilidad y sus fuerzas.

Otro inconveniente, y de importancia, podía ser el centinela a quien le tocara estar de guardia frente a mi ventana en el momento de intentar la escapatoria. Los cambiaban cada dos horas a fin de asegurar una vigilancia rigurosísima; pero yo, que los venía observando con atención todas las noches, sabía que entre ellos existía gran diferencia. Algunos eran tan listos que ni una rata hubiera podido cruzar el patio sin ser vista por ellos, mientras que otros se cuidaban más de su comodidad que de otra cosa, y apoyados en el fusil dormían tan a gusto como si estuvieran echados en un colchón de plumas.

Había sobre todo uno tan grueso y tan pesado, que se retiraba a la sombra de la muralla y dormitaba tan profundamente, que más de una vez había yo arrojado a sus pies trocitos de yeso sin que se enterase.

Quiso mi buena estrella que a éste le tocara estar de guardia de doce a dos en la noche que había fijado yo para la escapatoria.

Durante las últimas horas estaba yo tan excitado y tan nervioso que no podía contenerme, y pasé el tiempo recorriendo incesantemente la celda de un lado a otro como ratón que ha caído en la ratonera. Se me figuraba que el carcelero se iba a fijar en los preparativos hechos para la fuga o que el centinela iba a entrar en sospechas. ¡Qué terrible ansiedad! En cuanto a Beaumont, era indudable que tramaba algo gordo, pues sentado en un borde de la cama me dirigía de cuando en cuando miradas extrañas, y se mordía las uñas como pudiera hacerlo uno que se pierde en profundas meditaciones.

—¡Ánimo, amigo mío! —exclamé tocándole el hombro—. Antes de un mes se verá usted al frente de sus artilleros.

—Bueno, sí, todo eso está muy bien; ¿pero quiere usted decirme a dónde piensa dirigirse cuando se vea libre?

—A la costa —repuse—. Para un hombre valiente no debe haber obstáculos. Yo iré directamente a incorporarme a mi regimiento.

—Más probable me parece —añadió Beaumont— que vaya usted derecho al calabozo subterráneo o a los pontones de Portsmouth.

—El militar resuelto se arriesga siempre; solamente el pusilánime piensa en lo peor.

Al oír esto se puso furioso. Por primera vez desde que le conocía le vi dar señales

de carácter y de ser hombre de genio. Alargó la mano para coger el jarro del agua, como si pensara arrojármelo a la cabeza, pero en seguida cambió de idea, y encogiéndose de hombros tornó a su silencio, volvió a morderse las uñas y a mirar al suelo con cara de muy mal humor. Al verle en esta actitud se me ocurrió que tal vez hacía mal en sacarle de allí.

Nunca como entonces me han parecido tan largas las horas. Al anochecer se levantó un fuerte viento que acabó por convertirse en vendaval furioso. Cuando miré por la ventana, grandes y negros nubarrones cubrían el cielo y no se veía ni una sola estrella. Llovía a cántaros, y entre el ruido del agua que caía y los silbidos del viento me era imposible oír los pasos del centinela.

—Si yo no le oigo a él —me dije— tampoco él me oirá a mí.

Y esperé, aunque con grande impaciencia, a que el carcelero viniera, según su costumbre, a inspeccionar por el ventanillo.

Después de asegurarme bien de que, por la obscuridad que reinaba, no se veía en ninguna parte al centinela, el cual sin duda estaba acurrucado en algún rincón para librarse del aguacero, comprendí que había llegado el momento crítico. Solté la verja, saqué la piedra e indiqué a mi compañero que pasara delante.

—Después de usted, coronel —dijo.

—¿No quiere usted ir delante?

—Prefiero que me enseñe usted el camino.

—Corriente, pues allá voy. Sígame usted; pero si en algo aprecia la vida, procure hacerlo con el mayor silencio.

La celda estaba muy oscura y no pude distinguir sus facciones, pero oí que le rechinaban los dientes de miedo y me eché a reír. ¡Vaya un tipo!

Subiéndome sobre el banco, metí la cabeza y los hombros por la ventana, y ya me había introducido hasta la cintura, cuando de repente Beaumont me agarró por las rodillas y comenzó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Socorro, auxilio! ¡Que se escapa un preso!

Podéis comprender, amigos míos, qué impresión recibiría yo al oír aquellos gritos. Por supuesto, inmediatamente comprendí cuál era mi situación y qué era lo que se proponía aquel malvado.

¿Por qué había de arriesgarse él escalando muros y sufriendo contrariedades cuando aseguraba su libertad impidiendo la huida de un preso mucho más distinguido que él? Yo había comprendido que era un cobarde, pero no pude figurarme que sería también un canalla. El que ha pasado la vida entre caballeros y hombres de honor, no piensa en estas cosas hasta el momento en que suceden. Aquel estúpido no parecía comprender que él perdía más que yo.

Volví atrás como mejor pude, y a pesar de la obscuridad le agarré por el cuello y le descargué dos golpes en la cabeza con una de las barras. Cuando recibió el primero aulló como un perro al que le pisan una pata; al segundo cayó al suelo lanzando un quejido.

En seguida me senté en la cama para esperar los acontecimientos; pero pasó un minuto, pasaron dos y nada se oía más que la respiración del insensato que estaba tendido en el suelo. ¿Sería posible que con el vendaval y la lluvia no se hubieran oído sus gritos? Al principio este pensamiento fue para mí una esperanza pequeñísima: un minuto más y me pareció probable; dos más y era seguro que así había sido. Ningún ruido, ningún movimiento se advertía en el pasillo ni en el patio. Me enjuagué el sudor frío que cubría mi frente y me pregunté qué debía hacer en aquella situación.

Una cosa creí inevitable: la muerte de aquel malvado Beaumont. Lo más probable sería que, en cuanto recobrase el conocimiento, avisaría inmediatamente y sin darme tiempo para huir. No me atreví a encender luz; alargué la mano hasta encontrar la

cabeza del traidor. Levanté la barra en el aire... pero algo había, amigos míos, que detenía mi brazo y que no me permitía dar el golpe fatal. En el ardor de la pelea, en los campos de batalla, he matado a muchos hombres que ningún daño me habían hecho a mí y que serían honrados. Pues bien; a aquel hombre despreciable, a aquel traidor que estaba tendido a mis pies, no me atreví a romperle el cráneo, porque el rompérselo me parecía indigno de caballeros y de militares.

Me puse a escuchar, y por su pesada respiración llegué a creer que tal vez tardaría un buen rato en volver en sí. Por lo tanto comencé por amordazarle y luego le até a la cama, sujetándole bien los pies y las manos con tiras que hice de la manta.

Con esto tenía la seguridad de que allí permanecería amarrado hasta la próxima visita del carcelero. Pero se me presentaban nuevas dificultades.

Recordaréis que había contado con la altura de Beaumont para poder escalar la muralla. ¿Qué hacer ahora? Por un momento me desalentó esta contrariedad, pero el recuerdo de mi querida madre y del emperador vino a mantener mis esperanzas.

—¡Ánimo! Dije para mí. Cualquiera que no fuese Gerard se amilanaría tal vez, pero Gerard no; Gerard va siempre adelante.

Me puse a hacer tiras de las cuatro sábanas de las dos camas, y después de trenzarlas me encontré con una excelente sogá, cuerda o como quiera llamársele. El caso es que la até fuertemente a la barra de hierro que tenía en la mano y que bajé por la ventana al patio, donde vi que había arreciado la lluvia.

Me arrimé a la pared, pero la noche era tan oscura que no veía ni mi mano al levantarla delante de mis ojos. Calculé que a no ser que tuviera la mala suerte de tropezar con el centinela, había poco que temer.

Cuando llegué a la muralla lancé la barra al aire y tuve la satisfacción de comprender que quedaba enganchada en los clavos. Subí poco a poco por la improvisada cuerda, la recogí luego y bajé por el otro lado.

En seguida escalé la segunda, y cuando estaba sentado a horcajadas en el borde veo, en medio de la oscuridad, relucir un objeto a mis pies. Era la bayoneta del centinela. Tan cerca de mí estaba (ya he dicho que la segunda muralla era bastante más baja que la primera), que fácilmente, inclinándome un poco, hubiera podido sacarla del cañón.

Allí estaba el pobre muchacho cantando en voz baja, arrimado a la pared para librarse un poco de la lluvia. ¡Cuán ajeno estaría de figurarse que tan cerca tenía un hombre desesperado y dispuesto a bajar y matarlo con su propia arma!

Ya estaba preparándome para el salto cuando se echó al hombro el fusil y marchó. Esperé hasta que cesó el ruido de sus pisadas y entonces bajé, dejé la cuerda colgando y apreté a correr.

¡Cielos, cómo corrí! El viento me zumbaba en los oídos, la lluvia me abofeteaba la cara. Caí, me levanté, tropecé con arbustos y zarzales... Tenía ensangrentadas las manos, la boca seca y los pies como el plomo... El corazón me latía con violencia. Y sin embargo corrí, corrí siempre adelante como un loco.

Pero no creáis que había perdido la cabeza, ¡quién!

Sabía muy bien que los fugitivos se dirigían siempre a la costa y yo resolví hacer lo contrario, internándome cada vez más en el país para dirigirme al Norte, puesto que me buscarían en el Sur.

¿Cómo conocí cuál era el Norte en una noche tan tempestuosa como aquélla? Lo conocí por el viento. Estando en la cárcel había observado que venía del Norte; así que, haciendo frente al aire, no podía equivocarme.

Continuaba corriendo como un desesperado, cuando de repente aparecieron delante de mí dos luces amarillas y me detuve no sabiendo por el momento qué debería hacer. Como sabéis, vestía aún el uniforme de húsar, y me pareció que lo más importante, lo más conveniente, era procurarme alguna ropa para ocultarlo. Se me ocurrió que, si las luces procedían de algún caserío, tal vez hallaría allí lo que necesitaba, y con esta idea me acerqué sintiendo en el alma no haber traído conmigo la barra de hierro, puesto que estaba resuelto a defenderme hasta morir, antes que dejarme apresar.

Pronto vi que no existía tal caserío. Las luces eran las de los faroles de una berlina, y a su resplandor pude enterarme de que delante de mí tenía una ancha carretera. Oculto en un zarzal observé que dos hermosos caballos tiraban del carruaje, que un postillón les sujetaba por las bridas y que unas de las ruedas se hallaba tendida en la carretera. Aún me parece estar viendo aquel cuadro, amigos míos. Los caballos

inquietos, el postillón sujetándolos y la berlina, pintada de negro, balanceándose sobre las tres ruedas restantes. Mientras así observaba sin ser visto, asomóse a la ventanilla un rostro muy bonito, al parecer muy joven, envuelto en un gran capuchón.

—¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? —exclamó la dama sin poder reprimir su disgusto—. Estoy segura de que *sir* Charles ha perdido el camino y tendré que estar aquí toda la noche. ¡Qué horror, Dios mío!

—Tal vez pueda yo tener el honor de servir a la señora —dije saliendo de las zarzas y presentándome de modo que la luz de los faroles me diera de lleno.

Para mí una mujer que se halla en cualquier apuro es cosa sagrada, sobre todo cuando es bonita, tan bonita como lo era aquélla. No olvidéis que por más que era ya coronel acababa de cumplir los veintiocho años.

¡Cáspita! ¡Cómo gritó la señora y cómo me miró el postillón! ¡Ya se ve! Después de una carrera tan larga en la obscuridad, cayendo y tropezando a cada momento, tenía sucia la cara, roto el morrión, el uniforme manchado y destrozado y el agua caía a chorros del pelo y de la ropa. ¡Bonita figura para inspirar confianza a nadie!

Sin embargo, pronto comprendió la dama que nada debía temer de mí, y hasta me pareció que mis ademanes y mi porte la habían impresionado favorablemente.

—Señora, siento en el alma haberla asustado —dije inclinándome con el mayor respeto—. Por casualidad llegaron a mis oídos sus primeras frases, y no pude menos de salir para ofrecerle mis servicios.

Ya sabéis cómo hablo yo en casos tales, y os podéis figurar el efecto que mis palabras producirían en el ánimo de la dama.

—Muchísimas gracias, caballero —respondió dando muestras de tranquilidad—. Hemos tenido un viaje horrible desde que salimos de Tavistock hasta que por último se ha roto una de las ruedas del carruaje, y aquí estamos sin poder movernos. Mi esposo, *sir* Charles, ha ido en busca de auxilio, pero mucho me temo que con la obscuridad de la noche haya perdido el camino.

En el momento en que buscaba palabras para animarla, vi a su lado un abrigo negro de viaje, con solapas de astrakán, que sin duda había dejado allí su esposo. Era precisamente lo que me hacía falta para cubrir mi uniforme. Cierto que al tomarlo comprendí que me portaba como el más vulgar de los bandidos, pero ¿qué queréis? La necesidad carece de ley, y ya me hallaba en un país enemigo.

—Supongo, señora —dije—, que ese abrigo es de su esposo. Me dispensará usted, sin duda, que me vea obligado a...

Sin terminar la frase, metí la mano en el carruaje y saqué el abrigo por la ventanilla.

La mirada de sorpresa, de temor y de desprecio que me dirigió la dama, llegó hasta lo más profundo de mi corazón.

—¡Ay de mí! —exclamó aterrada—. ¡Qué equivocación más lamentable! Creí que venía usted en mi ayuda, y ha venido sólo para robar el abrigo de mi esposo. ¡Y a mí que se me había figurado que era usted todo un caballero!

—Señora —añadí con voz compungida—, la ruego que no me juzgue hasta que se entere usted de la verdad, de toda la verdad. Es necesario que me lleve yo este abrigo; pero si se digna decirme el nombre del caballero que tiene la dicha de ser su esposo, me honraré en devolvérselo lo antes posible.

—Mi esposo —dijo ablandándose un poco, aunque sin abandonar el tono de severidad—, es *sir* Charles Meredith, y se dirigía a la cárcel de Dartmoor para despachar un asunto muy importante de gobierno. Sólo le pido a usted que se vaya sin llevarse nada de lo que a él pertenece.

—Sólo una cosa de su pertenencia es la que envidio.

—Y por eso se la ha llevado usted.

—No, queda todavía en el carruaje.

Se echó a reír franca y sencillamente, y añadió:

—Más que las galanterías, me agradecería que me devolviese usted el abrigo.

—Señora, lo siento mucho, pero me es imposible. Si me permitiera usted entrar en el carruaje, le contaría cuán necesario es para mí el abrigo de su esposo.

En aquel momento llegó a mis oídos el silbido penetrante lanzado a lo lejos, que fue contestado por un grito del postillón.

A pesar de la obscuridad y de la lluvia, pude distinguir una luz tenue que iba acercándose cada vez más al sitio donde nos hallábamos.

—Siento en el alma, señora, verme obligado a dejar a usted —dije como queriendo despedirme—. Puede asegurar a su esposo que cuidaré bien el abrigo.

Y por más que tenía mucha prisa, pues la luz estaba ya muy cerca, me atreví a

detenerme un momento para estrechar la mano de la dama y llevarla a mis labios. Ella, fingiendo haberse ofendido de mi atrevimiento, la retiró apresuradamente. En seguida, y como el postillón mostrara deseos de no dejarme marchar, metí el abrigo bajo el brazo y apreté a correr, decidido a poner entre mi persona y la cárcel de Dartmoor toda la distancia que me fuera posible en las horas que aún quedaban hasta el amanecer.

Y dando frente al viento como antes, corrí mucho hasta caer rendido de fatiga. Me detuve unos cinco minutos para recobrar fuerzas y seguir corriendo con mis piernas de acero y con el cuerpo endurecido por mis doce años de campaña.

Tres horas duró mi correría desenfundada, en las cuales calculo que anduve unas veinte millas^[21].

Iba a amanecer y me oculté en un bosquecillo para descansar hasta que nuevamente se hiciese de noche.

Para mí no era ninguna novedad el dormir entre la lluvia y el viento; así que, abrigándome lo mejor que pude, pronto cogí el sueño.

No fue tranquilo, como es de suponer, pues no hice más que dar vueltas y más vueltas, molesto por una serie de pesadillas horribles.

Soñé que con un solo escuadrón bastante rendido cargaba sobre un cuadro cerrado de granaderos húngaros, como años atrás había hecho en Elchingen. Me puse de pie en el estribo para gritar: «¡Vive l'Empereur!», y... desperté.

De un brinco me levanté de aquella dura cama, y mientras me frotaba los ojos preguntándome si me había vuelto loco, llegó a mis oídos el mismísimo grito; cinco mil voces en un prolongado alarido.

Miré por entre las zarzas, y con asombro y horror indescriptibles vi lo que menos podía pensar, lo que menos hubiera querido ver: ¡la cárcel de Dartmoor!

Allí, a un metro de distancia, destacábase el feo y destartado edificio. De haber corrido un poco más, hubiera tropezado con él. Tan honda impresión me causó esto, que al principio no podía calcular lo que había ocurrido. Luego lo comprendí todo, y me tiré de los pelos por necio y por torpe.

Durante la noche el viento había cambiado del Norte al Sur, y yo, marchando siempre de frente, había corrido diez millas hacia el Norte y otras diez hacia el Sur. De modo que, después de estar corriendo toda la noche, había ido a parar al punto de partida. Cuando recordé la prisa que había tenido, las caídas, los tropezones y el ímpetu loco que me llevaba siempre hacia adelante, me pareció tan ridículo lo que había hecho, qué solté el trapo y me dejé caer sobre los arbustos del bosquecillo, riendo estrepitosamente. Después me envolví en el abrigo, que venía a ser como una manta, y me puse a pensar qué era lo que debía hacer.

Una cosa he aprendido, amigos míos, en mis aventuras y percances, y es que no se debe llamar desgracia a ningún suceso hasta ver cómo termina. ¿No ocurre que a cada paso suelen mirarse las cosas desde distinto punto de vista? Así me sucedió a mí entonces. Pronto me convencí de que aquella equivocación tendría para mí el mismo

resultado que la más refinada astucia. Mis perseguidores, como era natural, comenzarían a buscarme desde el sitio en que me encontré con el carruaje de *sir* Charles, y así fue efectivamente. Después de un rato de observación los vi marchar precipitadamente hacia aquel punto. A buen seguro que nadie se figuraría que desde allí me había vuelto atrás; así que comprendí que podía permanecer donde me hallaba sin temor de ser inquietado, y no intenté moverme.

Los prisioneros, por supuesto, se habían enterado de mi fuga, y durante todo el día no cesaron de oírse gritos parecidos al que me había despertado por la mañana, llevando a mi alma una especie de saludo de mis camaradas tan simpático como afectuoso. ¡Qué poco se figuraban que en la colina que ellos veían desde sus ventanas se hallaba el compañero cuya huida celebraban tan ruidosamente! Yo, por mi parte, veía desde mi escondite a buen número de prisioneros, unos paseando en el patio y otros reunidos en grupos, charlando por los codos.

Cuando vi a Beaumont, que con la cabeza vendaba atravesaba el patio entre dos guardias, hice un ademán como para lanzarme sobre aquel miserable. No puedo explicaros, amigos míos, cuánto me alegré de verle, pues por una parte me demostraba que no le había hecho mucho daño y por otra que mis compañeros, los demás presos, podían muy bien comprender lo que había sucedido. Harto me conocían para suponer ni por un instante que hubiera abandonado al artillero.

Todo el día permanecí en mi escondite escuchando las campanadas del gran reloj cuando daba las horas.

Tenía los bolsillos llenos de pan, que con toda idea había ido separando de la ración diaria, y al registrar el abrigo, ¡oh felicidad! Encontré un frasco lleno de muy buen coñac mezclado con un poco de agua. Esto fue suficiente para sacarme de apuros. Además del frasco encontré un pañuelo grande de seda encarnada, una cajita de concha con rapé y una carta dentro de un sobre azul, con sello rojo, dirigida al gobernador de la cárcel.

Los tres primeros objetos resolví devolverlos juntamente con el abrigo, pero la carta me daba qué pensar, porque el gobernador me había tratado siempre con cortesía y me parecía indigno y poco noble el interceptar su correspondencia. Se me ocurrió primeramente dejarla debajo de una piedra, a poca distancia de la puerta de la cárcel; pero comprendiendo que esto podría comprometerme y ofrecer además a mis perseguidores una idea del camino que había seguido, la guardé en el bolsillo interior, con la esperanza de encontrar pronto algún medio de hacerla llegar a su destino.

Alumbró el sol todo el día, y gracias a esto se me secó la ropa; así que cuando cerró la noche, estaba dispuesto a emprender otra caminata. Buen cuidado tuve de no equivocarme por segunda vez. Las estrellas me sirvieron de guía, y andando a buen paso durante toda la noche recorrí unas ocho millas.

Me proponía obtener como mejor pudiese un traje completo para sustituir el que vestía y dirigirme después a la costa Norte, donde indudablemente encontraría algunos contrabandistas o pescadores dispuestos a ganarse la cantidad que pagaba el

emperador a quienes conducían hasta el otro lado del canal a los prisioneros fugitivos.

Me quité el plumero del morrión a fin de no llamar la atención de nadie, aunque temía que, a pesar de esta precaución y del hermoso abrigo que me cubría el uniforme, sería descubierto más o menos pronto.

Cuando amaneció vi a mi derecha un río muy grande y a mi izquierda una ciudad. Mucho me hubiera complacido entrar en ella, pues me interesaba observar las costumbres de los ingleses, tan distintas de las de otros países, pero comprendí que era peligroso, porque el morrión, el bigote y el habla bastarían para descubrir mi nacionalidad. Continué, pues, marchando hacia el Norte, pero deteniéndome con frecuencia para ver si era perseguido.

Hacia el medio día llegué a un valle situado donde todo era campo abierto, y allí vi una casa aislada de todo otro edificio. Era una casa de campo muy bonita, con su jardín lleno de flores y muchísimas aves. Tendíme sobre la hierba entre unas zarzas, y me puse a observar, pues me pareció muy probable que allí encontraría lo que necesitaba. Se me había acabado el pan, y la larga caminata de la noche me había despertado el apetito; así que decidí practicar un pequeño reconocimiento, dirigirme luego a la casa, mandar a sus habitantes que se entregaran con armas y todo y apoderarme de lo que tanta falta me hacía. Por lo menos, obtendría allí una tortilla y un pollito. ¡Ay! Sólo al pensarlo se me hacía agua la boca. ¡Cáspita, qué hambre tenía!

Mientras así meditaba, pensando quién viviría en una casa tan solitaria, salió un hombrecillo joven, vigoroso y fuerte, acompañado de otro de más edad que llevaba algunos objetos de gimnasia en las manos. Se detuvieron a poca distancia de la casa, y el más viejo entregó unos palos al joven, el cual comenzó a lanzarlos al aire, a cogerlos y a ir colocándolos alternativamente en diversos sentidos. El otro le contemplaba con marcada satisfacción y de cuando en cuando le daba algún consejo. Por último, tomó el joven una cuerda y se puso a saltar como una chiquilla.

Aquellas cosas me llenaban de asombro, y la única explicación que les encontraba era que el uno era médico y el otro el paciente, que pensaba curarse de alguna dolencia con aquel tratamiento tan especial.

Al poco rato el viejo entró en la casa, y sacando un abrigo largo y pesado se lo puso al otro y se lo abotonó hasta el cuello. Como el día era muy caluroso, aquello me dejó más asombrado. Por lo menos, pensé, habrán terminado los ejercicios; pero lejos de ser así, el joven apretó a correr en dirección al sitio donde yo estaba escondido entre las zarzas. Su compañero volvió a entrar en la casa, de lo que me alegré, pues estaba resuelto a apoderarme de la ropa del joven y marchar escapado a la ciudad, donde me procuraría algo que comer. Cierto que me tentaba la idea del pollito; pero como sabía que por lo menos había dos hombres en la casa, probablemente armados, y yo no tenía arma ninguna, creí lo más prudente apartarme de allí.

Después de unos momentos sentí los pasos del hombrecillo y le vi cerca de mí bien tapado con su gran abrigo y sudando copiosamente. Parecía un hombre muy fuerte, aunque pequeño; tan pequeño, que llegué a temer que no me serviría su ropa. De un brinco salí de mi escondite, y al verme se detuvo mirándome con asombro.

—¡Caramba! —exclamó—, ¿qué es esto? ¿De dónde demontres ha brincado usted? ¿Estamos acaso jugando al escondite?

Añadió algo más, pero ni pude comprenderlo entonces ni ahora puedo explicarlo.

—Con harto sentimiento, caballero —dije— me veo en la necesidad de suplicarle que inmediatamente me entregue la ropa.

—¿Que le entregue qué? —preguntó con sorpresa.

—La ropa que tiene usted puesta, el traje completo.

—¿Y para qué y por qué he de entregársela?

—Porque me hace falta, porque la necesito.

—¿Y suponiendo que no me diera la gana de entregársela...?

—¡Rayos y truenos! —exclamé—. Me vería obligado a tomarla.

Con las manos metidas en los bolsillos de su enorme gabán me contemplaba fijamente, y poco a poco fue apareciendo en su cara de perro de presa una sonrisa burlona y despreciativa.

—De modo que la tomará usted, ¿no es así? Lo que me parece que va a tomar es algo que no le agrada. ¡Vaya un tipo extravagante! No hacen falta ojos de lince para comprender que es usted un *franchute* escapado de allá abajo. ¡Pero no sabe con quién habla! Sepa usted que soy nada menos que el luchador campeón de Brístol y que estoy ensayando para la próxima lucha.

Todo esto lo dijo como creyendo que, al oírle, me iba a quedar pasmado; pero mirándole con la sonrisa en los labios y retorciéndome el bigote, contesté:

—No dudo, caballero, que será usted un valiente; pero cuando le diga que se halla en presencia de Esteban Gerard, de los húsares de Conflans, comprenderá sin duda ninguna que no tiene más remedio que entregarme la ropa.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—, prosiga usted su camino, pues de lo contrario va a pasar aquí algo gordo.

—¡La ropa inmediatamente! —grité avanzando hacia él.

Por toda respuesta se quitó el gabán y se colocó en una postura muy rara: con un brazo extendido y el otro cruzado sobre el pecho. Mientras tanto continuaba mirándome con una sonrisa provocativa.

Aunque nada sabía respecto de la manera de batirse que tiene la gente de la catadura de aquel individuo, siempre estuve dispuesto a defenderme, sea a pie o a caballo y con armas o sin ellas.

Comprenderéis que un militar no puede en todas ocasiones elegir el modo de pelear y que no debe chillarse hasta que le toquen a uno. Así, pues, avancé furioso, y a falta de otra cosa mejor comencé a patalear con los dos pies, cuando fue y me descargó tan tremendo golpe en el ojo izquierdo que me hizo ver todas las estrellas del firmamento, y caí de espaldas, pegando con la nuca en una enorme piedra.

Cuando recobré el sentido me encontré en una especie de camastro, en una habitación mezquina y pobremente amueblada. Un ruido semejante al zumbido de una campana grande en el momento de dejar de tocar resonaba en mis oídos, y palpándome la frente con la mano me enteré de que tenía sobre el ojo un bulto del tamaño de una nuez. Notaba además un olor poco agradable, hasta que comprendí que la frente la tenía vendada con un trapo mojado en vinagre.

En el otro extremo de la habitación vi al terrible hombrecillo con la rodilla descubierta, y a sus pies el compañero dándole fricciones con una pomada. Este último parecía tener un humor del diablo, pues no hacía más que regañar al joven, quien le escuchaba con cara tristonía.

—¡Qué barbaridad! —exclamó—. Hace un mes que te estoy preparando, y cuando ya estabas más listo que un pájaro te peleas sin más ni más con un extranjero.

—¡Vaya, vaya, Jim! No hables tanto —repuso el otro—. No puede negarse que preparas bien, admirablemente, pero ¡qué diantre! Eres demasiado parlanchín.

¡Menuda lata me estás dando!

—Me parece que ya es hora de que charle —prosiguió el más viejo—. Si no se te cura la rodilla para el miércoles, dirán que a última hora te has acobardado y que no te has atrevido a presentarte.

—Quisiera yo que quien se atreva a decir eso estuviera aquí ahora. He triunfado en veinte luchas y triunfaré en otras tantas; ¿pero qué querías que hiciera cuando el hombre se empeñaba en que le entregase la ropa que llevaba puesta?

—¡Y qué vale la ropa! Bien sabes que lord Fulton tiene apostadas a tu favor cinco mil libras. Lo mismo podías haber avisado a la policía entonces que ahora, y bien pronto le hubiesen obligado a que te devolviera la ropa.

—Digo y repito que, ni por triunfar en la lucha ni por lord Fulton, tengo yo calma para despojarme de la ropa y entregársela al primero que me la pida. ¿Quién hubiera creído que iba a patalear?

—Creerías que iba a luchar con todas las reglas del arte, ¿verdad? ¡Pero hombre, si los franceses no saben lo que es pelearse!

No pude aguantar más.

—Amigos míos —dije incorporándome en el catre—, no son más que tonterías lo que están ustedes hablando. Tan bien conocemos los franceses el arte de pelear, que hemos visitado casi todas las capitales de Europa y pronto vendremos también a Londres. Pero es de advertir que nosotros peleamos como soldados y no como chiquillos. Usted me da un golpe en la cara y yo le doy un puntapié en la rodilla. ¡Bah, eso es juego de niños! Pero tome usted un sable, deme usted otro a mí y verá qué pronto le enseño cómo nos batimos al otro lado del canal.

Los dos me miraban con esa mirada fija y firme con que suelen mirar los ingleses.

—Celebro que no se haya usted muerto, *monsieur* —dijo el más viejo—. Daba bien pocas señales de vida cuando le entramos aquí.

—Es valiente a pesar de ser *franchute* —observó el otro—. Vino a atacarme como un galguito furioso, pero le metí uno en un ojo que le hizo caer redondo antes que se diera cuenta de lo que había ocurrido.

—Por lo menos —continuó el más viejo—, tendrá usted la satisfacción de decir que se las ha visto con el famoso campeón de Bristol, el mejor boxeador de toda Inglaterra.

Por lo visto, creían los dos que para mí constituía un gran favor el haber recibido un golpe del hombrecillo.

—Esto no es nada para mí —dije—. Estoy acostumbrado a recibir golpes mucho más graves.

Y me desabroché el dolmán para enseñarles las heridas de mosquete; luego descubrí el tobillo, en el que aún tenía sin cicatrizar la herida, y seguidamente el ojo derecho, donde el bandolero me dio con el punzón.

—¡Vaya si ha visto algo! —exclamó el campeón.

—¡Qué buena figura para el boxeo! —añadió su compañero—. Con seis meses de aprendizaje dejaría atolondrados a los de medio peso. ¡Lástima grande que tenga que volver a la cárcel!

Esta última observación no me hizo ninguna gracia.

Me levanté, me abotoné el dolmán y les dije:

—Con su permiso voy a continuar el viaje.

—Lo siento, *Monsieur* —replicóme el más viejo—, pero no puede ser. El negocio es negocio. Ofrecen 20 libras al que le entregue a usted en manos del gobernador, Esta mañana estuvieron aquí a buscarle; creo no tardarán en volver.

Estas palabras me estremecieron.

—¿Pero han sido ustedes capaces de venderme por 20 libras? —exclamé furioso—. Pues bien, prometo enviarles el doble en cuanto llegue a Francia. ¡Lo juro por mi honor de militar y de caballero!

Por toda respuesta hicieron con la cabeza una señal negativa.

Rogué, discutí, hablé del compañerismo que debe existir entre los hombres valientes... todo en vano. El mismo resultado hubiera obtenido dirigiéndome a dos trancas que había en el suelo.

—El negocio es negocio —repitió el más viejo—. Además, ¿cómo he de presentar a mi discípulo el miércoles si le apresan antes por haber auxiliado a un prisionero de guerra? Yo tengo que mirar por él y no quiero arriesgar nada.

¿Había de ser aquél el final de todos mis esfuerzos, de todos mis apuros, de todas mis molestias? ¿Sería devuelto a la cárcel como un cordero escapado del rebaño?

Poco me conocían los que pensaban que había de someterme a semejante suerte. Había oído lo suficiente para comprender cuál era el flaco de aquellos hombres, y entonces quedó demostrado una vez más que Esteban Gerard nunca es tan terrible como cuando ha perdido toda esperanza.

En menos tiempo del que se necesita para contarlo cogí una de las trancas y la levanté en el aire sobre la cabeza del campeón de Bristol.

—Venga lo que venga —dije—, suceda lo que suceda, usted no ha de presentarse el miércoles.

El hombre quiso levantarse, pero su compañero le sujetó con los brazos y no le dejó moverse.

—¡No, no, nada de eso! Márchese, *franchute*, que no nos hace falta aquí para nada. Pero váyase pronto, corriendo, que no voy a poder sujetarle.

No me pareció mal el consejo. Corrí a la puerta, pero la cabeza comenzó a darme vueltas en cuanto salí al aire libre y tuve que apoyarme en la pared para no caer.

Acordaos de todo cuanto había sufrido: la ansiedad de la huida, la carrera tan larga como inútil durante una noche entera y en medio de una horrorosa tempestad, un día entero echado entre hierbas y zarzas sin más alimento que pan seco... y para colmo de desdichas el golpe que recibí al querer quitar la ropa al hombrecillo. Hice todo lo posible, pero no podía más.

Un momento después oí un ruido estrepitoso. Levanté la cabeza y vi al gobernador de la cárcel seguido de seis carceleros, jinetes todos en buenos caballos.

—¡Hola, señor coronel! —exclamó con voz de trueno—. Por fin hemos dado con usted.

Cuando un hombre valiente ha hecho todo lo posible por lograr su objeto y no lo ha conseguido, demuestra su valor conduciéndose con nobleza con su adversario. Saqué, pues, la carta, y adelantándome se la entregué diciendo:

—He tenido la desgracia, señor gobernador, de retener involuntariamente una carta suya.

Me miró sorprendido, tomó la carta e hizo una indicación a sus hombres para que me prendieran.

Al enterarse del contenido de la carta, una sonrisa apareció en sus labios mientras decía:

—Ésta debe ser la que perdió *sir* Charles Meredith.

—La encontré en el bolsillo de su abrigo.

—¿Y la ha llevado usted consigo estos dos días?

—Desde anteanoche.

—¿Y no la ha leído usted, señor Gerard?

Con un gesto le hice comprender que aquella pregunta me ofendía.

Él, por su parte, soltó el trapo a carcajada tendida y añadió:

—Verdaderamente, coronel, nos ha causado usted no pocos trastornos y molestias. ¡Y todo para nada! Permítame le lea la carta que durante dos días ha llevado usted en el bolsillo.

Y leyó lo siguiente:

«En cuanto reciba usted esta orden se servirá poner en libertad a Esteban Gerard, de los húsares franceses, que ha sido canjeado por el coronel Mason, de artillería».

Al terminar la lectura el gobernador se reía más que antes, los carceleros también se reían y los hombres del caserío los imitaban de buena gana. ¿Y qué había de hacer yo, a fuer de galante, sino reírme como todos?

Y creo que ninguno podía reír más a gusto que yo, puesto que tenía delante a mi querida Francia, a mi madre, al emperador y a mis húsares, mientras que a la espalda dejaba la negra cárcel y la pesada mano del rey de Inglaterra.

De cómo se enfrentó el brigadier con el mariscal Milflores

Massena era un hombrecillo flacucho y de muy mal carácter. Había perdido un ojo en la guerra; pero cuando lanzaba sus miradas penetrantes con el que le quedaba, poco había en el campo de batalla que pasara inadvertido para él. Colocado delante de un batallón, con una sola ojeada podía decir si faltaba una hebilla de la casaca de un soldado o un botón de los borceguíes.

Ni la oficialidad ni la tropa le querían mucho porque era muy miserable, y a los soldados les gusta que sus jefes sean generosos y liberales; pero en cambio, cuando se trataba de pelear, todos le respetaban y preferían estar a sus órdenes más que a las del mismo emperador. Después de todo, si bien es verdad que agarraba con tenacidad la bolsa y no la soltaba fácilmente, también lo es que hubo un día en que con igual tenacidad agarró a Zurich y a Génova.

Cuando recibí el aviso de que me llamaba acudí muy contento a su cuartel, pues siempre fui favorito suyo; en todo el ejército no había otro hombre a quien apreciara tanto como a mí. Era una ventaja grande la de pelear a las órdenes de aquellos generales veteranos, porque sabían elegir un buen soldado de entre muchos que no lo eran.

Le encontré solo en la tienda, sentado, con la cara entre las manos y el ceño tan arrugado como lo ponía cuando alguien acudía a pedirle algo para una suscripción; pero cuando me vio entrar sonrió afablemente.

—Buenos días, coronel Gerard —dijo.

—Muy buenos los tenga usted, señor mariscal.

—¿Qué tal están los húsares del 3.º?

—Setecientos hombres incomparables, jinetes sobre setecientos caballos excelentes.

—¿Y sus heridas, se han curado?

—Mis heridas no se curan jamás, señor mariscal.

—¿Pues y eso?

—Porque cuando unas van ya curándose, vienen otras nuevas a reemplazarlas.

—Veo que el general Rapp tendrá que cuidar de sus laureles —dijo sonriendo hasta que la cara parecía toda una arruga—. Ha recibido veintiuna heridas de bala y otras tantas de navajas y punzones. Pues bien; sabiendo que estaba usted herido, señor coronel, me he abstenido de llamarle.

—Lo cual me ha dolido más que todas heridas juntas.

—¡Quiá!, ¡quiá! Desde que los ingleses se retiraron a retaguardia de las líneas de Torres Vedras hemos tenido muy poco que hacer. Bien poco perdió usted durante el tiempo que estuvo prisionero en Dartmoor, pero ahora estamos en vísperas de una acción.

—¿Avanzamos?

—No; retrocedemos, nos retiramos.

Sin duda, en la expresión de mis ojos vio la sorpresa y el disgusto que me causaba aquella noticia. ¡Retroceder ante aquel perro llamado Wellington, ante aquel que había escuchado mis ruegos sin conmoverse y me mandó al país de las nieblas...! ¡Cómo escuchar aquello con calma!

—¡Qué quiere usted! —prosiguió Massena con impaciencia—; cuando uno se entra con tantos obstáculos, es necesario mover el rey.

—Hacia delante —observé.

Movió la cabeza.

—Es imposible forzar las líneas —dijo—. He perdido al general Sainte Croix y más hombres que los que puedo reemplazar. Por otra parte, hace más de seis meses que estamos aquí, en Santarem, y ya no queda ni un kilo de harina ni un jarro de vino en toda esta parte del país. No hay más remedio que retroceder.

—En Lisboa hay vino y harina —contesté.

—¡Bah! Habla usted como si un ejército pudiera salir y entrar en cualquier parte lo mismo que un regimiento de húsares. Si Soult estuviera aquí con treinta mil hombres... pero no quiere venir. En fin, vamos al grano. Le he llamado a usted, coronel, para encargarle de una expedición tan singular como importante.

Ya podéis calcular la atención que yo pondría al oír esto.

El mariscal desarrolló un mapa grande, y con sus velludas manos lo extendió sobre la mesa. En seguida empezó diciendo así:

—Esto es Santarem.

Incliné la cabeza.

—Y aquí, a 25 millas hacia el Este, se encuentra Almeixal, notable por sus viñedos y su inmenso monasterio.

Volví a inclinarme, aunque sin poder siquiera imaginar la significación de aquel preámbulo.

—¿Ha oído usted hablar, coronel, del mariscal Milflores?

—He servido a las órdenes de todos los mariscales, pero no tenía noticia que existiera uno de ese nombre.

—Es el mote que le pusieron los soldados —continuó diciendo—. Si no hubiera usted estado ausente de nosotros durante algunos meses no sería necesario que yo se lo explicase. Es inglés y hombre de gran educación. Le pusieron este mote por sus modales excesivamente finos. Quiero que haga usted una visita a ese aristocrático inglés en Almeixal.

—Está muy bien.

—Y que le ahorque usted en el árbol más próximo.

—Con mucho gusto.

Me volví a escape, pero antes de que llegara a la puerta de la tienda me detuvo el general.

—Un momento, coronel —dijo—. Antes de ponerse en camino debe usted saber cómo están las cosas. He de advertirle que el mariscal Milflores es muy valiente y hombre de mucho talento. Fue anteriormente oficial de la Guardia real inglesa, pero le castigaron por hacer fullerías en el juego y se retiró del ejército. Consiguió reunir una partida de desertores ingleses y marchó con ellos al monte, donde no tardaron en unírsele unos cuantos vagabundos franceses y algunos bandidos portugueses; en resumen, que hoy se encuentra al frente de quinientos hombres, con los cuales se ha apoderado del monasterio de Almeixal, ha despachado a los frailes, ha fortificado el edificio y ha recogido el botín de todos los pueblos del contorno.

—Por todo lo cual es ya tiempo de que se le ahorque —dije dirigiéndome otra vez

hacia la puerta.

—Un instante más —gritó el mariscal sonriendo al ver mi impaciencia—. Queda por saber lo más grave. La semana última, la condesa de Ronda, una de las mujeres más ricas de España, al regresar de la corte del rey José^[22], adonde había ido a visitar a un nieto suyo, fue sorprendida y hecha prisionera por los bandidos. La tienen encerrada en el monasterio, y lo único que le salvará la vida será...

—Su condición de abuela —interrumpí.

—La facilidad con que podrá pagar un rescate elevado. De modo que tiene usted tres misiones que cumplir: primera, salvar a esa desgraciada señora; segunda, castigar a ese malvado inglés; tercera, deshacer, si es posible, ese nido de bandidos. Para esas tres cosas no puedo darle a usted más que medio escuadrón, pero creo que le bastará.

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. Como que había contado, por lo menos, con mi regimiento de húsares.

—No puedo cederle más fuerzas —prosiguió Massena—, porque la retirada comenzará hoy mismo, y Wellington está tan bien provisto de caballería, que todos cuantos caballos podamos nosotros reunir serán pocos. Así que no puedo darle ni uno más. Usted verá lo que puede hacer. Y ha de presentarse en Abrantes, donde le esperaré, mañana a las ocho de la noche, lo más tarde.

Indudablemente me honraba mucho al poner mi habilidad en tan alta estimación; pero aquello, al mismo tiempo, era un poco embarazoso para mí.

Yo debía salvar a una señora anciana, ahorcar a un inglés y deshacer un nido de quinientos bandidos... todo con cincuenta hombres; pero ¡qué diantre! Después de todo, aquellos cincuenta hombres eran húsares de Conflans y había de dirigirlos nada menos que Esteban Gerard.

Pero cuando salí de la tienda de Massena y sentí el calor del hermoso sol de Portugal había recobrado toda la confianza en mí mismo, y no tenía duda de que cumpliría mi misión mejor aún de lo que se esperaba.

Elegí cuidadosamente mis cincuenta hombres, todos ellos soldados veteranos que habían servido desde la guerra de Alemania. Algunos tenían tres estrellas y otros dos. A la cabeza de mis hombres puse a Oudet y Papillette, dos de los más hábiles tenientes de mi regimiento. Cuando los hube formado en líneas de a cuatro, todos con el uniforme gris plateado, jinetes en hermosos castaños, con sus mantas de piel de leopardo y sus penachitos rojos, mi corazón latió de orgullo al contemplar el magnífico cuadro que ofrecían. Sentí una gran satisfacción al fijarme en sus rostros curtidos por la intemperie, con los largos bigotes que se destacaban por encima de los barboquejos de los chascás^[23], y creo firmemente que la satisfacción de ellos no sería menor cuando vieron a su coronel tan gallardo y tan joven, jinete sobre su magnífico caballo negro, rompiendo la marcha.

A poco de salir del campamento cruzamos el Tajo. Entonces despaché mis avanzadas y mis flanqueadores, guardando yo mi posición al frente del cuerpo principal.

Mirando hacia atrás desde los montes de Santarem veíamos las líneas negras del ejército de Massena, con el brillo de sables y bayonetas que se movían de un lado a otro hasta quedar en posición para la retirada. Hacia el Sur destacábanse las manchas rojizas de las avanzadas inglesas, y más atrás la nube de humo que se elevaba del campamento de Wellington; humo grasiento y espeso, que a nuestros pobres hombres, medio muertos de hambre, les parecía llevar el rico olor de calderas hirvientes de buen rancho. Hacia el Oeste distinguíase el mar con sus aguas azules, formando una bonita curva guarnecida con las velas blancas de los buques ingleses.

Comprenderéis que, como íbamos al Este, nos apartábamos cada vez más de los dos ejércitos. Sin embargo, yo sabía que el país que atravesábamos estaba lleno de avanzadas inglesas, y dado el escaso número de mi tropa, era necesario tomar toda clase de precauciones.

Durante todo el día caminamos por los desolados flancos de los montes, cuya parte interior estaba cubierta de nacientes viñas. La parte superior, cuándo gris, cuándo verde, ofrecía aspecto caprichoso.

Frecuentemente hallábamos riachuelos que, cruzando nuestro camino, corrían en dirección al Tajo, y una vez tropezamos con un río profundo, de fuerte corriente, que parecía cerrarnos el paso; pero observando sitios donde antes hubo casas en cada orilla, pronto di con el vado. Nadie había que pudiera informarnos de nada, pues en

toda la expedición no vimos más seres vivientes que un buen número de cuervos.

El sol empezaba ya a ocultarse cuando llegamos a un vallecito en cuyo centro había un claro grande, cuyos lados se hallaban sombreados de corpulentos robles. Juzgué que ya no podíamos estar lejos de Almeixal y, por lo tanto, convenía caminar por entre las arboledas, pues el follaje era bastante espeso para ocultarnos. Íbamos, pues, en orden abierto por entre los árboles, cuando de pronto vi que se acercaba a galope tendido uno de los flanqueadores.

—Mi coronel —dijo saludando—, en el lado del valle hay ingleses.

—¿Caballería o infantería?

—Dragones, mi coronel. Vi el brillo de cascos y sentí el relincho de un caballo.

Di la voz de alto a mis hombres y marché apresuradamente a la orilla del bosque. Efectivamente, una partida de caballería inglesa caminaba en línea con nosotros y en la misma dirección.

Distinguí el color rojo de las chaquetas y el brillo y el movimiento de las relucientes armas por entre los árboles, y cuando pasaron por un pequeño claro vi el desfile de la fuerza entera, que juzgué debía ser, poco más o menos, la misma en número que la que mandaba yo: medio escuadrón a lo sumo.

Vosotros, que habéis oído referir tantas de mis aventuras, sabéis que fui siempre rápido en concebir y no menos rápido en ejecutar; pues bien, he de confesar que en aquella ocasión me hallaba en un conflicto. Por una parte veía llegado el momento de lucirme en una bonita escaramuza con los ingleses, y por otra no podía olvidar la misión que me esperaba en Almeixal, misión que, a mi juicio, era superior a mis fuerzas. Si llegaba a perder uno solo de mis hombres, me imposibilitaba completamente para cumplir las órdenes que había recibido. Sentado en la silla del caballo, indeciso y pensativo, meditaba qué sería mejor hacer, cuando de pronto uno de aquellos ingleses de chaqueta roja salió de entre los árboles señalándome y gritándome, como si yo hubiera sido la zorra que venían persiguiendo para darle caza. Inmediatamente se juntaron a él otros tres; y uno tocó con la trompeta la llamada que les hizo salir en seguida al claro. Como yo había presumido, eran medio escuadrón, y formaron dos líneas de a 25, con el oficial (el que primero me vio) a la cabeza.

Por mi parte hice otro tanto con mis nombres; de modo que dragones y húsares quedamos formados del mismo modo, a unos doscientos metros unos de otros. Los ingleses eran tipos muy distinguidos y ofrecían un cuadro pintoresco con las chaquetas rojas, los plumajes blancos, los cascos plateados y relucientes y sus largos sables, y estoy seguro de que ellos, por su parte, no podían menos de reconocer que nunca vieron mejores jinetes que aquellos 50 húsares de Conflans. Los dragones eran más pesados que nosotros, pero tal vez presentaban un aspecto algo más elegante, ya que Wellington les obligaba a sacar el brillo al metal que llevaban encima, lo que no era costumbre entre nosotros. Por otro lado, bien sabido es que las túnicas o chaquetas inglesas eran demasiado justas en las mangas para permitir el libre manejo del sable, y en esto teníamos una gran ventaja. En cuanto a valor, el pueblo ignorante

y necio cree siempre que los soldados de su nación son más valientes que todos los demás. No hay en el mundo pueblo que no tenga esta idea; pero cuando uno ha visto tanto como he visto yo, se convence de que no es grande la diferencia que existe, y aunque los ejércitos varían mucho en cuanto a la disciplina, todos son casi iguales en valor, con la única excepción de que los soldados franceses son los más valientes del mundo.

Pues bien; en cuanto nos colocamos en la forma que ya he dicho, el oficial inglés avanzó por el césped a galope tendido, blandiendo el sable como si viniera a desafiarme. ¡Cáspita, y qué cosa tan bonita es un hombre esbelto, jinete sobre un hermoso caballo! Estoy seguro de que nada hay que le iguale.

Hubiera querido quedarme allí parado observándole mientras avanzaba con aquella soltura, aquella gracia y aquella agilidad; pero no me tocaba a mí el estar quieto.

Esteban Gerard podrá tener sus faltas, pero ¡rayos y truenos! Aún no ha podido nadie acusarme de ser perezoso para defenderme. Mi viejo *Rataplán* me conocía tan bien, que echó a correr antes de que tuviera tiempo de dar una sacudida a las bridas.

Hay en el mundo dos cosas que no podré olvidar jamás después de haberlas visto una sola vez: la cara de una mujer bonita y un buen caballo; así que al ir acercándonos uno al otro, pensaba yo para mis adentros: ¿Dónde he visto ese hermoso roano? ¿Dónde he observado antes esa rápida marcha? Lo recordé de repente, y levantando la vista para encontrarme con la mirada provocativa y la altiva sonrisa del militar inglés, ¿a quién había de reconocer sino al hombre que me libró de las garras de los bandidos y que me jugó la libertad, al honorable *sir Russel Bart*?

—¡Bart! —exclamé con alegría.

Tenía el brazo levantado como para descargar un golpe, dejando tres cuartas partes de su cuerpo a merced de la punta de mi sable. Indudablemente no estaba bien instruido en el manejo del arma. Cuando oyó mi voz dejó caer el brazo y me miró fijamente.

—¡Hola! —exclamó a su vez—. ¡Si es Gerard!

Cualquiera hubiera creído, por el tono de su voz, que nos habíamos dado cita allí. Yo estaba deseando abrazarle, pero como no avanzó ni un paso más, me detuve también.

—¡Vaya! Creí que nos íbamos a divertir —dijo—. ¡Cuán lejos estaba de figurarme que sería usted!

Hablaba como si hubiese recibido un chasco muy grande, y francamente, aquello no me hizo mucha gracia. En vez de sentirse contento por haber encontrado un amigo, estaba disgustado por haber perdido la ocasión de batirse con un enemigo.

—Tendría muchísimo gusto en compartir su diversión, mi querido Bart —repuse—, pero me sería de todo punto imposible volver el sable contra el que me salvó la vida.

—¡Bah! —contestó—; eso no vale nada.

—Repito que es imposible; nunca me perdonaría a mí mismo.

—Da usted demasiada importancia a una cosa tan sencilla.

—El más vivo deseo de mi madre es el de abrazarle, Bart. Si en alguna ocasión se encontrara usted en Gascuña...

—Wellington viene allí con 60 000 hombres —interrumpiéndome.

—En ese caso —contesté— alguien podrá sobrevivirle. Mientras tanto, guarde el sable en la vaina.

Nuestros caballos estaban muy arrimados, y Bart, alargando el brazo, me tocó cariñosamente en el hombro diciendo:

—¡Qué simpático es usted, Gerard! ¡Cuánto siento que no haya usted nacido al otro lado del Canal!

—Gracias, estoy muy satisfecho de haber nacido a este lado.

—¡Pobre Gerard! —exclamó entonces con tanta compasión que me hizo reír como nunca—. Pero mire usted —continuó—, ¡qué diantre! Se me figura que nos apartamos del asunto. Ignoro qué diría Massena, pero sé que nuestro general saltaría sobre la silla si nos viera así. No nos han mandado aquí para pasar juntos el rato, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted, pues?

—Tal vez se acordará usted de que tuvimos un altercado sobre si eran mejores los dragones que los húsares; pues bien, nunca mejor ocasión que ésta para comprobarlo. Tengo allí 50 del 16.º, todos impacientes por oír la orden; usted tiene otros tantos buenos mozos, que también parecen estar inquietos. Si tomáramos los flancos derechos no nos estropearíamos mucho, por más que en este país el derramar sangre es señal de amistad.

En verdad que no me parecía mala la idea. Por de pronto, la condesa de Ronda, *Monsieur Alexis Morgan* y el abad de Almeixal desaparecieron de mi memoria, y sólo acertaba a pensar en la magnífica escaramuza que podríamos tener.

—Muy bien, Bart —dije—. Hemos visto la delantera de sus dragones, ahora veremos las espaldas.

—¿Apostamos algo? —preguntó con ansiedad.

—La apuesta —contesté altivamente— es nada menos que el honor de los húsares de Conflans.

—Bueno, pues allá va —exclamó—. Si nosotros los destrozamos a ustedes, sea enhorabuena. Si ustedes nos destrozan a nosotros... tanto mejor para el mariscal Milflores.

Cuando dijo esto me quedé mirándole lleno de asombro.

—¿Cómo para el mariscal Milflores? —pregunté.

—Es el mote que le dan a un bribón que vive por aquí —respondióme Bart—. Lord Wellington me ha enviado con mis dragones expresamente para ahorcarle en el árbol más próximo.

—¡Qué casualidad tan extraordinaria! —dije—. Precisamente mis húsares y yo

tenemos el mismísimo encargo.

Los dos nos echamos a reír a carcajadas, y en vez de pelearnos guardamos los sables en sus vainas correspondientes. Un ruido estrepitoso de aceros nos hizo comprender que los soldados habían hecho lo mismo.

—Somos aliados —exclamó Bart.

—Por un día.

—Es necesario unir nuestras fuerzas.

—Indudablemente.

De modo que, dando a nuestros medios escuadrones la voz de ¡de frente!, descendimos por el valle formando dos columnas: los dragones a un lado y los húsares al otro. Los hombres examinaban a sus vecinos de pies a cabeza, como perros de presa que han aprendido a respetarse mutuamente.

La mayor parte de ellos estaban muy divertidos con nuestra decisión, pero algunos ponían muy mala cara y parecían querer desafiar a los demás. Sobre todo el sargento inglés y Papilette no podían avenirse a cambiar de modo de pensar de un momento a otro. Además Papilette no olvidaba nunca que su único hermano había muerto en Busaco.

En cuanto a Bart y yo, caminábamos juntos charlando alegremente de todo cuanto nos había sucedido desde el día de la memorable partida de *ecarté*, de la cual ya tenéis noticia. Por mi parte le referí mi aventura en Inglaterra.

Verdaderamente los ingleses son estrambóticos. Aunque Bart sabía que yo había servido en doce campañas, tengo la seguridad de que, más que por esto, me admiraba

por la cuestioncilla que tuve con el peón de Bristol.

Me dijo que el coronel que presidió el Consejo de guerra en que fue juzgado por haber jugado a las cartas con un prisionero le absolvió en cuanto a la negligencia en el cumplimiento de su deber, pero que faltó troco, muy poco, para que le expulsara del ejército por haber jugado los triunfos antes de tiempo. Sí, no hay duda de que los ingleses son muy extravagantes.

En el extremo del valle, el camino, formando curvas, ascendía por una cuestecita para conducir luego a otro valle mucho más extenso en el otro lado.

Al llegar a la cima hicimos alto, pues próximamente a tres leguas del sitio donde nos hallábamos vimos una pobre aldea de casuchas feas y negruzcas, con un enorme edificio en el flanco del monte que la dominaba. Allí debía de ser donde se albergaban los facinerosos cuya desaparición se nos había encomendado. Creo que hasta entonces no nos habíamos dado cuenta exacta de la tarea que se nos había impuesto. El edificio era un verdadero fuerte, y bien pronto comprendimos que la caballería poco o nada podía hacer allí.

—No importa —exclamó Bart—. Massena y Wellington se encargarán de arreglar eso.

—Valor —exclamé—. Piré tomó a Leipzig con 50 húsares.

—Si hubieran sido dragones hubiera tomado a Berlín —contestó Bart—. Pero vamos, usted es el oficial mayor. Dirija usted y veremos quién es el primero que retrocede.

—Pues bien —dije—, no hay momento que perder, porque tengo orden de presentarme mañana por la noche en Abrantes. Ante todo necesitamos informarnos. Y por cierto que aquí debe de haber alguien que pueda indicarnos algo.

En un lado de la carretera había una casa blanca que, a juzgar por una rama de árbol colgada en el balcón, debía de ser una taberna de las que tanto frecuentan los muleteros. En el portal vimos un farol que despedía una luz tenue.

Nos acercamos, y poco después pudimos distinguir dos hombres que conversaban con mucho interés en la entrada. Uno de ellos vestía el hábito de fraile capuchino y el otro un delantal grande, por el que se deducía que era el dueño de la taberna.

Tan grande era el interés con que conversaban, que no se fijaron en nosotros hasta que llegamos a la misma puerta. En cuanto nos vio el tabernero quiso echar a correr, pero se lo impidió sujetándole uno de los ingleses.

—¡Por piedad —gritó—, soltadme! Mi casa ha sido saqueada por los franceses y asolada por los ingleses, y los bandidos me han quemado los pies. Juro por lo más sagrado que no me queda ni dinero ni pan, como lo puede atestiguar el reverendo padre capuchino que en la puerta de mi taberna se muere de hambre.

—Pueden ustedes creerlo, señores —dijo el capuchino hablando en francés muy correcto—; el hombre no dice más que la pura verdad. El infeliz es una de las numerosísimas víctimas de estas guerras crueles, aunque ciertamente sus pérdidas son muy poca cosa si se comparan con las mías. Soltadle —añadió en un inglés tan

correcto como el francés en que había comenzado a expresarse—. El pobre hombre está demasiado débil para huir, aunque quisiera hacerlo.

A la luz del farol vi que el capuchino era un hombre guapísimo. Alto, moreno, de barba muy negra y ojos relucientes como chispas. Tenía aire de haber sufrido mucho, pero se conducía como un rey. De su educación pudimos formarnos idea cuando le oímos hablar en nuestra lengua correspondiente con la misma perfección que si hubiera nacido en el país.

—No tema usted nada —le dije al tabernero, que temblaba de miedo—. En cuanto a usted, padre, creo que podrá sernos útil para lo que necesitamos saber.

—Todo cuanto soy, hijo mío —respondió el fraile humildemente—, está a vuestra disposición; pero mis vigiliasson siempre muy pobres, y este año han sido tan escasas que, si he de tener fuerza suficiente para contestar a vuestras preguntas, he de pedir antes un pedazo de pan.

Llevábamos raciones para dos días, así que pronto pudimos satisfacer sus deseos. Daba pena ver el afán con que comió el pedazo de pan y el trozo de carne de cabra que pude ofrecerle.

—No tenemos un momento que perder —añadí—. Queremos que nos diga usted todo cuanto sepa acerca de los puntos flacos del monasterio de allá abajo y de las costumbres de los bribones que se guarecen en él.

Con las manos enlazadas y los ojos puestos en el cielo pronunció unas palabras que a mí me parecieron latín, y en seguida añadió en francés:

—La oración del justo halla siempre su recompensa, pero yo no creí que la mía fuese atendida tan pronto. En mí ven ustedes al infortunado abad de Almeixal, que ha sido vilmente echado de su monasterio por los despojos de tres ejércitos mandados por un jefe diabólico. ¡Dios mío, cuánto he sufrido!

Y rompió a llorar amargamente.

—Ánimo, señor —interrumpió Bart—. Apuesto nueve contra cuatro a que mañana para estas horas le hemos colocado de nuevo en su puesto.

—No es precisamente mi propio bienestar, ni el de mi pobre rebaño esparcido por los montes, lo que me preocupa —contestó—. ¡Todo sea por el Señor! Lo que tanta pena me causa es el recuerdo de las sagradas reliquias que han caído en manos sacrílegas.

—Casi apostarí a que no se ocupan de ellas —dijo Bart—. Conque vaya, enséñenos el camino para llegar a las puertas y pronto dejaremos el edificio libre para usted y los suyos.

En breves palabras nos dijo el bueno del abad lo que necesitábamos saber, pero todo cuanto decía nos demostraba más y más las dificultades de la empresa. Las murallas del monasterio tenían cuarenta pies^[24] de altura, las ventanas bajas estaban atrincheradas y todo el edificio muy bien dispuesto para hacer fuego desde adentro. La gavilla conservaba la disciplina militar, y los centinelas eran demasiado numerosos para pensar en sorprenderlos. Indudablemente lo que allí hacía falta era un batallón de granaderos y dos buenas piezas de artillería. Yo levanté los ojos para demostrar mi opinión y Bart lanzó un silbido prolongado.

—Suceda lo que suceda —dijo—, tenemos que hacer una tentativa.

Los hombres habían desmontado ya, y después de dar agua y forraje a los caballos, se habían puesto a cenar tranquilamente. Bart y yo, acompañados del reverendo padre, entramos en el comedor de la taberna-posada para discutir nuestros planes. El poquito de coñac que me quedaba en el frasco lo repartí entre los tres.

—No es posible —dije— que esos bribones se hayan enterado de que veníamos, y además no hemos hallado exploradores en el camino; así que creo que deberíamos ocultarnos en un bosque cercano, y cuando abran las puertas cargar sobre ellos y sorprenderlos.

A Bart le pareció bien la idea; pero cuando nos pusimos a discutirla con el abad, nos hizo éste ver que el plan tenía grandes dificultades.

—En todo el rededor del monasterio —dijo—, sólo por la parte de la villa hay un sitio donde pudiera ocultarse algún hombre y algún caballo. En cuanto a los habitantes del país, no es posible fiarse de ellos. Temo, hijo mío, que su plan no

resultaría, teniendo en cuenta la vigilancia que ejercen esos hombres.

—No veo otro medio —añadí—. Los húsares de Conflans no abundan tanto como para arriesgar medio escuadrón contra una muralla de cuarenta pies de altura, defendida por quinientos hombres de infantería.

—Yo soy hombre de paz —dijo el abad— y no debo meterme en esas cosas. Sin embargo, tal vez podría dar a ustedes un consejo. Conozco bien a esos bribones y sus costumbres. ¿Quién mejor, habiendo vivido durante un mes en este solitario lugar, observando día tras día, con el corazón entristecido y las lágrimas en los ojos, el monasterio que fue mío? Así que me permitiré decirles lo que en lugar de ustedes haría yo.

—Hable usted, padre —exclamamos los dos a la vez.

—Continuamente se presentan aquí grupos de desertores con sus correspondientes armas. Pues bien; ¿qué puede impedir que os presentéis como tales, y así hallaríais francas las puertas del monasterio?

Quedé asombrado de la sencillez del proyecto y abracé con efusión al buen abad, pero Bart no se entusiasmó tanto y puso algunos inconvenientes.

—La idea no es mala —dijo—, pero si esos hombres son tan recelosos como parece, no creo probable que admitan en su madriguera a cien individuos armados. Según he oído, Morgan o el mariscal Milflores ha de tener algo más talento que todo eso.

—Bueno, pues que entren sólo cincuenta —repuse—, y que al amanecer franqueen las puertas a los otros cincuenta, que estarán esperando afuera.

Largo rato y con la mayor discreción estuvimos discutiendo el plan desde sus diversos puntos de vista. Seguramente, que ni los mismos Massena y Wellington lo hubieran pensado mejor. Por fin convinimos Bart y yo en que uno de nosotros entraría con sus cincuenta hombres bajo el pretexto de ser desertores, y que al amanecer abriría las puertas para dar paso a los otros cincuenta. El abad opinaba que era peligroso dividir nuestras fuerzas; pero viendo que los dos estábamos de acuerdo, se encogió de hombros y cedió diciendo:

—Permítanme ustedes que les dirija una pregunta. Si llegaran a coger al mariscal Milflores, ¿qué harían con él?

—Ahorcarle en seguida —respondí.

—Es demasiado poco —agregó—, es muerte demasiado buena. Si yo pudiese... Pero ¡ay, Dios mío, qué pensamientos tan indignos de un humilde siervo del Señor!

Y llevándose las manos a la frente como uno que se vuelve loco de tanto sufrimiento salió precipitadamente de la estancia.

Quedaba todavía por decidir un punto importante: cuál de los dos medios escuadrones, el de dragones o el de húsares, había de entrar el primero.

Era mucho pedir a Esteban Gerard que cediera a nadie su puesto en aquella ocasión; pero el pobre Bart rogó tanto y tanto insistió en que tuviera en consideración las pocas e insignificantes escaramuzas a que él había asistido, para compararlas con

las setenta y cuatro batallas en que había yo tomado parte, que por fin accedí, consintiendo en que fuese él quien primero entrara en el monasterio. Acabábamos de darnos un buen apretón de manos para sellar aquella especie de pacto, cuando vino a sorprendernos un griterío y ruido de armas que resonó en el camino fuera de la taberna. Con los sables desenvainados salimos precipitadamente, convencidos de que los bribones del monasterio nos habían atacado antes de que nosotros pudiéramos atacarles a ellos.

Imaginaos cuál sería nuestra sorpresa, nuestro asombro; al ver a la débil luz del farol una veintena de húsares y dragones, unos encima de otros, confundidos en informe montón de chaquetas rojas y chaquetas azules, de cascos y chascás, todos golpeándose y peleando como mejor podían. Muchísimo trabajo nos costó el separarlos, y por fin, cuando lo hubimos conseguido, quedaron allí jadeantes y ensangrentados, lanzándose terribles miradas de odio. Sólo amenazándoles con los sables pudimos evitar que volvieran a enzarzarse.

El pobre capuchino, con los brazos levantados, imploraba piedad a todos los santos del cielo.

Interrogando a uno de mis hombres supe que el mismo fraile había sido inconscientemente la causa de aquella pelea.

El pobre abad, no comprendiendo el efecto que a los militares les hacen estas cosas, había manifestado al sargento inglés que era una gran lástima que su escuadrón no fuera tan excelente como el francés. No bien había terminado de decirlo cuando el inglés, irritado, de un tremendo golpe arrojó al suelo al húsar que tenía más cerca, e inmediatamente se lanzaron unos sobre otros con la ferocidad de tigres.

Después de esto no podíamos dejarlos juntos; así que Bart se llevó a sus hombres a un lado de la posada y yo conduje a los míos al lado opuesto. Cada escuadrón demostraba perfectamente los tradicionales caracteres de su país, pues mientras los ingleses iban silenciosos, pero lanzando terribles miradas a sus enemigos, los húsares charlaban y amenazaban sin cesar.

Como ya teníamos formado el plan, nos pareció lo mejor llevarlo a cabo cuanto antes, por si surgía alguna nueva cuestión o motivo de riña entre nuestros hombres. De manera que Bart se dispuso a marchar, después de arrancarse los galones de las mangas, la faja y la gola del uniforme, a fin de pasar por un simple soldado. Explicó a sus hombres qué era lo que necesitaba de ellos, y aunque no vociferaron ni blandieron las armas con entusiasmo, como tal vez lo hubieran hecho los míos, vi pintada en sus curtidos rostros una expresión que me llenó de confianza. Desabrocháronse las túnicas y mancharon de polvo y barro los relucientes cascos, a fin de tener el aspecto de desertores sin orden ni disciplina.

Convinimos en que al dar las seis de la mañana habían de franquear las puertas y que mis hombres estarían esperando afuera. Bart y yo nos dimos mutuamente palabra y en seguida marchó con sus dragones. Mi sargento Papilette, con dos individuos de tropa, los siguió a bastante distancia, y al cabo de media hora volvió con la noticia de que, después de mucha palabrería y de examinarlos a la luz de faroles y antorchas, habían sido admitidos en el monasterio.

Hasta allí, pues, todo nos había salido bien. La noche estaba oscura y lluviosa, lo cual nos favorecía, puesto que así no había tanto peligro de que fuese descubierta nuestra presencia en aquel sitio. Coloqué centinelas en todas direcciones, a doscientos metros uno de otro, para evitar una sorpresa, y al mismo tiempo para impedir que cualquier aldeano que pasara por allí comunicase la noticia al mariscal; encargué a Oudin y a Papilette que hicieran la guardia por turnos, y al resto de mi gente la alojé en un espacioso granero. Fui a dar una vuelta para cerciorarme de que todo estaba en orden, y entonces me eché en la cama que me había preparado el tabernero, quedando pronto profundamente dormido.

Estoy seguro de que habréis oído decir que he sido un soldado perfecto, en toda la extensión de la palabra. No sólo lo confiesan los paisanos, sino también los oficiales veteranos de las grandes guerras que compartieron conmigo las glorias y las penalidades de las campañas; pues bien, la verdad y la modestia me obligan a declarar que no es cierto del todo. Algo me falta, carezco de alguna cualidad necesaria para ser un perfecto militar, pero no he de negar que me aproximo bastante a la perfección. De valor y de intrepidez nada he de decir; los que me han visto en

campana son los que mejor pueden hablar de eso.

Muchas veces a los soldados reunidos alrededor del fuego los he oído discutir acerca de quién era el hombre más valiente del gran ejército de Napoleón. Unos decían que era Murat, otros que Lasalle, que Ney... pero cuando me preguntaban, a mí, me encogía de hombros y sonreía. Hubiera sido ridícula vanidad el decir que no existía hombre más valiente que Esteban Gerard; pero los hechos son innegables, y cada cual sabe mejor que nadie cuáles son sus buenas y malas cualidades. Además del valor hay otras cosas muy necesarias a un buen soldado, y una de ellas es que tenga el sueño ligero. Desde niño he tenido yo el sueño pesadísimo, y siempre costó mucho trabajo el despertarme una vez dormido. Esto fue lo que me perdió en aquella noche fatal.

Serían próximamente las dos de la madrugada cuando me despertó una angustiosa sensación de asfixia; parecía que me estaba ahogando. Traté de gritar, pero algo me lo impedía; no podía pronunciar ni una sola palabra. Entonces procuré incorporarme y tampoco pude. A los pocos momentos me di cuenta de lo que me pasaba; estaba amordazado y sujeto además por los tobillos y las muñecas. Sólo los ojos tenía libres, y al pie de mi cama ¿a quién había de ver sino al abad y al tabernero? La cara torpe y pálida de éste me había parecido la noche anterior exenta de toda expresión menos de la estupidez y del terror; pero entonces todas sus facciones denotaban ferocidad, jamás he visto hombre de rostro más horroroso. En la mano tenía un cuchillo enorme.

El abad, por su parte, estaba tan pulido y tan fino como siempre. El hábito de capuchino lo tenía abierto y dejaba ver el uniforme de oficial de infantería inglés. Cuando nuestras miradas se cruzaron, se apoyó en la cabecera de la cama y se echó a reír a carcajadas.

—Mi querido coronel Gerard —dijo—, suplico a usted me dispense que me ría, pero no lo puedo remediar. Para decir la verdad, la expresión de sus ojos al darse usted cuenta de la situación era muy singular. No dudo que sea usted un militar excelente, pero apenas lo creo capaz de luchar con el mariscal Milflores, mote que me han puesto los de su país. Parece que ha querido usted tenerme por un hombre de poquísima inteligencia, lo cual, si me es permitido decirlo, denota gran falta de agudeza por su parte. Hablando francamente, con la única excepción de mi compatriota el torpe dragón británico que vino con usted, creo que hubiera sido muy difícil encontrar un hombre menos competente que usted para cumplir la misión de que estaba encargado.

Ya podéis figuraros cómo escucharía yo aquella charla insolente, pronunciada con los ademanes finos y corteses que caracterizaban a aquel bribón. No podía decir nada, pero sin duda leyerón en mis ojos la amenaza que hubiera querido lanzarles, pues el que hizo el papel de tabernero se acercó al mariscal y murmuró a su oído algunas frases.

—No, no, mi querido Chenier —contestó el mariscal—, para nosotros vale mucho más vivo que muerto. Y a propósito, coronel —continuó—, le felicito a usted por tener el sueño tan pesado, porque le aseguro que si hubiera usted intentado escapar de las garras de mi amigo, le hubiera degollado inmediatamente; es un poco brusco en las maneras. Tiene esa falta, ¿qué quiere usted! Por lo tanto, le recomiendo que haga lo posible por granjearse su amistad, pues el sargento Chenier, de la infantería imperial, es mucho más temible que el capitán Alexis Morgan, de la guardia de su majestad.

Y se echó a reír.

También se echó a reír Chenier, mientras yo procuraba expresar con los ojos el desprecio y la repugnancia que me inspira un soldado del emperador envilecido aquel punto.

—Tal vez le hará mucha gracia —continuó el mariscal con su voz dulce y melodiosa—, saber que las dos expediciones fueron vigiladas desde que salieron de sus respectivos campamentos. Creo no podrá usted menos de reconocer que Chenier y yo hemos desempeñado bien nuestros papeles. En el monasterio estaba todo dispuesto para recibir a ustedes, aunque hubiéramos querido que entrara todo el escuadrón en vez de la mitad. Una vez bien cerradas las puertas detrás del dragón y su tropa se encontrarán éstos en una especie de plazoleta circundada de un ciento de fusiles que les apuntan desde las ventanas del edificio, y podrán elegir entre rendirse o morir fusilados. Aquí, donde todo lo que digamos quedará entre nosotros, puedo asegurar que no tengo duda de que se habrán entregado con armas y bagajes; pero suponiendo que, naturalmente, tendrá usted interés en saber cuál ha sido la elección, creo que le gustaría venir con nosotros para verlo por sí mismo. Me parece poder prometer que encontrará usted a su amigo Bart con una cara tan larga y tan compungida como la de usted.

Entonces volvióse para hablar con Chenier y se me figuró que discutían sobre cuál sería la mejor manera de pasar por entre los centinelas.

—Voy a asegurarme de que todo está libre al otro lado del granero —dijo el mariscal—. Usted se quedará aquí, Chenier, y si el prisionero le molesta, ya sabe usted lo que ha de hacer.

De modo que aquel renegado y yo quedamos solos. Él, sentado en un extremo de la cama, se entretenía afilando el cuchillo en la bota a la luz de una lamparilla portuguesa. Lo que me extraña es cómo no me volví loco de desesperación y de rabia viéndome sujeto allí, sin poder moverme ni pronunciar una palabra, sabiendo que mis cincuenta hombres estaban tan cerca y me era imposible avisarles. No era ninguna novedad para mí el estar prisionero; pero el estarlo de aquellos renegados, para ser llevado al monasterio entre sus insolencias y burlas, era más de lo que podía aguantar. Menos daño me hubiera hecho una herida con el cuchillo que afilaba Chenier.

Di un tironcillo a los tobillos y otro a las muñecas; pero el que me amarró estaba, sin duda, bien acostumbrado a aquel género de trabajos, y no me fue posible mover ni un dedo. Entonces procuré destaparme la boca, pero Chenier levantó el cuchillo con un ademán tan amenazador, que a la fuerza tuve que desistir.

Estaba fijándome en su cuello de toro y meditando si alguna vez tendría yo el gusto de apretárselo con una corbata de cáñamo, cuando de repente sentí ruido de pasos en el corredor de la taberna y oí luego que alguien subía la escalera que conducía a mi cuarto. No dudé que sería el mariscal. ¿A qué vendrá? —me preguntaba—. Si se había convencido de que era imposible salir sin ser vistos por los centinelas me mataría quizás allí mismo. No me importaba gran cosa. Entre ser

llevado al monasterio o morir deshonorado por aquellos dos renegados, no había mucho donde elegir. Miré a la puerta, queriendo expresar con la mirada el desprecio que hacia ellos sentía, y calculad, amigos míos, cuál sería mi alegría cuando, en vez del rostro altivo y sarcástico del mariscal, vi el bigotazo de mi sargento Papilette.

El militar francés de aquellos tiempos había visto demasiado para que nada le cogiera de susto; así que en cuanto Papilette me vio amarrado allí, al momento comprendió lo que había sucedido.

—¡Rayos y truenos! —Gruñó desenvainando el sable y avanzando apresuradamente hacia la cama.

Chenier dio un paso saliendo a su encuentro, pero se volvió en seguida y comenzó a dirigir golpes a mi pecho. Afortunadamente, antes de que pudiera tocarme me deslicé por el otro lado de la cama, y el cuchillo se hundió en la sábana y la manta.

Un instante después oí caer al suelo una cosa pesada, y casi simultáneamente un objeto ligero, pero más duro, rodó debajo de la cama. No quiero, amigos míos, horrorizaros con detalles; baste decir que Papilette era muy buen tirador y que su sable era pesado y fuerte.

Al cortar las ligaduras que me sujetaban dejó una mancha roja en mis muñecas y en los tobillos, y en cuanto me quitó la mordaza, lo primero que hice fue besar con efusión a mi querido sargento.

Después le pregunté si había ocurrido alguna novedad, y me contestó que no, que todo estaba tranquilo; mis húsares no se habían enterado de nada. Oudin acababa de relevarle y él venía a recibir mis órdenes... ¿Que si había visto al abad? No, no había visto a nadie.

Convinimos entonces en que era necesario rodear la casa para que no se escapase. Nos dirigíamos ya a dar las órdenes convenientes, cuando en el corredor oí un pase firme y seguro. Papilette, lo mismo que yo, comprendió en seguida quién era.

—No hay que matarle —dije en voz baja, y señalando un rincón oscuro detrás de la puerta para que se ocultara, me coloqué yo en el otro lado.

Apenas apareció su hábito marrón en el dintel de la puerta, nos lanzamos sobre él como lobos hambrientos, y... ¡cataplún! Caímos los tres al suelo. Mucho tuvimos que trabajar para vencerle, porque se defendía y luchaba como una fiera. Tres veces consiguió levantarse y otras tantas volvió a rodar, hasta que por fin Papilette le hizo ver que su sable tenía buena punta. Entonces el hombre comprendió que todo había terminado y se quedó quieto, mientras yo le amarré con las mismas cuerdas que antes me sujetaban a mí.

—Amigo mío —le dije—, ha cambiado el juego, y ésta vez le haré ver que soy yo el que tiene los triunfos en la mano.

—Siempre la suerte acompaña a los necios —contestó—. Y después de todo, más vale que sea así, pues de otro modo, el mundo quedaría completamente a merced de los astutos. ¿Conque habéis matado a Chenier? No importa. Fue siempre perro revoltoso yapestaba a ajo a todas horas; era la comida que más le agradaba. ¿Me

haréis el favor de colocarme sobre la cama? El suelo de estas tabernas portuguesas no es a propósito para los que gustamos de la limpieza.

No pude menos de admirar la sangre fría de aquel hombre, que conservaba su aire insolente a pesar de haber cambiado las circunstancias.

Mandé a Papilette en busca de dos húsares para que nos ayudaran, y mientras tanto permanecí vigilando al mariscal, sin apartar la vista de él ni un instante y con el sable desenvainado, pues su audacia me inspiraba respeto.

—Espero, coronel —dijo después de unos momentos—, que sus hombres me tratarán como deben tratarme.

—Eso es —repuse—; le tratarán como usted se merece.

—No pido otra cosa. Tal vez ignora usted que nací en alta cuna, pero mi situación es tal que no puedo nombrar a mi padre sin hacer traición ni a mi madre sin escándalo. No puedo exigir los honores reales que me corresponden, aunque después de todo son cosas que honran más cuando se conceden sin exigirlos. Las ligaduras me lastiman. ¿Me hace el favor de aflojarlas?

—Me tiene usted por un hombre de poquísimas inteligencias —dije repitiendo su propia frase.

—¡Tocado! —exclamó como si nos estuviéramos batiendo en duelo—. Pero ya llegan sus hombres, de modo que poco importa que me las afloje o no.

Cuando entraron los soldados mandé que le quitasen el hábito, y después cuidé que estuviera bien vigilado. Hecho esto, y como empezaba ya a amanecer, era necesario pensar en algo de realización inmediata.

El pobre Bart y sus dragones habían caído en el lazo que nos tenía tendido aquel bribón; lazo que, si hubiéramos escuchado los consejos del abad, nos hubiera cogido a todos. Lo que quería yo ante todo era libertar al medio escuadrón inglés, aunque tampoco debía olvidar a la anciana condesa de Ronda, que estaba presa en el monasterio. En cuanto a éste, claro es que ya era inútil pensar en ocuparlo. Comprendí, pues, que todo dependía de la estimación en que aquellos renegados tuvieran a su jefe y que sólo me restaba jugar la última carta. Voy a deciros con qué astucia y con qué osadía la jugué.

Apenas había amanecido cuando sonó la trompeta y se reunió mi medio escuadrón; colocamos al preso sobre un caballo y le llevamos en medio de la tropa. Sucedió que a la entrada principal del monasterio había un árbol grande, a suficiente distancia para que no alcanzaran las balas de fusil, y al pie de aquel árbol nos detuvimos. Yo estaba dispuesto, si acaso abrían las puertas, a cargar sobre ellos; pero como me había figurado, optaron por la defensiva, y reuniéndose atropelladamente sobre las paredes, nos saludaron con gritos, carcajadas e insultos. También sonaron unos tiros; pero viendo que estábamos fuera del alcance de sus balas, desistieron de gastar tontamente las municiones.

¡Vaya un grupo tan singular el que formaban ingleses, franceses y portugueses vociferando como locos y amenazándonos con los puños!

Cuando abrimos las filas y les dejamos ver a quién traíamos prisionero, reinaron unos momentos de silencio; pero en seguida, ¡válgame Dios qué griterío, qué exclamaciones de desesperación y de rabia! Debía de ser un hombre especial el mariscal Milflores para haberse granjeado de aquel modo la amistad de tanto perdido.

Yo había mandado traer de la taberna una soga, y di orden de que la colocaran en una rama del árbol.

—¿Me da usted permiso, señor mariscal —observó Papillette en tono de mofa—, para soltarle el cuello del uniforme?

—Si tiene usted las manos perfectamente limpias —contestó Milflores, cuya respuesta produjo grandes risotadas entre mi gente.

Al apretar el nudo que rodeaba el cuello del mariscal, llegó a mis oídos un nuevo griterío, que procedía del monasterio, por una de cuyas puertas, que se abrió en aquel instante, salieron tres hombres corriendo en dirección a nosotros y trayendo en las manos banderas blancas. ¡Ah, cómo latió de alegría mi corazón al ver aquella señal! Sin embargo, no quise avanzar ni un solo paso a fin de que todo el interés estuviera por parte de ellos. Lo único que hice fue permitir que tocara el trompeta para darles a entender que esperaríamos a que se acercaran. El mariscal, con las manos amarradas y el nudo en el cuello, conservaba su sitio en la silla del caballo, sonriendo como suele sonreír uno cuando se encuentra aburrido y procura disimularlo por pura cortesía. Si alguna vez me hallara yo en situación semejante, no quisiera más que portarme como él se portó; no puedo decir más.

Los parlamentarios formaban un trío muy singular. El uno era cazador portugués, con uniforme obscuro; el segundo cazador francés, de uniforme de color verde, y artillero inglés, de azul y oro, el tercero. Los tres saludaron y el francés tomó la palabra. —Tenemos en nuestro poder treinta y siete dragones— dijo—; juramos solemnemente que, si el mariscal es ahorcado, morirán todos a los cinco minutos.

—¿Treinta y siete? —grité—. Tienen ustedes cincuenta y uno.

—Murieron catorce en la escaramuza.

—¿Y el oficial?

—Se negó a entregar el sable si no era con la vida. No tuvimos la culpa de su muerte; no fue posible salvarle.

¡Adiós mi pobre Bart! Sólo dos veces me había encontrado con él, pero habíamos simpatizado y sentí mucho la suerte que había tenido. Hombre más valiente ni tirador más fatal no he visto nunca.

Ya os podréis figurar que no me fié de la palabra de los emisarios. Papillette, con dos hombres, marchó con uno de ellos y volvió al poco tiempo diciendo que por desgracia, era verdad lo que decían; de modo que tenía que pensar en los que quedaban.

—¿Y si yo pongo en libertad a su jefe, harán ustedes lo mismo con los dragones? —pregunté.

—Cederemos diez —fue la respuesta.

—¡Arriba con él! —exclamé.

—¡Veinte! —gritó el cazador.

—¡Basta de charla, tirad de la soga!

—¡Todos! —exclamó entonces, viendo que el nudo comenzaba a apretar el cuello

del mariscal.

—¿Con armas y caballos?

Comprendieron que no era yo hombre para andar en chanzas, y contestaron:

—Todo completo.

—¿Y además la condesa de Ronda?

En esto hallé mayor resistencia, pues de ninguna manera prometían ceder a la condesa.

Apretamos la cuerda, movimos el caballo... lo hice todo menos dejar colgado al mariscal, cuya muerte tenía gran significación tanto para ellos como para mí, puesto que, una vez muerto, morirían también los treinta y siete dragones.

—Con permiso de usted —dijo el mariscal con su acostumbrada cortesía—, debo manifestar que me están poniendo en ridículo. Ya que existe una diferencia de opinión sobre este punto, me parece que lo mejor sería consultar a la misma dama, a quien todos deseamos complacer.

Nada más fácil. Ya podéis suponer que no vacilé en aceptar una solución tan sencilla.

Diez minutos después se presentó ante nosotros una respetable dama, muy digna, con el cabello algo cano y la cara amarilla.

—Este caballero —la dijo el mariscal— se muestra muy deseoso de llevaros adonde no nos veáis más. A vos toca decidir si queréis ir con él o permanecer aquí conmigo.

Seguidamente se acercó a su caballo, y poniendo una mano en la brida contestó:

—No existe en el mundo poder ni fuerza bastante para separarnos.

El mariscal me lanzó una mirada de desprecio y de ironía, diciendo:

—Mi querido coronel, ha cometido usted lo que se llama un *lapsus linguae*. No existe la condesa de Ronda. La señora a quien tengo el honor de presentaros, es mi querida esposa *miss* Alexis Morgan, o si lo preferís, *madame* la mariscala Milflores.

En aquel momento fue cuando comprendí que trataba con el hombre más listo y menos escrupuloso que he conocido en mi vida.

Cuando miré a la desgraciada señora, mi corazón se llenó de asombro y de aversión. Ella, por su parte, contemplaba a su esposo con una mirada muy parecida a la que un recluta pudiera dirigir a su emperador.

—Así sea —contesté—. Entrégueme usted los dragones para que pueda retirarme.

Poco después trajeron a los ingleses con sus armas y caballos, todo completo, y entonces mandé quitar la soga del cuello del mariscal.

—Adiós, mi querido coronel —dijo éste—. Me parece que cuando vaya usted a referir a Massena el resultado de su expedición no será el relato muy brillante. Sin embargo, no puedo menos de reconocer que ha sabido usted vencer las dificultades con más habilidad de la que yo le creía capaz. Supongo que no habrá nada en que pueda servirle antes que se retire.

—Hay una cosa —repuse.

—Usted dirá.

—He de pedirle que mande enterrar de manera digna al oficial inglés y a sus hombres.

—Le doy a usted mi palabra.

—Aún hay algo más —añadí.

—Veamos.

—Que me conceda cinco minutos al aire libre en su compañía, con un buen sable en la mano y un buen caballo cada uno.

—¡Bah, bah! —exclamó—. Una de dos: o me vería precisado a desbaratar su brillante carrera o tendría que despedirme de mi linda esposa. Es muy injusto el pedir semejante cosa a un hombre que está saboreando las primeras dulzuras del matrimonio.

Reuní a los húsares y los dragones, y les mandé formar en dos columnas.

—Hasta la vista, señor mariscal —le dije blandiendo el sable—. Tal vez no se escape usted tan fácilmente si nos encontramos otra vez.

—*Au revoir* —contestó—. Cuando se canse usted de servir al emperador, siempre

tendrá el coronel Esteban Gerard a su disposición un puesto digno al servicio del mariscal Milflores.

De cómo el brigadier jugó una partida cuya puesta era un reino

Me ha parecido, amigos míos, que a veces, algunos de vosotros, después de oír el relato de mis aventuras, habéis conservado la impresión de que tengo de mí una opinión harto ventajosa.

Error grande es ése, porque un cumplido militar ha de estar exento de ese defectillo. Verdad es que he tenido que describirme algunas veces, ya como oficial valiente, ya como hombre de agudo ingenio, pero es que ésa era la realidad y hay que aceptar las luchas como son.

A decir verdad, sería afectada modestia no reconocer que mi carrera es bella y gloriosa, y la aventura que hoy quiero relataros es de aquellas que sólo un hombre modesto gusta de recordar. Cuando se ha alcanzado una situación como la mía, permitido es relatar un episodio que a cualquiera se le ocurriría ocultar.

Después de la campaña de Rusia, los supervivientes de nuestro pobre ejército fueron amontonados en la orilla derecha del Elba, donde pudieron rehacerse algo, con auxilio de la fuerte y robustecedora cerveza alemana. Pero no podíamos tener la esperanza de encontrar los dedos de manos y pies que el ejército había perdido en la retirada y que seguramente no habrían cabido en tres furgones de administración. Y aun por enflaquecidos y estropeados que estuviéramos, podíamos darnos por contentos comparándonos con los desdichados compañeros que habíamos perdido sepultados en la nieve, en las estepas desoladas. Aún ahora me disgusta ver el rojo y el blanco juntos, y mi gorra colorada echada sobre una sábana blanca evoca a veces en mi memoria, como un sueño, el especio de aquellas llanuras horribles, el ejército extenuado sufriendo todas las torturas y las grandes manchas de sangre sobre la nieve. No os contaré nada de aquella campaña desastrosa, porque sólo con recordarla, el vino que bebo se convierte en vinagre y el tabaco en paja insípida.

De 500 000 hombres que pasaron el Elba en otoño de 1812, quedaban unos 40 000 en la primavera de 1813. Pero ¡vaya unos hombres aquellos 40 000 demonios! Hombres de hierro, acostumbrados a comer caballo, a dormir en la nieve y capaces todavía de los mayores esfuerzos. Tenían que sostenerse aquende el Elba, hasta que el gran ejército de quintos que el emperador formaba en Francia, estuviera dispuesto a ayudarlos a pasar de nuevo el río.

La caballería estaba en una situación deplorable. Mis húsares se acantonaban en Bosna, y la primera vez que les pasé revista no pude contener el llanto. ¡Lástima de buenos mozos y de magníficos caballos! Se me partía el corazón al ver el estado a que se veían reducidos. «Ánimo, valientes —les decía yo—, que todavía os queda vuestro coronel». Puse manos a la obra para remediar el desastre y ya había reconstituido dos escuadrones, cuando todos los coroneles de caballería recibieron la orden de ir inmediatamente a Francia, a los depósitos de sus regimientos, para atender

al reclutamiento y la remonta, con motivo de la próxima campaña.

Creeréis que aquella ocasión de volver a mi país me llenó de alegría. No niego que algún placer me ocasionó la idea de volver a ver a mi madre, pero en el ejército había otros oficiales con más derecho que yo a regresar a Francia. Gustoso habría cedido mi vez a aquellos que habían dejado mujer e hijos, a los cuales quizá no volverían a ver. Pero no hay que discutir cuando se recibe una orden firmada y sellada. Una hora después, me encaminaba hacia los Vosgos. Al fin iba a encontrar un momento de calma y descanso. Detrás de mí quedaba la guerra y la desolación y yo esperaba acercarme a la paz. Tales eran mis reflexiones al oír el sonido del clarín que se extinguía en lontananza y al ver extenderse delante de mí el camino blanco, entre llanos y montañas hacia Francia, más allá del cortinaje de brumas azuladas que se extendía por el horizonte.

Cosa interesante, pero fatigosa también, es cabalgar a retaguardia de un ejército. En tiempo de la siega los soldados podían pasarse sin víveres porque habían aprendido a segar el trigo en el campo y a molerlo en el vivac. Precisamente en aquella época del año se efectuaron las marchas rápidas que fueron a un tiempo asombro y desesperación de Europa. Pero también en aquel momento se trataba de abastecer y remontar a aquellos hombres, extenuados por tanta privación. Muchas veces tenía que meterme yo en las zanjas para dejar pasar interminables rebaños de carneros de Coburgo, de bueyes de Baviera y largos convoyes de cerveza de Munich y de coñac de Francia. A veces oía el redoblar del tambor y el silbido del pífano: era

una larga columna de nuestra infantería que desfilaba con señalado movimiento ondulatorio, con las guerreras azules cubiertas de polvo blanco.

Eran soldados viejos tomados de las guarniciones de nuestras fortalezas alemanas porque los quintos no llegaron de Francia hasta el mes de Mayo.

Algo aburrido estaba ya de los rodeos y paradas que tenía que hacer continuamente, así es que me agradó al llegar a Altenburgo, encontrar otro camino que se dirigía al Sur, enteramente libre. Hasta Greiz encontré pocos viajeros y pude admirar a gusto el paisaje magnífico que se extendía a cada lado del camino, bordeado de encinas y hayas cuyas ramas se alargaban por encima del camino. Puede que parezca raro que un coronel de húsares detenga a cada momento su caballo para admirar los brotes verdes de los árboles. Pero, si como yo, hubierais pasado los seis meses anteriores en medio de los pinos desmedrados de Rusia, comprenderíais satisfacción tan legítima. Algo me parecía menos agradable que la hermosura de los árboles: el tono, la actitud de la gente en los pueblos que atravesaba. Siempre habíamos estado en buenas relaciones con los alemanes, y durante seis años parecía que no nos guardaban rencor por algunas pequeñas libertades que nos habíamos tomado en su tierra. Nos habíamos mostrado generosos con ellos. Pero a la sazón había en los ademanes de aquella gente algo que no me explicaba. Los transeúntes no contestaban a mí saludo, los guardabosques volvían la cabeza para no mirarme, y en los pueblos se juntaban los aldeanos en pequeños grupos, y al pasar yo me miraban de mala manera.

Aquella actitud hostil se señaló más en el pueblo de Ichmolín, a unas diez millas de Altenburgo. Me había parado en una venta para humedecerme los bigotes y dar un refresco a mi *Violeta*. Tenía siempre la costumbre de dirigir algún piropo a la criada que me traía la botella. La que me sirvió aquel día no lo aceptó y me echó una mirada aguda, como la punta de una bayoneta. Cuando levanté mi vaso a la salud de los consumidores que bebían cerveza junto a la puerta, me volvieron la espalda excepto un joven que dijo: «A vuestra salud, muchachos, a la letra T.». Y todos vaciaron los vasos y se echaron a reír, pero con una risa que nada tenía de amistosa.

Me preguntaba qué significaría aquella conducta singular, y me marchaba del pueblo, cuando vi en un árbol una T muy grande grabada en la corteza. Ya había visto varias por la mañana, pero no había hecho caso, hasta que las palabras de los bebedores de cerveza le dieron a la cosa cierta importancia. Un jinete de aspecto respetable pasaba en aquel momento por el camino y le pregunté:

—¿Puede usted decirme, caballero, qué significa esa letra T?

Me miró con aspecto singular y contestó:

—Joven, no es la letra N.

Antes de que pudiera pedirle más explicaciones, picó espuelas a su cabalgadura y salió a escape.

Al principio no comprendí su contestación, pero a los pocos pasos *Violeta* volvió su inteligente cabeza, y mis ojos se fijaron en la guarnición de cobre de su brida en la

cual resaltaba la letra N, inicial del emperador. Aquella T había de tener un significado que no me parecía nada bueno. Algo debía de haber pasado en Alemania durante nuestra ausencia y aquella gran dormilona empezaba a despertarse. Pensé en las figuras hostiles que había encontrado y comprendí que si hubiera podido leer en el fondo de sus corazones, habría hallado extraños sentimientos y habría llevado a Francia noticias poco tranquilizadoras. Todo aquello me inspiró más impaciencia por ver pronto mis diez escuadrones completos detrás de sus trompetas.

Mientras daba vueltas a aquellas ideas, alternaba el andar de mi cabalgadura, como debe hacerlo todo jinete que ha de recorrer un trayecto largo, y ha de cuidar a su caballo. Atravesaba entonces él camino una llanura descubierta y a la orilla había un montón de leña. Al llegar a la altura del montón sonó un ruido seco, y al volver la cabeza vi que me miraba, con la cara muy colorada, un hombre agitadísimo. A la segunda mirada conocí a la persona a quien me había dirigido una hora antes a la salida del pueblo.

—Acérquese usted —me dijo en voz baja y luego más cerca—, baje usted del caballo y aparente que aprieta la cincha. Puede que nos acechen espías y si me ven hablar con usted me matarán.

—¡Matarle! ¿Y a quien teme usted?

—A la Tugendbund, a los caballeros de la Noche de Lutzow. Los franceses están sobre un polvorín y la mecha que los ha de hacer saltar está encendida...

—¿Qué me dice usted? ¿Qué es la Tugendbund?

—Es una sociedad secreta que prepara la gran sublevación destinada a echarlos a ustedes de Alemania, como los han echado de Rusia.

—¿Y esas T son la marca de la sociedad?

—Sí. Quise advertírselo a usted en el pueblo, pero temí que me conocieran hablando con usted. He echado a galope por el bosque para alcanzarle y me he ocultado aquí esperándole.

—Mucho se lo agradezco, tanto más cuanto que es el único alemán que hoy se haya mostrado cortés conmigo.

—Cuanto poseo lo he ganado abasteciendo a los ejércitos franceses. Su emperador se ha mostrado siempre muy bueno para mí. Pero suba usted de nuevo a caballo y siga su camino, porque ya hemos hablado de más y desconfío de los caballeros de la Noche de Lutzow.

—¿Son bandidos?

—Lo peor de Alemania. Pero por amor de Dios váyase usted, que he arriesgado mi vida por avisarle.

Podéis figuraros cuáles serían mis pensamientos después de aquel encuentro. Más que sus palabras, me llamó la atención la voz anhelosa, la cara espantada de aquel hombre, sus ojos asustados al menor crujido de una rama. Indudablemente le dominaba un terror mortal, y no debía de faltarle razón, pues apenas le había dejado

cuando oí detrás de mí una detonación y un grito; pero nunca he vuelto a encontrar rastro de aquel hombre.

Anduve con cuidado desde aquel momento galopando rápidamente cuando el país era descubierto y acortando el paso cuando era de temer una emboscada.

No tardé en notar que algo grave se tramaba. Había llegado a un sitio donde el camino sube a través de un páramo salvaje para volver a bajar por el bosque. Estaba a mitad de la cuesta cuando vi brillar una cosa entre los troncos de los árboles y salió del bosque un hombre a poca distancia de mí. Llevaba un uniforme tan bordado de oro, que parecía llamear a los rayos del sol. Parecía completamente borracho porque titubeaba y vacilaba avanzando hacia mí. Con la mano se sujetaba al cuello un pañuelo rojo. Había yo puesto mi caballo al paso, y le miraba con asco, por parecerme extraño que un hombre, vestido con tan brillante uniforme, pudiera presentarse en tal estado en medio del día. Me miraba fijamente avanzando con lentitud y deteniéndose de cuando en cuando. De pronto tendió los brazos y cayó en mitad del camino. Vi entonces que lo que me había parecido un pañuelo colorado era una herida horrible, de la cual colgaba enorme cuajarón de sangre.

—¡Dios mío! —exclamé saltando del caballo—. ¡Y yo que le creía a usted borracho!

—No; no estoy borracho, sino muriéndome. Pero alabado sea Dios que me ha hecho encontrar a un oficial francés, mientras tenga fuerzas para hablar.

Le levanté, le tendí sobre una mata de junco y le hice tragar un poco de coñac.

—¿Quién es usted y quién le ha herido? —le pregunté—. Es usted francés y no conozco su uniforme.

—Es el de la nueva guardia de honor del emperador. Soy el marqués de Saint-Armand y el noveno de mi familia que muere al servicio de Francia. Me han perseguido y herido los caballeros de la Noche de Lutzow. Me he escondido en este bosque esperando ver pasar a un francés, y aunque al pronto no sabía si era usted francés o enemigo, he notado la proximidad de la muerte y he salido al acaso.

—Valor compañero. He visto hombres heridos de mayor gravedad, que se han salvado.

—No; sé que me muero.

Y hablando así con voz débil, colocó su mano en la mía y vi que las uñas ya le azuleaban.

—Llevo conmigo unos papeles en mi dormán^[25] y tiene usted que llevárselos a escape al príncipe de Sajonia-Felstein, a su castillo de Hof. Todavía es amigo nuestro, pero la princesa es enemiga mortal. Todo lo hará para que se vuelva contra nosotros. Si lo logra, determinará así a los que todavía vacilan, porque el rey de Prusia es tío suyo y el de Baviera, sobrino. Es absolutamente necesario que estos papeles lleguen a manos del príncipe antes de que ceda a las apremiantes instancias de su mujer; entréguelos usted esta noche, y quizá logre así conservar a Alemania para el emperador. Si no me hubieran matado el caballo habría podido ir yo, aunque herido...

No habló más. Un coágulo de sangre se le subió a la garganta, su mano helada se atiesó en la mía, un sobresalto le sacudió el cuerpo y exhaló el último suspiro.

Bien tristemente empezaba mi viaje. Me encontraba encargado de una misión sobre la cual nada preciso sabía, lo cual iba a retrasar la reorganización de mi regimiento, y aquella misión era tan importante, que de ningún modo podía renunciar a ella. Registré el uniforme del marqués, uniforme cuyo brillante modelo había concebido el mismo emperador para atraer a los jóvenes de la aristocracia, con los cuales esperaba formar nuevos regimientos de su guardia. Saqué de un bolsillo un rollito de papeles rodeado de una cinta de seda y dirigido al príncipe de Sajonia-Felstein. En una esquina de la hoja, trazadas con letra desordenada, apenas legible, leíanse las palabras «urgente» e «importante», y debajo un gran borrón de tinta, en el cual conocí en seguida la firma del emperador. Para mí era aquello una orden tan clara como si hubiera salido de los labios que conocía tan bien. Mis húsares aguardarían sus caballos, pero el príncipe recibiría los papeles aquella misma noche.

Para abreviar el camino dejé la carretera, no por miedo, pues había guerreado en España y sabía por experiencia que el momento más propicio para atravesar un país de guerrillas es después de un atentado, y el instante más peligroso, en cambio, es precisamente cuando todo está en calma. Consultando un mapa había visto que Hof estaba al Sur y llegaría más deprisa atravesando la llanura. Apenas me había puesto en camino y había andado cincuenta pasos, sonaron en mis oídos dos detonaciones y oí silbar una bala. Indudablemente los caballeros de la Noche eran más audaces que los guerrilleros españoles: mi misión se habría visto gravemente comprometida si hubiera seguido la carretera.

Aquella fue una carrera loca con las riendas sobre el cuello de mi yegua, que desaparecía hasta el vientre entre las altas hierbas; mi vida dependía de mi buena *Violeta*. Ésta, no tropezó ni una vez; salvaba los baches, las malezas, las raíces, con pie seguro y rápido, como si hubiera comprendido que su amo llevaba la suerte de Alemania en su pelliza. Yo, que pasaba de tiempo atrás por el primer jinete de las seis brigadas de caballería ligera, nunca galopé como aquel día. Las palomas torcaces que volaban por encima de mi cabeza no iban más aprisa ni más derechas que *Violeta* y yo por debajo de ellas.

Como oficial, siempre he estado dispuesto a sacrificarme por mis hombres, aunque el emperador nunca me lo agradeciera, porque tenía cuantos hombres quería, pero no tenía más que un... en una palabra, los buenos oficiales de caballería escasean. Pero en el caso presente perseguía yo un fin que justificaba todos los sacrificios, y lo mismo pensaba en mi vida que en los terrones que hacía saltar mi yegua.

Al caer el día volví a la carretera y entré a galope en el villorrio de Lobenstein.

Apenas tocamos el empedrado, cuando saltó una de las herraduras de mi yegua y tuve que pararme en casa del herrador. Había acabado el trabajo y estaba apagado el hornillo; de modo que tenía que esperar lo menos una hora para poder emprender la marcha. Maldiciendo el retraso, entré en la posada del pueblo y pedí un pollo fiambre y una botella de vino para cenar. Ya estaba a pocas millas de Hof y tenía esperanzas de entregar mis papeles al príncipe por la noche y de salir a la mañana siguiente para Francia con su respuesta para el emperador.

El pollo y la botella estaban en la mesa y yo los atacaba con todo el ardor de un hombre que acaba de dar tan larga carrera, cuando oí el ruido de una contienda en la habitación vecina. Creílo al principio disputa de aldeanos bebidos y estaba dispuesto a dejarlos arreglárselas a su gusto, pero de pronto resonó un grito capaz de hacer erguirse a Esteban Gerard en el mismo lecho mortuorio. Era un grito de mujer. Solté cuchillo y tenedor, y en un momento me planté en medio del gentío reunido junto a la puerta.

El uno, gordinflón, de cara hinchada, estaba allí con su mujer, alta y roja, de facha tosca; los dos mozos de cuadra, una criada y dos o tres campesinos. Todos se agitaban con ademanes de ira, mientras en medio, con las mejillas pálidas y los ojos aterrorizados, estaba la mujer más hermosa que un soldado pudiera soñar ver. Con su regia cabeza echada hacia atrás, su mirada de reto a pesar del espanto, se revelaba como de raza distinta entre tanto rústico que le cercaba. Apenas había abierto yo la puerta, se precipitó hacia mí y colocando la mano en mi brazo, exclamó, brillándole de alegría los ojos:

—¡Un soldado francés es un caballero! Alabado sea Dios, ya estoy segura.

—Sí, señora, lo está usted —le dije cogiéndole la mano para tranquilizarla—. Mande usted lo que quiera, que estoy a sus órdenes.

—Soy polaca, soy la condesa Palotta. Esta gente quiere perseguirme porque soy partidaria de los franceses y no sé lo que habrían hecho conmigo si usted no me hubiera auxiliado.

Llevé su mano a mis labios para que no dudara de mis intenciones, y luego me volví hacia aquellos campesinos con cierta expresión que a veces sé tomar. Inmediatamente quedó vacía la sala.

—Condesa —le dije—, está usted ahora bajo mi protección, pero como se encuentra débil, será necesario que tome usted un poco de vino para reponerse; —le ofrecí el brazo y la hice entrar en la sala particular donde me habían servido. Se sentó junto a mí en la mesa y se bebió el vino que le ofrecí.

—Perdone usted, señora —le dije levantándome—, pero sin remedio tengo que irme en seguida a Hof.

Se levantó también y echándome una mirada de reconvención, dijo:

—¿Y qué va a ser de mí?

—Servicio del emperador —respondí—. Demasiado me he retrasado. Mi deber me llama; tengo que partir.

—¡Partir! ¿Y me abandonará usted en medio de estos salvajes? ¡Oh! ¿Por qué le he encontrado a usted? ¿Por qué me ha enseñado usted a contar con su fuerza?

Llenáronse sus ojos de lágrimas, y al cabo de un momento sollozaba con la cabeza apoyada en mi pecho.

Momento de ruda prueba fue aquél, viéndome obligado a contener el juvenil y caballeresco ardor que en mí hervía. Pero estuve a la altura de mi misión.

—¡Agua! —murmuró ella—, ¡agua, por amor de Dios!

La vi pronta a desfallecer. La coloqué suavemente en el sofá y me precipité como un loco fuera de la habitación, en busca de una botella de agua. Acabé por encontrar una, y volví apresuradamente. Pero ¿os podréis imaginar lo que sentí al encontrar la habitación vacía? La bribona había desaparecido.

Se había marchado, llevándose el sombrero y la corbata que había antes puesto sobre la mesa. De un brinco salí del cuarto y llamé al posadero. Nada sabía del asunto, no conocía a aquella mujer ni le importaba lo que fuera de ella. Los aldeanos, a la puerta, no habían visto a nadie. Busqué y registré por todas partes y acabé por encontrarme de pie frente a un espejo, en el cual me miré con los ojos bien abiertos y la mandíbula inferior tan colgante como lo permitían las carrilleras del chacó.

Cuatro de los botones de mi pelliza estaban desabrochados y no me hizo falta echarles mano para conocer que los preciosos papeles habían desaparecido. ¡Oh y cuán profunda perfidia escondía en su corazón aquella mujer! La miserable me había robado mientras se acercaba a mi pecho; cuando yo la estaba sosteniendo, sus manos registraban mi dolmán. Allí estaba yo, al cabo de mi viaje, incapaz de desempeñar una misión que ya había costado la vida a un valiente oficial, e iba a costar el honor a otro. ¿Qué diría el emperador al saber que había perdido sus despachos? ¿Creería aquello el ejército, de Esteban Gerard? Y cuando se supiera que una mujer me los había sacado, ¡cuántas carcajadas en la mesa de oficios y alrededor de las fogatas del vivac! De rabia me habría revolcado por el suelo.

El escándalo en la posada, las quejas de la supuesta condesa, todo era una comedia de cabo a rabo, y el tuno del posadero debía ser cómplice de la maquinación. Él podría decirme quién era aquella mujer y qué camino había tomado. Saqué el sable y salí en su busca. Pero el bribón se lo temía y estaba dispuesto a recibirme. Le encontré en un rincón del corral, con un mal trabuco en la mano, y guardado por un enorme perro al cual tenía sujeto su hijo. Los dos mozos de cuadra, armados con horquillas, estaban a ambos lados y su mujer detrás de él con una descomunal linterna, para que pudiera apuntar.

—Váyase usted, caballero —me dijo al verme—. Su caballo está dispuesto y nadie se meterá con usted si sigue su camino; pero si nos ataca, considere que está solo contra tres hombres resueltos.

No me inspiraba temor más que el perro, porque las horquillas y el trabuco temblaban como hojas cuando hace viento. Reflexioné que aunque con la punta del sable le sacara la respuesta, no me quedaban medios de averiguar si decía la verdad. Era inútil trabar combate en el cual podía yo perder mucho sin esperanza de ganar nada seguro. Los miré de pies a cabeza, de tal modo, que se acrecentó su cobardía. Monté y salí a galope, mientras me llegaban a los oídos las penetrantes risas de la mujer.

Ya había tomado mi partido. Aunque había perdido los papeles, adiviné cuál podía ser su contenido y quise enterar de palabra al príncipe de Sajonia-Felstein, como si el emperador me hubiera mandado comunicarle en tal forma el mensaje. Era empresa osada y peligrosa, porque si me adelantaba mucho, podía ser desautorizado. Pero no había otro medio y merecía la pena de jugar la partida, cuya puesta era nada menos que un reino.

Media noche era cuando llegué a Hof, pero todas las ventanas estaban iluminadas, particularidad que en aquella tierra de dormilones indicaba el grado de agitación en que se encontraba el pueblo. Silbidos e irónicas risas me acogieron cuando atravesaba las calles de la ciudad llenas de gente: me rozó la cabeza una piedra, pero yo seguí mi camino sin acelerar ni acortar el andar de mi caballo, y llegué delante del palacio. Todas las ventanas estaban iluminadas brillantemente, y por la claridad se veían pasar y repasar grandes sombras. Dejé la yegua en manos de un criado, y penetrando en el palacio solicité (con acento propio de embajador) ver inmediatamente al príncipe para negocio urgente e inaplazable.

La obscuridad era completa en el vestíbulo, pero al entrar me percaté de que al anunciarme se armó gran zumbido de voces. Había importante reunión y deduje, por instinto, que en ella se decidiría el problema de la paz o la guerra. Quizá llegara a tiempo para inclinar la balanza en favor de Francia y del Imperio. El mayordomo me miró con malos ojos y me mandó entrar en una antesalita en la cual me dejó. Un

momento después volvió para decirme que entonces no me podía recibir el príncipe, pero que la princesa se enteraría de mi mensaje.

¡La princesa! ¿Para qué me serviría verla? ¿No me habían dicho ya que era alemana de alma y corazón, y que impulsaba contra nosotros al príncipe y a sus Estados?

—A quien quiero ver es al príncipe —exclamé.

—No, es a la princesa —dijo una voz cerca de la puerta.

Y entró una mujer en la habitación.

—Von Rosen —dijo—, quédese con nosotros. Vamos a ver: ¿qué tiene usted que decir al príncipe o a la princesa de Sajonia-Felstein?

Al oír aquella voz, me había levantado de pronto. A la primera mirada me estremecí de ira. No se encuentra dos veces en la vida persona de tan noble continente, con cabeza de reina y ojos tan azules como el Garona y tan fríos como sus aguas.

—El tiempo apremia, caballero —me dijo impaciente y golpeando el suelo con el pie—. ¿Qué tiene usted que decir?

—Tengo que decir —exclamé— que me ha enseñado V. A. a no fiarme de ninguna mujer. Me ha deshonrado V. A. para siempre.

Miró la princesa con el ceño fruncido a su chambelán, y preguntando:

—¿Delira de calentura, o por otra causa desconocida? Tal vez una sangría...

—Bien representa V. A. Ya veo cómo sale del paso.

—¿Qué significa esto?

—Significa que V. A. me ha robado hace menos de media hora.

—¡Ah! Esto no puede tolerarse —gritó, fingiendo encolerizarse—. Se prevale usted del título de embajador, pero ese título tiene privilegios limitados, caballero.

—¡Descaro admirable! Pero V. A. no se mofará de mí dos veces en una noche.

Me bajé y le cogí el ribete de la falda.

—Mejor habría hecho V. A. en mudar de traje, después de la carrera que se ha dado.

Coloreáronse sus mejillas y gritó:

—¡Insolente!

Y volviéndose hacia el chambelán le dijo:

—Llame usted a los guardias y mande echar a este hombre.

—Primero veré al príncipe.

—No; no verá usted al príncipe. Préndale, Rosen, préndale usted.

No sabía ella con quién se las había. Se figuraba tal vez que iba yo a aguardar a los bribones de los criados. Había descubierto el juego; su fin era interponerse entre su marido y yo, pero estaba resuelto a verme con él. De un salto me salí afuera, atravesé el vestíbulo y me precipité en el salón donde sonaba el movimiento de la reunión. Al otro extremo de la sala vi un personaje sentado debajo de un dosel. Cerca de él había una hilera de dignatarios y a cada lado distinguí vagamente la ondulación

de las cabezas que componían la vasta asamblea. Adelanté hasta el centro, con el chacó debajo del brazo y arrastrando el sable por las losas.

—Soy un enviado del emperador —proferí en alta voz—. Traigo un mensaje suyo para S. A. el príncipe de Sajonia-Felstein.

El hombre sentado debajo del dosel levantó la cabeza y pude ver su rostro pálido y enflaquecido. Tenía la espalda encorvada, como si la doblase pesada carga.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Esteban Gerard, coronel del tercer regimiento de húsares de Conflans.

Todos los ojos se fijaban en mí, pero ninguno revelaba simpatía; al contrario. La mujer me había seguido, y llegado al estrado se puso a hablar con el príncipe en voz baja con ademanes imperiosos, mientras yo me enderezaba, sacando el pecho y rizándome el bigote, mirando a mi alrededor, con calma y seguridad. En un rincón de la sala vi un grupo de hombres vestidos de negro, y envueltos en capas; conversaban misteriosamente, pero oía a cada movimiento el chasquido de sus sables y el rumor de sus espuelas.

—La carta particular del emperador me anuncia que el marqués de Saint-Armand es el encargado del mensaje —dijo el príncipe.

—El marqués ha sido asesinado traidoramente —contesté.

Mis palabras fueron acogidas con murmullos, y noté que las cabezas se volvían hacia los hombres negros.

—¿Dónde están los papeles de usted? —preguntó el príncipe.

—No los tengo.

Feroz clamor se alzó en torno mío.

—¡Es un espía! ¡A la horca con él! —chilló una voz en un rincón.

El grito fue repetido por otras doce voces. Me contenté con sacar el pañuelo para sacudir el polvo que me cubría la pelliza.

El príncipe tendió las flacas manos, y se apaciguó el tumulto.

—¿Dónde tiene usted sus credenciales y cuál es su mensaje?

—Mi uniforme equivale a las credenciales, y el mensaje lo ha de oír solamente V. A.

Se pasó la mano por la frente con el ademán de un hombre que no sabe qué hacer. La princesa seguía a su lado, con la mano apoyada en el sillón. Otra vez le hablé al oído.

—Estamos aquí reunidos en asamblea varios de mis fieles súbditos conmigo. No tengo secretos para ellos, y sea cual fuere el objeto del mensaje del emperador, el mismo interés que yo, tienen en conocerle —dijo el príncipe.

Un rumor aprobatorio acogió aquellas frases, y todos los ojos se volvieron de nuevo hacia mí. Me sentía en una situación crítica, porque una cosa es mandar 800 húsares y otra tomar la palabra ante tal auditorio. Pero fijé mi mirada en el príncipe y traté de indicarle lo que le habría dicho si hubiéramos estado solos: grité a toda voz como si hubiera estado en una parada, a la cabeza de mi regimiento:

—Varias veces habéis manifestado vuestra amistad al emperador —les dije—; ha llegado la hora de poner esa amistad a prueba. Si le sois fieles, os recompensará como sabe hacerlo. Cosa fácil es para él convertir a un príncipe en rey y una provincia en reino. Tiene fija la mirada en vosotros, y si no podéis hacerle gran daño, él en cambio puede arruinaros. En este momento pasa el Rhin con 200 000 hombres. Todas las fortalezas del país están entre sus manos. Dentro de ocho días estará aquí, y si le habéis engañado, el príncipe y el pueblo no tendrán más esperanza que Dios.

»Le creéis debilitado porque algunos de vosotros han venido de Rusia el invierno pasado con sabañones. ¡Mirad! —exclamé, enseñándoles una estrella que brillaba a través de la ventana—. Cuando desaparezca esa estrella, desaparecerá él, pero no antes.

Orgullosos habríais estado de mí, amigos míos, si hubierais podido verme y oírme, porque, mientras hablaba, hacía sonar mi sable y balanceaba mi pelliza, como si mi regimiento hubiera estado formado detrás de mí en el patio.

Todos me oían en silencio, pero el príncipe parecía que se encorvaba más, como si la carga que tenía encima le hiciera más pesado: pasó en torno la mirada con extravío.

—Acabamos de oír a un francés hablar por Francia. Hable ahora un alemán en favor de Alemania —dijo una voz.

Los concurrentes se miraron unos a otros cuchicheando. Mi discurso, pensaba yo, ha hecho efecto, y nadie se atreve a declararse contra el emperador. Pero la princesa, abarcando a la asamblea con fogosa mirada, lanzó en voz clara las siguientes palabras que vibraron entre el silencio:

—¿Contestará a este francés una mujer? ¿Es posible que entre los caballeros de la Noche de Lutzow no haya uno capaz de emplear la lengua lo mismo que la espada?

En seguida se oyeron caer sillas, y un joven se puso de pie en una mesa. Tenía las facciones de un inspirado, ojos grandes llenos de fuego y melena larga. El sable le colgaba al lado y sus botas estaban llenas de lodo.

—Es Korner —gritó la asamblea—. Es el joven Korner, el poeta, y va a cantar.

Su canto, soñador y suave al principio, evocó la vieja Alemania, madre de las naciones, sus llanuras ricas y fértiles, sus antiguas ciudades grises, sus héroes muertos en las batallas. Luego se elevó el tono y resonó como el llamamiento de un clarín. Cantó a Alemania, sorprendida de improviso y vencida, pero que se levantaba y rompía las cadenas que sujetaban sus miembros de gigante. ¿Qué era la vida para codiciarla? La madre, la madre querida, llamaba en su auxilio. Sus voces resonaban entre el viento impetuoso, exigía el socorro de sus hijos. ¿No le contestarían éstos?

¡Ah! ¡Qué canto terrible, qué cara inspirada, qué voz de clarín! ¿Dónde estaba yo? ¿Dónde estaba Francia? ¿Dónde el emperador? Aquella gente no gritaba, aullaba con delirio, de pie en sillas y mesas. Estaban locos, sollozaban, lloraban a mares. Korner había bajado de la mesa, y sus compañeros le rodeaban, blandiendo los sables.

El rostro del príncipe estaba muy colorado. Levantándose del trono, me dijo:

—Coronel Gerard, ya ha oído usted la respuesta a su mensaje. Lléveselo al emperador. Ya está resuelto, hijos míos; lucharé, y si es necesario, pereceré con vosotros.

Se inclinó para indicar que se levantaba la sesión, y aquellos hombres se dirigieron a la puerta vociferando para llevar la noticia a toda la ciudad. Yo había cumplido mi encargo valerosamente, y no sentí verme fuera, arrastrado por el remolino de la muchedumbre. ¿Qué me quedaba que hacer ya en palacio? Tenía mi contestación. Mi deber era llevársela al emperador, fuese la que fuese. No quería ver a Hof ni a sus habitantes hasta el día de volver, mandando una vanguardia. Dejé el gentío y me dirigí tristemente hacia el sitio a donde habían llevado mi caballo.

Estaba obscuro junto a las cuadras y buscaba yo algún palafrenero, cuando de pronto me agarraron de los brazos por detrás. Unas manos me cogieron las muñecas y la garganta, y se apoyó en mi oído el cañón de una pistola.

—Ni una palabra, perro francés —dijo una voz—. Ya le tenemos, capitán.

—¿Tenéis la brida?

—Aquí está.

—Pasádsela al pescuezo.

Noté que la correa me rodeaba el cuello, apretándomelo. Un mozo de cuadra tenía en la mano una linterna, a cuya luz me vi rodeado de caballeros de la Noche, que conocí por sus capas negras.

—¿Qué vais a hacer con este hombre?

—Ahorcarlo a la puerta del palacio.

—¿A un parlamentario?

—¡Un parlamentario sin credenciales!

—¿Y el príncipe?

—¡Vamos, hombre! Ya sabes que el príncipe se pondrá de nuestra parte.

—Ya no tendrá esperanza de que le perdonen, y mañana puede que vuelva sobre su decisión, como lo ha hecho hoy, pero por mucho que proteste de su fidelidad, trabajo le costará explicar la muerte del húsar.

—No, no, von Strelitz —dijo otra voz— no podemos obrar así.

—Pues voy a demostraros que sí.

En aquel momento brilló la hoja de un sable, que cortó la correa a dos pulgadas de mi cuello.

—¡Por Dios, Korner, eso es amotinarse y de ello me dará usted cuenta! — exclamó el capitán.

—He sacado mi sable como soldado y no como bandido —contestó el joven poeta—. La sangre podrá manchar su hoja, pero no la deshonrará. Compañeros, opongámonos a que se maltrate a este oficial francés.

Una docena de sables salieron de las vainas, y me pareció que era precisamente igual el número de mis defensores y el de mis adversarios. Pero el rumor de la contienda hizo que el gentío se nos acercara.

—¡La princesa! —gritaban—. ¡Dejad pasar a la princesa!

Levanté la vista y la vi delante de mí, con su suave rostro rodeado por la sombra. Razones tenía para odiarla, porque se había burlado de mí y me había robado, pero sentí un estremecimiento. No sé si hoy descansa en tierra alemana o si con la cabellera blanqueada por los años arrastra su vejez por el castillo de Hof, pero vive siempre joven en la memoria de Esteban Gerard.

—¡Qué vergüenza! —exclamó, arrancando con sus propias manos el lazo corredizo que me apretaba la garganta—. ¡La causa que defendéis es la de Dios, y empezáis por una acción tan diabólica! Este hombre me pertenece, y el primero que toque un pelo de su cabeza me responderá de ello.

Huyeron todos ante su mirada fulminante y su tono de mando. Se volvió hacia mí y me dijo:

—Coronel Gerard, sígame usted.

La seguí a la habitación donde me habían introducido al principio. Cerró la puerta y me dijo sonriendo:

—¿No es una temeridad mía encerrarme sola con usted? Porque ya no es la condesa Palotta de Polonia, sino la princesa de Sajonia-Felstein la que tiene usted delante.

—Poco me importa el nombre —contesté—. Auxilié a una mujer a quien creí en peligro, y para recompensarme me robó unos papeles y casi el honor.

—Coronel Gerard, hemos jugado usted y yo la misma partida, cuya puesta era importante. Ha demostrado usted al encargarse de una misión que no se le había confiado directamente, que nada se le pone por delante cuando se trata de la gloria de su patria. Mi corazón es tan alemán como el de usted francés, y también estoy dispuesta a todo, incluso al engaño y al robo, para auxiliar a mi patria doliente. Soy tan franca como usted.

—Todo lo que V. A. me dice, lo sé.

—Pero, ya que he jugado y ganado la partida, ¿qué mala voluntad le he de tener a usted? Le diré, de todos modos, que si otra vez me encontrara en un peligro como el que inventé en la posada de Lobenstein, no desearía encontrar protector más valiente que el coronel Gerard. Nunca creí poder sentir por un francés lo que por usted sentí

cuando le quité los papeles.

—A pesar de lo cual me los quitó V. A.

—Alemania y yo lo necesitábamos. Conocía los argumentos que contenían y el efecto que debían hacer en el príncipe. Si hubiera recibido estos papeles, nuestra causa quedaba irrevocablemente perdida.

—¿Y por qué ha recurrido V. A. a esos medios, cuando esos veinte bandidos que hace un momento querían ahorcarme, se habrían encargado del asunto?

—No son bandidos; son la mejor sangre de Alemania —contestó fogosamente—. Si le han maltratado a usted, recuerde las indignidades sufridas por los alemanes y especialmente por la reina de Prusia. Me pregunta usted por qué no le mandé coger en el camino. Había dado la orden y aguardaba en Lobenstein la noticia de la captura. Pero ha llegado usted, y no sabiendo qué hacer, me serví de las armas propias de mi sexo.

—Declaro que V. A. las ha utilizado bien. He sido derrotado, y V. A. queda dueña del campo de batalla.

—Puede usted recuperar sus papeles.

Y me los alargaba al hablar.

—El príncipe ha pasado el Rubicón^[26] —añadió—, y nada le hará retroceder. Puede usted dar esos papeles al emperador y decirle que nos hemos negado a recibirlos. Nadie le acusará a usted de haber perdido los despachos. Adiós, coronel Gerard. Lo mejor que puedo desearle es que vuelva a Francia sano y salvo, y que se quede allí. Antes de un año, no habrá sitio para un francés a este lado del Rhin.

Así jugué contra la princesa de Sajonia-Felstein una partida, cuya puesta era un reino, y la perdí. Muchas cosas tenía en la cabeza cuando emprendí el camino de Francia con *Violeta*. Pero entre los pensamientos que me asediaban, volvía siempre a ver el rostro encantador de aquella princesa, y oía la voz del soldado poeta que cantaba a su patria. Noté que había algo formidable en aquella fuerte y paciente Alemania, como cantaba el poeta, y comprendí que aquel país no puede ser conquistado. Al proseguir mi camino vi amanecer y vi también que la estrella que les había enseñado por la ventana palidecía y se extinguía en el cielo de Occidente.

De cómo ganó el brigadier su medalla

El duque de Tarento o el mariscal MacDonald, como preferían llamarle sus antiguos compañeros, estaba de muy mal humor. Su cara de escocés, larga y ceñuda, parecía una de esas aldabas grotescas que se ven en el *faubourg* Saint-Germain^[27]. Nos enteramos mas tarde de que el Emperador había dicho en broma que le había enviado al sur contra Wellington, pero que temía confiar en él entre el sonido de las gaitas^[28].

Al entrar en su despacho el mayor Charpentier y yo, comprendimos que estaba irritadísimo.

—¡Coronel Gerard, de los húsares! —gritó con voz de cabo que habla con un recluta.

Saludé.

—¡Mayor Charpentier, de la caballería de granaderos!

Mi compañero contestó.

—El emperador tiene un encargo para ustedes.

Sin decir más abrió una puerta, y haciendo una indicación para que entráramos, nos anunció en alta voz.

Por cada vez que he visto de pie a Napoleón, le he visto a caballo diez por lo menos, y a fe mía que hacía perfectamente en presentarse así entre sus tropas, pues de jinete era muy buena figura, y de pie parecía otro.

En todo el ejército apenas pudieran haberse hallado seis hombres de su estatura. A mí, que no soy exageradamente alto, no me llegaba más que hasta el hombro. Con su cabezota redonda, los hombros inclinados y la cara limpia de bigote y barba, más bien, parecía un profesorcillo de la Sorbona que el primer soldado de Francia.

Dícese que de gustos no hay nada escrito, pero por mi parte creo que si hubiese podido colocarle sobre el labio superior un bigotazo rubio como el mío, no le hubiera sentado mal.

Sin embargo, el emperador tenía una expresión firme y resuelta y unos ojos que despedían fuego. Solamente una vez me lanzó con ellos una de sus terribles miradas, pero fue bastante, y no puedo menos de confesar que hubiese preferido cargar sobre un cuadro cerrado con el caballo rendido de fatiga que volver a resistir aquella mirada. Y eso que no soy hombre que se acobarda fácilmente.

Hallábase Napoleón de pie junto a un balcón, en el otro extremo de la estancia, examinando un mapa colgado de la pared. A su lado estaba Berthier con cara de sabio, y en el momento en que entrábamos, el emperador le arrancó el sable y señaló con él un punto marcado en el mapa. Hablaba rápidamente y en voz baja, muy baja, pero oí las palabras el valle del Mosa y Berlín repetidas dos veces. En cuanto nos presentamos, el ayuda de cámara avanzó hacia nosotros, pero Napoleón se detuvo y nos indicó que nos acercáramos.

—Coronel Gerard —dijo—, creo que todavía no ha recibido usted la Legión de

Honor.

Le contesté que no la había recibido, y estuve a punto de añadir que no era por no haberla merecido, cuando me hizo callar con un gesto de impaciencia.

—¿Y usted, mayor? —añadió.

—Tampoco, señor.

—Pues bien, ahora tendrán ustedes ocasión de ganarla.

Obedeciendo una indicación suya, nos colocamos delante del mapa y puso la punta del sable de Berthier sobre el nombre de Reims.

—Les hablaré a ustedes con franqueza, caballeros —dijo como si hablara con dos amigos íntimos—. Han estado ustedes conmigo desde el tiempo de Marengo, ¿no es cierto?

El emperador se sonrió con aquella sonrisa tan singular que parecía iluminarle la cara como un rayo de sol, y sin dejar de señalar con el sable ni darnos tiempo para responder, continuó:

—Hoy 14 de Marzo tenemos el cuartel general aquí, en Reims; muy bien. Aquí, a veinticinco leguas de nosotros, está París. Hacia el Norte tenemos a Blucher, y a Schwaryenberg al Sur. Corriente. Cuanto más penetre esta gente en el país, mejor podré aplastarlos. Piensan avanzar hacia París; pues bien, que avancen. Mi hermano los esperaba allí con 100 000 hombres. Han de ir ustedes a verle y le entregarán esta carta, una copia de la cual le confío a cada uno. La carta es para decirle que yo, dentro de dos días, iré a socorrerle con infantería, caballería y artillería. Conque derechos a París. ¿Me entienden ustedes?

¡Oh, amigos míos! ¡Si os pudiera explicar la satisfacción y el orgullo que sentí al ver la confianza que tenía el emperador en Esteban Gerard! Al tomar la carta que nos entregó, hice resonar las espuelas, irguiéndome todo lo posible, a fin de hacerle comprender que era muy capaz de salir adelante en aquella empresa.

Al ver mi actitud, el emperador se sonrió ligeramente y puso una mano sobre mi hombro. ¡Qué alegría! Me sentí tan orgulloso, que hubiera cedido la mitad de mis atrasos porque mi madre me hubiese visto en aquel momento.

—Voy a indicar a ustedes —dijo Napoleón— el camino que han de seguir. Irán ustedes juntos hasta Bazoches. Allí se separarán, y el uno marchará a París por Oulchy y Benilhy y el otro por Braine, Soisson y Senlis. ¿Tiene usted algo que exponer, coronel Gerard?

Soy un militar brusco, es cierto; pero, sin embargo, sé pensar y sé expresarme cuando llega la ocasión. Comencé a hablar de las glorias y de los peligros de Francia, cuando me vi interrumpido súbitamente.

—¿Y usted, mayor Charpentier?

—Sólo deseo preguntar a vuestra majestad una cosa: si nosotros viéramos que el camino indicado por vuestra majestad es peligroso, ¿podemos elegir otro?

—El soldado no elige, obedece —respondió Napoleón inclinando la cabeza, para darnos a entender que la entrevista había terminado.

En seguida se volvió hacia Berthier, y cuando salíamos del despacho oí que hablaban y se reían alegremente.

Ya os figuraréis que tardamos muy poco en ponernos en camino.

Media hora después bajábamos por la calle Mayor de Reims, y daban las doce cuando pasamos por las cercanías de la catedral.

Yo montaba mi yegua *Violeta*, la que me quiso comprar el mariscal Sebastiani después de la toma de Dresde. En las seis brigadas de caballería ligera no había un caballo que corriese como ella. Sólo una vez en su vida perdió una carrera con el caballo del duque de Rovigo.

Charpentier, por su parte, iba jinete en un armatoste digno sólo de un granadero de a caballo o de un coracero. Era un animal de esos que tienen los lomos tan anchos como una cama, cuyas manos son parecidas a dos palos, y como Charpentier era pesado y encogido, resultaba una pareja bien extraña.

Sin embargo, era tan grande su vanidad, que se atrevió a guiñar el ojo a unas

muchachas cuando salieron al balcón a saludarme a mí, y se retorció su horroroso bigote, casi rojo, cuyas guías le llegaban a los ojos, como si fuese a él y no a mí a quien las jóvenes dirigían sus atenciones.

Cuando salimos a las afueras, tuvimos que atravesar primero el campamento francés, y más allá el campo donde se había librado la batalla el día anterior, el cual estaba todavía cubierto de cadáveres de nuestros pobres Soldados mezclados con los de los rusos.

A pesar de esto, era el campamento lo que más tristeza infundía. Nuestro ejército disminuía visiblemente. La Guardia era la que mejor estaba, por más que el batallón nuevo se componía casi todo de reclutas. La artillería y la caballería no estaban del todo mal; pero la infantería, con sus tenientillos, cadetes todos, parecía una escuela grande de muchachos con sus maestros.

Considerando que al Norte había 80 000 prusianos y al Sur 150 000 rusos, el hombre más valiente hubiera tenido poderosos motivos para ponerse triste. Por mi parte, confieso que no pude reprimir la emoción, y las lágrimas brotaron de mis ojos. Pero de repente pensé que aún nos quedaba el emperador, y que aquella misma mañana había puesto su mano sobre mi hombro, prometiéndome la cruz de honor que tan ardientemente deseaba.

Animado con estos pensamientos, hice correr tanto a mi *Violeta*, que Charpentier tuvo que rogarme que me compadeciera de su animalote, el cual venía bufando y soplando como un camello rendido. La carretera se hallaba en muy mal estado, llena de baches de dos pies de profundidad, abiertos por la artillería; así que pude menos de reconocer que tenía razón al decir que el sitio no era el más a propósito para galopar.

Nunca había tenido amistad con Charpentier y durante las veinte leguas bien cumplidas que en aquella ocasión anduvimos juntos, no pude sacarle una palabra.

Cabizbajo y con el ceño adusto, parecía estar sumido en la más profunda meditación.

Más de una vez le pregunté qué era lo que tanto le preocupaba, creyendo que podría quizás sacarle de aquel atolladero; siempre me dio la misma contestación: pensaba en el delicado encargo que nos había dado el emperador. Esto me extrañó muchísimo, porque aunque sabía que no eran muy grandes su inteligencia ni su talento, me pareció muy raro que pudiera preocuparle una cosa tan sencilla y propia de militares.

Por fin llegamos a Bazoches, donde él había de tomar el camino del Sur y yo el del Norte. Antes de separarnos, se volvió en la silla, y lanzándome una mirada singular me dijo:

—¿Qué le parece a usted, coronel?

—¿De qué? —pregunté.

—De nuestro encargo, parece muy sencillo y bien llano.

—¿Por qué nos habrá revelado sus planes el emperador?

—Porque tiene confianza en nuestra lealtad y en nuestra inteligencia.

Charpentier se echó a reír, lo que me irritó mucho, y añadió:

—¿Me permite usted preguntarle qué piensa hacer si ve que las poblaciones están ocupadas por los prusianos?

—Cumpliré las órdenes que he recibido.

—Lo cual puede costarle la vida.

—Es posible.

Otra vez soltó la carcajada el mayor; pero tan intempestivamente y con tal insolencia, que no pude menos de echar mano al sable y ya me disponía a decirle lo que pensaba de su descarada estupidez, cuando dio media vuelta al caballo y tomó la dirección opuesta. Le seguí con la vista hasta que desapareció su enorme gorro negro, y entonces proseguí mi camino, muy extrañado de su conducta. De vez en cuando me llevaba la mano al pecho para asegurarme de que estaba allí la carta que me había confiado el emperador y que en tan grande estimación tenía, porque me parecía estarla ya viendo convertida en la medalla de honor.

Todo el camino desde Bazoches hasta Sermoise fui pensando en lo que dirían mi madre y mi novia cuando la vieran.

Me detuve para dar de comer a *Violeta* en una venta situada en la margen del camino que por una cuestecita conducía a Sermoise. Era una casa rodeada de corpulentos robles, en cuyas ramas armaban una algarabía espantosa numerosos cuervos.

El ventero me dijo que hacía dos días se había retirado Marmont, y que aquella misma mañana habían cruzado los prusianos el Aisne. Una hora después, y a la luz crepuscular, vi dos centinelas en la cuesta, hacia mi derecha, y más tarde, al cerrar la noche, llamó mi atención el reflejo de las luces de un vivac.

Cuando supe que hacía dos días que Blucher se hallaba en aquel sitio, me extrañó mucho que el emperador no se hubiera enterado de que el país por el que me mandaba pasar por la carta estaba ocupado por el enemigo; pero recordé el tono de su voz cuando dijo que el soldado no debe elegir sino obedecer, y resolví seguir el camino que me había indicado, aunque me costara la vida.

Durante el trayecto comprendido entre Sermoise y Soissons, en el que la carretera sube y baja formando curvas por entre bosques de pinos, llevé preparada la pistola y la mano en el sable, avanzando apresuradamente donde el camino era recto y marchando poco a poco al franquear las curvas, como habíamos aprendido en la guerra de España.

Cuando llegué al caserío situado a la derecha de la carretera, a continuación del puente que cruza el Oise, cerca del sitio donde se levanta la imagen de la Virgen, una mujer me gritó desde el campo diciendo que los prusianos estaban en Soissons. Añadió que un escuadrón de lanceros había entrado aquella misma tarde, y que antes de media noche era esperada una división.

No esperé a oír el resto de lo que quería decirme; metí espuela a *Violeta*, y cinco minutos después entraba en Soissons.

En la bocacalle central estaban tres ulanos^[29] conversando alegremente, cada cual con una pipa muy larga en la boca y los caballos atados a un poste.

Yo les distinguí claramente a la luz que salía por una puerta entreabierta, pero estoy seguro de que ellos lo único que vieron de mí fue el color de *Violeta* y el revoloteo de mi capa.

Un momento más tarde pasé por entre una fila de ulanos que salían apresuradamente por una puerta de hierro. *Violeta* atropelló a uno y lo arrojó al suelo, y yo descargué un golpe tremendo sobre la cabeza de otro. ¡Pum! ¡Pum! Sonaron dos tiros, pero ya había dado yo la vuelta a la esquina, y ni siquiera sentí el silbido de las balas.

¡Oh, amigos míos! ¡Qué bien estuvimos mi yegua y yo! Ella corría como un galgo tras de una liebre, levantando con las herraduras una lluvia de chispas, y tan lleno de entusiasmo me sentía yo, que me puse de pie sobre los estribos blandiendo el sable.

A uno de los prusianos que trató de coger las bridas, le partí el brazo de un

sablazo, y le dejé atrás aullando de dolor y de rabia.

Dos de los de a caballo me rodearon. Le tiré un tajo a uno, y pude librarme del otro corriendo más que él. Dos minutos más tarde me vi fuera de la villa y volaba más que corría por la ancha carretera sombreada de álamos por ambas márgenes.

Durante un rato sentí el ruido de las herraduras de los caballos de mis perseguidores, pero poco a poco se fue apagando, hasta que por fin cesó por completo. Entonces me detuve para escuchar. Todo estaba en silencio, nadie me perseguía.

Bien seguro de que era así, me apeé y conduje a *Violeta* a un bosquecillo por el que corría un riachuelo. Allí la di una buena friega y dos terrones de azúcar remojados en coñac que llevaba en un frasco. Estaba rendida con aquella larga carrera, pero se repuso al cabo de media hora de descanso.

Cuando volví a montar comprendí que no sería suya la culpa si no llegábamos a París sanos y salvos en muy poco tiempo. Al poco rato conocí que íbamos entrando en las líneas enemigas, porque al acercarme a una casa de postas oí grandes voces que daban los prusianos cantando sus aires nacionales y a fin de evitar el encuentro con ellos desvié por el bosque.

Un poco más adelante aparecieron de súbito dos jinetes (los vi muy bien con la claridad de la luna) y me gritaron algo en alemán, pero yo proseguí mi camino sin hacerles caso. No me dispararon sin duda porque no estaban seguros de si era yo uno de los suyos o no lo era, puesto que sus húsares vestían igual uniforme que el nuestro. En tan críticos momentos lo mejor es hacer el desentendido, porque así pueden creer que uno es sordo.

A la luz de la luna, que era clarísima, los árboles proyectaban sombras negras sobre la carretera. Yo veía el paisaje lo mismo que si hubiera sido de día, y por cierto que todo estaba muy pacífico; únicamente hacia el Norte vi las llamaradas de una inmensa hoguera. Con el silencio de la noche, sabiendo como sabía que estaba rodeado de peligro la presencia de aquel fuego era imponente y amenazadora; pero yo no me acobardo fácilmente, así que me puse a cantar entre dientes y a pensar en mi amiga Lisette, a la que tal vez vería en París.

Marchaba preocupado con este pensamiento cuando de pronto, al dar la vuelta una curva, me encontré de manos a boca con media docena de dragones alemanes que estaban sentados alrededor de una hoguera en la orilla del camino.

Soy un militar excelente. No creáis que lo digo por alabarme, sino porque es la verdad. Hago mis cálculos en menos de un minuto y los resuelvo con la misma seguridad que si los hubiera estado pensando una semana.

En aquel momento comprendí, que fuese como fuese, me habían de perseguir, lo que no me agradaba mucho, considerando que estaba montado en una yegua que había corrido ya más de doce leguas; pero era más preferible avanzar que retroceder. En cualquiera de los dos casos no me quedaba más remedio que deshacerme de ellos como mejor pudiera, y preferí que fuese cerca de Senlis mejor que en la vecindad de

Soissons.

Comprenderéis que estos pensamientos cruzaron por mi imaginación con la rapidez del rayo, pues apenas me fijé en aquellas caras barbudas y negruzcas y en aquellas cabezas coronadas por los tremendos cascos, metí espuelas a *Violeta*, la cual echó a correr desesperadamente.

Tres de los seis dragones dispararon y los otros tres montaron en sus caballos a la carrera. Una bala dio contra el pomo de la silla, y al sentir el golpe *Violeta* salió disparada. Por un momento creí que estaba herida, pero no fue más que un rasguño en la parte superior de la rodilla derecha.

Una alegría infinita invadió mi corazón cuando comprendí que se preparaba para aquel galope largo y fácil, exclusivamente suyo, produciendo sus herraduras un ruido semejante al de las castañuelas de una bailarina andaluza.

¡Cáspita! ¡Qué griterío, qué carreras y qué ruido se armó detrás de mí! Llevado del entusiasmo que me inspiraba mi valiente corcel y de la seguridad que tenía de escapar de manos de los prusianos, me levanté en la silla y grité con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Viva el emperador!» mientras me reía y mofaba de todas las injurias y blasfemias que me dirigían mis perseguidores. Pero todavía no estaba libre. Seguro estoy de que si *Violeta* no sé hubiera hallado tan rendida habría sacado la ventaja de un kilómetro por cada cinco, pero entonces fue muy poco lo que pudo adelantar.

Un dragón, sobre todo, tenía mejor caballo que sus compañeros y venía persiguiéndome muy de cerca. Los otros dos habían quedado lo menos 200 metros atrás, y cada vez que volvía la cabeza veía que la distancia iba creciendo por momentos. Los tres restantes que se detuvieron para tirar habían quedado muy lejos. El caballo del oficial que me perseguía más de cerca era un animal magnífico, y aunque no tenía comparación con *Violeta* llegué a temer que en unas cuantas leguas se notaría el cansancio de mi yegua.

Esperé a que estuviera muy separado de sus hombres, y entonces moderé el paso poco, muy poco, con la intención de hacerle creer que realmente me estaba alcanzando. Cuando se puso a tiro de mi pistola la preparé para disparar, mientras esperaba a ver lo que hacía él. Me extrañó que no hiciera fuego, pero pronto comprendí por qué.

El muchacho, con la inexperiencia de la juventud, había sacado las pistolas de sus fundas cuando acamparon alrededor de la hoguera, y al acercarse a mí lo único que hizo fue blandir el sable y gritarme algo en su incomprensible idioma. No parecía caer en la cuenta de que estaba a merced.

Siempre moderando el paso de *Violeta*, esperé hasta que no hubo ni la longitud de un sable entre la cola gris de mi yegua el morro de su caballo.

—*¡Rendez vous!* —exclamó entonces.

—Estoy admirado —contesté— de lo bien que conoce usted nuestra lengua.

Y levantando el brazo izquierdo coloqué sobre él la pistola. Le apunté a la cara, y con la claridad de la luna pude ver cómo cambiaba de color. Pero en el preciso momento en que mi dedo tiraba del gatillo, pensé en su madre y desvié la puntería, hiriendo al caballo.

Se me figura que al caer recibió mucho daño, pues el batacazo fue terrible.

Pero yo tenía que pensar en mi carta y volví a dar rienda suelta a *Violeta*. Sin embargo, no me deshice tan fácilmente de mis perseguidores. Los dos soldados que venían detrás hicieron de su oficial el mismo caso que si hubiera sido un recluta despedido del caballo en el picadero. Dejándole al cuidado de los que venían más atrás, continuaron persiguiéndome.

Me había detenido en una cuestecita creyendo que todo aquello había terminado, pero pronto vi que no había tal y de nuevo tuve que emprender el camino; *Violeta*, irguiendo la cabeza como con orgullo, y yo blandiendo el sable para demostrar qué era lo que opinaba de los dos dragones que trataban de darme alcance.

Me estaba riendo de la pretensión de aquellos necios cuando de pronto mi corazón cesó de latir, al divisar en el otro extremo de la carretera un grupo de jinetes que sin duda me estaban esperando.

Tal vez un soldado sin experiencia hubiera creído que aquello no era más que las sombras de los álamos, pero a mí me bastó una simple ojeada para asegurarme de que eran húsares.

¡Vaya una situación la mía! Delante los húsares; detrás, los dragones. La muerte por uno y otro lado. Nunca, desde los tiempos de Moscú, recuerdo haberme visto así, entre dos fuegos. Pero por el honor de la brigada prefería yo recibir la muerte de manos de un soldado de la caballería ligera que no de uno de la otra caballería, y por consiguiente no vacilé ni un momento. Recuerdo que, al avanzar hacia los húsares, quise rezar (pues me daba ya por muerto); pero había perdido la costumbre de estas cosas, y lo único que en aquel trance tuve presente fue la oración que repetíamos los chicos en las vísperas de vacaciones para pedir a Dios que nos diera buen tiempo.

A falta de otra cosa mejor me pareció que debía rezar aquella oración, y estaba murmurándola entre dientes cuando de repente oigo hablar en francés a los que tenía delante de mí.

¡Oh, Dios mío, qué alegría! ¡Qué satisfacción tan inmensa! ¡Cómo se ensanchó mi corazón! ¡Aquellos pícaros húsares eran de los nuestros, de los de Marmont!

Mis dos perseguidores huyeron a escape despavoridamente, mientras yo me acercaba a mis amigos sin prisa ninguna, para darles a entender que aunque un húsar se vea obligado a correr no acostumbra a huir. Sin embargo, es posible que los ijares palpitantes de *Violeta* y su hocico cubierto de espuma les hicieran suponer otra cosa. Para que mi alegría fuese mayor tuve la dicha de ver a la cabeza de los húsares al viejo Bouvet, un oficial a quien salvé en Leipzig. Cuando me reconoció, sus ojillos grises se llenaron de lágrimas, lo que me impresionó vivamente.

Le referí la misión que llevaba, y cuando le dije que tenía que pasar por Senlis se echó a reír.

—¡Es imposible! —exclamó—. Está ocupado por el enemigo; no puede usted pasar por allí.

—Prefiero pasar por donde está el enemigo —añadí—; por el mismo Berlín pasaría si me lo hubiese mandado el emperador.

—¿Pero por qué no va usted directamente a París con la carta? ¿Por qué ha de pasar usted precisamente por los sitios donde es casi seguro que le matarán o por lo menos le harán prisionero?

—Un soldado no elige —contesté—, un soldado obedece.

Repetí las palabras de Napoleón irguiéndome orgullosamente y con la misma entonación con que él las dijo.

Bouvet se echó a reír, y tan poca gracia me hizo su risa que para hacerle entrar en razón tuve que lanzarle una mirada.

—Bien —dijo luego—, más vale que venga usted con nosotros. Tenemos orden de patrullar de aquí hasta allá. Más adelante hay un escuadrón de lanceros polacos de Poniatowsky. Si tanto empeño tiene usted en pasar por Senlis, tal vez podremos acompañarle.

Y de nuevo emprendimos el camino, interrumpiendo el silencio de la noche con el chis chas de las cadenillas y el retintín de los sables hasta que alcanzamos a los polacos, arrogantes soldados todos ellos, aunque algo pesados por sus caballos. Sin embargo, daba gusto verlos, pues no se hubieran portado mejor ni aun siendo de mi regimiento.

Caminamos juntos y a primera hora de la mañana vimos las luces de Senlis. Un aldeano que venía por la carretera guiando un carro nos dijo cómo andaban allí las cosas.

Aseguró que todo cuanto nos refería era la pura verdad, pues un hermano suyo era cochero del alcalde y había hablado con él a hora muy avanzada de la noche anterior. En la casa del alcalde, el edificio más grande de la localidad, situada en la esquina de la plaza, se hallaba acuartelado un escuadrón de cosacos. En un bosque inmediato, hacia el Norte, estaba una división completa de infantería prusiana, pero dentro de Senlis no había más que cosacos. ¡Ah! ¡Qué ocasión se nos presentaba para tomar venganza de aquellos bárbaros, cuyas brutalidades para con nuestros pobres campesinos habían llegado a ser el tema de las conversaciones en los

campamentos...!

Asaltamos la ciudad como un torrente devastador: echamos a rodar a los centinelas, pasamos por encima de los guardias y rompimos las puertas de la casa del alcalde antes de que pudieran darse cuenta de que en veinte leguas alrededor no había ni un solo soldado francés.

Se asomaban a las ventanas los horrorosos cosacos con sus caras barbudas, el pelo desgredado y sus grandes gorras de piel, frotándose los ojos y abriendo una boca de lobo. Luego armaron un barullo infernal, dando gritos de ¡hurra!, ¡hurra! Y empezaron a hacer fuego con las carabinas; pero los nuestros les atacaron con arrojo, y los tuvieron cogidos por el cuello antes de que hubieran despertado del todo.

Era horrible el ver cómo se lanzaban sobre ellos los polacos; parecían lobos hambrientos, que se hallaban de repente con un rebaño de ovejas bien cebadas. Supongo que sabréis que los polacos sienten desde hace muchos años un invencible odio de raza hacia los cosacos.

La mayor parte fueron muertos en las habitaciones del piso principal, y la carnicería fue tan espantosa que la sangre caía en abundancia al piso bajo, como lluvia que penetra por un techo agrietado. Son terribles los soldados polacos.

Pues bien, en aquel momento cometí yo un error muy grave, hay que reconocerlo. Hasta entonces, había seguido al pie de la letra las órdenes y las instrucciones que se me habían dado; pero lo que hice después lo condenaría cualquier oficial y apenas lo disculparía un soldado.

No cabía duda de que estaba rendida *Violeta*, pero también es verdad que podía haber continuado el viaje para llegar poco después al sitio donde ya no hallaría más enemigos en todo el resto del camino.

¿Pero qué húsar puede pasar sin detenerse donde haya una contienda? Es pedir demasiado: es casi un imposible. Además calculé que, si *Violeta* descansaba una hora, ganaría luego por lo menos tres en el camino.

Por otra parte, aquellas cabezas desgredadas y los gritos de los cosacos eran para mí una tentación; así es que salté de la silla, sujeté a *Violeta*, atando las bridas a un poste, y corrí hacia la casa del alcalde con los demás. Cierto que llegué tarde para ser útil y que casi me hirió con su lanza uno de aquellos salvajes moribundos, pero siempre me ha parecido una verdadera lástima el perder la escaramuza más insignificante, porque nunca se sabe dónde está la ocasión de ganar nuevos laureles. En algunas de esas escaramuzas he presenciado más hechos de armas dignos de recompensa que en las grandes batallas dirigidas por el emperador.

Cuando ya nos habíamos apoderado de la casa di de beber a *Violeta*, y el guía que llevábamos nos enseñó dónde guardaba el alcalde el forraje, que el pobre animal comió con muy buena gana. En seguida le di una buena friega con una esponja empapada en vinagre y agua, y dejándola otra vez bien atadita volví a la casa en busca de provisiones para mí, a fin de no verme precisado a detenerme hasta que llegara a París.

Y ahora llego a la parte de mi historia que tal vez os parecerá extraña, por más que pudiera contaros diez aventuras, más extrañas todavía, que he corrido en diversas épocas de mi vida. Bien podéis comprender que quien ha pasado muchos años en los campos de batalla habrá tenido ocasiones de ver cosas extrañas, y aun de tomar parte en ellas.

Bouvet me esperaba en la entrada cuando regresé a la casa y me invitó a beber un vaso de vino con él.

—Pero tenemos que andar listos —dijo—, porque en aquel bosque hay diez mil hombres de infantería enemiga.

—¿Dónde está el vino? —pregunté.

—Me parece que dos húsares como nosotros no tardarán en encontrarlo —me contestó riendo.

Y tomando una vela en la mano se dirigió al pasillo que conducía a la cocina, donde dimos con una puertecita que, por una escalera de caracol, conducía a su vez a la bodega.

Las botellas vacías y rotas que vimos esparcidas por el suelo demostraban bien claramente que los cosacos nos habían precedido en la visita. Sin embargo, aún pudimos apreciar que el alcalde era amigo de los buenos vinos, y probablemente no tendré nunca mejor surtido donde elegir. Chambertín. Graves y Micanti, vinos blancos y tintos, vinos chispeantes y vinos sencillos... de todo había. Las botellas estaban colocadas entre serrín, formando pirámides, que llenaban de alegría el corazón.

Bouvet, con la vela en la mano, miraba de aquí para allá gruñendo de contento como un gato ante una cazuela de leche. Eligió una botella de Borgoña, y ya extendía la mano para recogerla cuando resonó una tremenda descarga de mosquetes seguida de un griterío infernal, como en mi vida lo he oído.

Bouvet era hombre valiente, no hay por qué negarlo; desenvainó el sable y echó a correr escalera arriba. Yo le seguí, pero llegar a la cocina, una batahola espantosa, horrible, nos puso al tanto de que la casa había sido asaltada por la infantería prusiana.

—Se acabó todo, Bouvet —dije cogiéndole por la manga.

—Aún queda uno para morir —gritó.

Y subió precipitadamente la segunda escalera. En su lugar yo hubiera hecho lo mismo, pues se había descuidado al no colocar centinelas avanzados que le avisasen la llegada de las tropas.

Mi primer impulso fue el de seguirle; pero luego pensé en la importante misión que se me había confiado y se me ocurrió que, si me mataban a mí, la carta no llegaría nunca a su destino. Por tanto, le dejé que se fuera solo, y volviendo a bajar a la bodega, entré y cerré la puerta con cuidado. Pero tampoco allí era mi situación menos difícil.

Cuando llegó a nuestros oídos el estruendo de la descarga, Bouvet dejó escapar la vela de la mano, y como la bodega estaba completamente a oscuras, no hacía yo más que tropezar con las botellas rotas. Por fin logré dar con la deseada vela, que había ido a parar debajo de un tonel; pero por más que procuré encenderla con mi caja de yescas, no pude conseguirlo. La mecha se había mojado en un hoyito de vino, y tuve que cortarla con el sable hasta que logré encenderla. Ya tenía luz; ¿pero qué hacer? Los prusianos se iban poniendo roncós con tanto gritar, y sin duda pretenderían remojarse las gargantas. Bajarían a la bodega, y ¡adiós carta del Emperador, adiós

cruz, adiós Gerard...! Pensé en mi madre, pensé en Napoleón... y lloré, sí, amigos míos, lloré ante la idea de que la primera perdería a su hijo y el ejército su mejor oficial de caballería.

Meditando un instante recobré en seguida la serenidad y dije para mis adentros:

—¡Ánimo, muchacho! ¿Cómo se entiende que un militar que ha regresado de Moscú sin una simple herida se deje ahora morir en una bodega francesa?

Me puse de pie y llevé la mano al pecho, donde guardaba oculta la carta del Emperador. El crujido del papel parecía infundirme aliento.

Lo primero que se me ocurrió fue prender fuego a la casa y escapar en el tumulto y la confusión que se armaría. Luego, me pareció que lo mejor sería ocultarme en una barrica vacía.

Comencé a buscar una, cuando por casualidad me fijé en una puertecita pintada del mismo color gris de las paredes. Estaba tan bien disimulada, que sólo una vista tan excelente como la mía hubiera podido dar con ella. La empujé y me pareció que estaba cerrada con llave; pero después cedió un poquito, y pronto comprendí que alguna cosa impedía que se abriese por completo. Puse los pies sobre un barril, y dando un soberbio empujón se abrió de par en par, tan de repente, que caí de espaldas todo lo largo que soy y la vela se me escapó de las manos.

Me levanté, púseme a examinar la obscuridad en la misma entrada de la puerta y vi que en el otro extremo y por un hueco del techo penetraba un pequeño rayo de luz. Entonces comprendí que había amanecido y pude distinguir las curvas de buen número de barriles grandes, los cuales me hicieron suponer que allí guardaba el alcalde sus reservas de vinos hasta que se hicieran añejos.

Fuera como fuese, aquel sitio me pareció el mejor para ocultarme. Me volví para cerrar la puerta y en el mismo momento vi algo que me llenó de asombro.

Ya he dicho que en el otro extremo de la bodega interior, y por un hueco del techo, entraba un pequeño rayo de luz; pues bien, en el instante en que me volví para cerrar la puerta vi a un hombre alto y grueso que, de un salto, pasó de la tenue claridad a lo más obscuro del otro lado.

Pasó como una sombra, pero tuve tiempo de observar que llevaba en la cabeza una gorra de cosaco y un sable en la cintura. Confieso que me estremecí ante la idea de hallarme a solas en aquel lugar con semejante tipo. Pero mi temor no duró más que un momento.

—¡Ánimo, muchacho! —me dije—. Ten en cuenta que eres un húsar, que eres todo un señor coronel a los treinta y un años y que tienes que cumplir una misión de tu emperador.

Además se me ocurrió que aquel cobarde que se ocultaba detrás de unos barriles tenía más motivos para temerme a mí que yo a él, y entonces comprendí que tenía miedo de mí, un miedo terrible.

Claro estaba que por eso había ido a ocultarse como una rata perseguida por un gato, y que él fue quien impidió que al principio se abriese la puerta y no un barril,

como yo creía.

—¿Conque él es el perseguido y yo el perseguidor? ¡Hola, hola!

De gusto se me erizaba el bigote al pensarlo. Era preciso enseñar a aquel perro del Norte que no trataba con ningún chiquillo, y me dispuse a hacerlo así.

Al principio temí encender la vela, por sí tal vez tenía algún arma de fuego y la luz le servía de blanco; pero cuando me di un golpe en un hombro contra un barril y se me enredaron las espuelas en una cuerda, comprendí que sin luz no podría hacer nada y la encendí.

En seguida, blandiendo el sable, avancé hacia el cosaco gritando:

—¡Salga usted de ahí, grandísimo bribón! Nada, podrá salvarle! ¡Por fin hallará su merecido!

Levanté la vela en el aire, y después de un momento vi la cara de un hombre que me miraba fijamente por encima de uno de los barriles. En cuanto mis ojos se fijaron en él comprendí que era un hombre de educación y oficial de alto grado.

—Un francés —añadí—, sabe cómo debe tratar a un enemigo desgraciado. No tema usted por su vida.

Sin más me entregó el sable por encima del barril, y yo me incliné respetuosamente poniendo la vela sobre el corazón.

—¿A quién tengo el honor de hacer prisionero? —pregunté.

—Soy el conde Boutkine, de los cosacos del emperador. Salí con mi batallón para explorar hasta Senlis, y como no vimos rastro ninguno de vuestro ejército, resolvimos pasar la noche aquí.

—¿Y pecaría de indiscreto —añadí— si preguntara a usted cómo se encuentra en esta bodega?

—Nada más sencillo. Teníamos intención de ponernos en camino en cuanto amaneciera; sentí mucho frío después de vestirme, y creyendo que un vaso de vino no me caería mal, bajé aquí a ver si lo hallaba. Cuando más engolfado estaba buscándolo fue tomada por asalto la casa; pero tan de repente que, al subir yo a la cocina, todo había terminado. Lo único que podía hacer era salvar la vida; volví a bajar aquí y me metí en la bodega interior, donde me ha encontrado usted.

Recordé cómo se había portado Bouvet hallándose en el mismo trance, y las lágrimas asomaron a mis ojos al contemplar la gloria de mi país. En seguida me puse a pensar qué debía hacer.

Era evidente que, no habiendo oído el conde las descargas desde el sitio en que se había refugiado, no sabía que la casa había vuelto a caer en manos de los prusianos. Si llegaba a enterarse de esto variarían por completo las cosas, y yo sería prisionero suyo en vez de serlo él mío. ¿Qué hacer? Pensándolo estaba cuando se me ocurrió una idea feliz.

—Señor conde Boutkine —dije—, me encuentro en una situación difícilísima.

—¿Y por qué? —preguntó.

—Porque he prometido respetarle la vida.

—¿Pero no retirará usted su palabra? —dijo algo abatido.

—Si llegara a suceder —contesté—, moriría defendiéndole, pero las dificultades son grandes.

—¿Pues qué ocurre?

—Le hablaré a usted con franqueza. Nuestros hombres, y sobre todo los polacos, sienten tal odio hacia los cosacos, que sólo la vista del uniforme los pone furiosos. Inmediatamente se arrojan sobre el que lo lleva y lo descuartizan sin piedad. Ni aun nosotros, los oficiales, podemos contenerlos.

El conde palideció al oír mis palabras y la solemnidad con que las pronuncié.

—¿Pero eso es terrible! —exclamó.

—Si subiéramos ahora juntos no respondería yo de poder protegerle.

—Estoy a su disposición. ¿Qué quiere usted que hagamos? ¿No sería preferible que me quedara aquí?

—Eso sería lo peor de todo.

—¿Por qué?

—Porque dentro de unos minutos los nuestros saquearán la casa y entonces le harían a usted pedazos. No, no; yo necesito subir y darles la noticia. Pero así y todo, en cuanto vean el maldito uniforme no sé lo que sucederá.

—En ese caso será mejor que me lo quite, ¿no le parece a usted?

—¡Excelente! Es una idea luminosa. ¡Ah! Ya sé lo que hemos de hacer. Se quitará usted el uniforme y se pondrá el mío; eso le protegerá contra todo francés.

—No es a los franceses a quienes temo, sino a los polacos.

—Lo mismo da; mi uniforme le servirá a usted de salvaguardia contra cualquiera.

—No sé cómo agradeceré. ¿Pero y usted qué se pondrá?

—Me pondré su uniforme. Es mi deber arriesgarme, pero nada temo. Subiré vistiendo su uniforme. Un centenar de sables me rodearán. ¡Alto ahí! Gritaré. ¡Soy el coronel Gerard! Entonces me mirarán a la cara y me reconocerán. En seguida les hablaré de usted. Vestido con mi ropa será sagrado para todos.

Temblando de impaciencia comenzó a desabrocharse la túnica. Las botas y el pantalón eran casi iguales a los míos, así que no hubo necesidad de cambiarlos; pero le di mi chaqueta de húsar, mi dolmán, mi chacó, mi cinturón y mi sable, y él me entregó su gorra de piel con la chapa de oro, su largo gabán adornado con piel y el sable curvo. Harto supondréis que no me olvidé de cambiar también las chaquetas interiores y de trasladar la carta de un bolsillo a otro.

—Con permiso de usted —dije cuando habíamos terminado— le ataré ahora a un barril.

Esto no le hizo mucha gracia, pero en mis muchas aventuras he aprendido que no debe omitirse nunca ninguna precaución. ¿Quién me decía a mí que, en cuanto diera yo media vuelta, no se enteraría el conde del verdadero estado de las cosas, echando a perder mis planes?

En el momento en que le hablaba, hallábase recostado contra un barril. Di seis veces la vuelta a su cuerpo con una cuerda y luego até un nudo bien fuerte atrás. Si se empeñaba en seguirme, tendría que traerse a la espalda un barril de mil litros de buen vino francés. En seguida cerré la puerta de la bodega interior para que no oyese el ruido, y arrojando la vela, subí la escalera hasta llegar a la cocina.

Sólo había unos veinte escalones; pero, sin embargo, mientras los subía, tuve tiempo bastante para pensar lo que debía hacer.

Me sucedió lo mismo que en Eylau, cuando tendido en el campamento con la pierna rota, vi que toda la artillería se me venía encima. Por supuesto, no se me ocultaba que, si me llegaban a conocer, me fusilarían en el acto por haberme puesto el uniforme del enemigo dentro de sus mismas filas. Pero después de todo sería una muerte gloriosa, prestando un servicio especial al emperador, y en el *Moniteur* me dedicarían cinco o seis líneas. A Palaret le dedicaron ocho, y eso que su carrera no fue tan brillante como la mía.

Cuando salí al pasillo, con toda la calma y el descaro que pude reunir, lo primero con que tropecé fue con el cadáver del pobre Bouvet, con las piernas encogidas y en la mano el sable roto. Por la mancha negra que tenía en la frente comprendí que le habían tirado a boca de jarro. Hubiera querido detenerme para dedicarle el postrer saludo, porque fue un hombre digno, pero temiendo que alguien me viese pasé adelante.

Toda la antesala estaba llena de soldados prusianos ocupados en abrir troneras en las paredes, como si temieran un nuevo ataque. El oficial, un hombrecillo flaco, corría de aquí para allá dando órdenes. No se fijó siquiera en mí; pero otro que tranquilamente fumaba una larga pipa en la entrada de la puerta se me acercó, y tocándome en el hombro me señaló nuestros pobres húsares muertos y se echó a reír a carcajadas diciendo algo que no supe entender.

Yo también me reí mientras repetía las únicas palabras que sabía en ruso. Me las enseñó la pequeña Sofía en Wilna, y significaban: «Si hace buena noche nos veremos bajo el roble grande, pero si llueve nos encontraremos en el establo».

Para el alemán fue lo mismo que si hubiera comprendido todo lo que me dijo... y sin duda creyó que yo era muy gracioso, porque riéndose otra vez como un loco me dio unas palmaditas en la espalda, como si quisiera felicitarme por mi ingenio.

En seguida, inclinando la cabeza y riéndome a todo trapo, salí por la puerta con todo el aplomo que hubiera podido demostrar el comandante del regimiento. Fuera había más de cien caballos, pertenecientes en su mayor parte a los difuntos polacos y húsares.

Violeta estaba entre ellos esperándome con paciencia, y el pobre animal al verme se puso loco de contento... Pero no quise montarle, ¡quizá! Era demasiado listo para hacerlo. Muy al contrario, elegí un caballito ruso, el más peludo que vi, y le monté descaradamente. En el pescuezo tenía un saco lleno de botín. Coloqué este saco sobre *Violeta*, y tomándola por las bridas la conduje a mi lado.

Jamás se había visto un retrato más fiel del cosaco que vuelve del saqueo. Por entonces la villa se encontraba llena de prusianos que inundaban las calles y paseos, y al pasar yo por entre ellos me señalaban diciendo, según pude adivinar por los gestos:

—Ahí va uno de esos diablos de cosacos. Ésos sí que saquean de veras.

Dos o tres oficiales me hablaron con aire de autoridad; pero yo, meneando la cabeza y sonriendo, les dije por toda contestación en ruso:

—«Si hace buena noche nos encontraremos bajo el roble grande, pero si llueve nos veremos en el establo».

Al oír esto se encogieron de hombros y prosiguieron su camino sin ocuparse más de mí. También yo seguí la marcha sin más novedad, hasta que llegué a las afueras, hacia el Norte de la villa. En la carretera vi dos centinelas, lanceros, con sus plumajes negro y blanco, y dije para mi capote:

—Si llego a pasar de aquí soy hombre libre.

Así pensando hice trotar al potrito, mientras *Violeta*, frotando el morro contra mi rodilla, parecía preguntarme qué había hecho ella para que aquel animalucho feo fuera preferido por mí. Me faltarían unos cien metros para llegar a los centinelas, cuando vi que venía galopando por la carretera un cosaco.

¡Oh, amigos míos! Meted la mano en vuestro pecho y podréis apreciar lo que yo sentí cuando, después de haber vencido tantísimas dificultades, me encontré a última hora con una que parecía iba a desbaratarlo todo. Confieso que, al principio, casi llegué a desanimarme y darme por vencido, pero luego cambié de parecer y resolví obrar como las circunstancias lo exigieran. Desabroché dos botones de la túnica a fin de poder sacar pronto la carta del emperador, pues estaba decidido a tragármela en cuanto perdiera la última esperanza y morir con el sable en la mano. En seguida saqué el sable del cosaco que llevaba en el cinturón y continué la marcha hacia los centinelas. Al principio querían detenerme, pero yo señalé al cosaco, y creyendo entonces que salía a su encuentro, me dejaron pasar con sólo el saludo.

Inmediatamente metí espuela al potrito, calculando que si mi encuentro con el cosaco se realizaba fuera del alcance de los centinelas, no tendría gran dificultad en vencerle, y al irme acercando a él vi que, así como yo, era oficial y llevaba en la gorra una chapa de oro igual que la mía. Sin querer me ayudó deteniendo su caballo y esperando a larga distancia de los centinelas, cuando de pronto noté que, según avanzaba yo hacia él, la mirada de sorpresa de sus ojos trocóse en una de sospecha, que aumentaba más y más al fijarse en mi uniforme, en mi caballito y en mi equipo.

Ignoro qué era lo que le llamaba la atención, pero lo cierto es que veía algo que le causaba grande extrañeza. Me hizo una pregunta a voz en grito, y viendo que yo no

contestaba, desenvainó el sable. Me alegré mucho de que lo hiciera así, pues he preferido siempre batirme que destrozar a un enemigo sin precedentes. Avancé hacia él a galope tendido, y desviando el sablazo que me tiró, hundí la punta de mi sable debajo del cuarto botón de su túnica.

Cayó desplomado, y tal era su peso, que casi me arrastró con él antes de que pudiera desligarme.

No me detuve para ver si estaba muerto o vivo, pero salté del potrillo, monté a *Violeta*, y con una sacudida de las bridas, y despidiéndome de los centinelas con un grito, partí a todo galope. Por supuesto, me persiguieron gritando y chillando; pero *Violeta* había descansado y estaba tan ágil como cuando emprendimos el viaje.

Tomé el primer camino hacia el Oeste y más allá otro al Sur, que sabía me había de llevar fuera del país ocupado por el enemigo. Cuando llegué a un gran trecho de carretera ancha, y mirando hacia atrás no vi señal ninguna de mis perseguidores, comprendí que habían terminado mis tribulaciones.

Mi corazón se ensanchaba con la idea de que había cumplido las órdenes del emperador al pie de la letra. ¿Qué me diría cuando me presentara en su despacho? ¿Qué palabras podría pronunciar que hicieran justicia a los grandes, a los increíbles esfuerzos por mí realizados para vencer tantísimas dificultades y tan graves peligros? A pesar de haber tenido que luchar con los húsares, los dragones, los cosacos, los lanceros y la infantería, había salvado la carta que me confió, saltando por encima de todo.

Cuando llegué a Caumartín vi las primeras señales de los nuestros. En una cuestecita se hallaba un escuadrón de dragones, a quienes reconocí en seguida por los cascos de crin.

Avancé hacia ellos para preguntar si había algún nuevo peligro entre Caumartín y París, y al acercarme sentí tal orgullo por haber cumplido mi misión tan perfectamente, que no pude menos de blandir el sable en el aire dando muestras de alegría.

Al verme, un joven oficial salió a mi encuentro y correspondió cortésmente a mi saludo. Viendo que mi presencia despertaba tanto entusiasmo, sentí una satisfacción vivísima; hice caracolear graciosamente a *Violeta* delante del oficial, y al juntarnos agité el sable con mal disimulada arrogancia. Pero figuraos cuál sería mi asombro cuando el oficial me dirigió una cuchillada, que irremisiblemente me hubiera partido la cabeza si no me hubiese inclinado hasta ponerme casi al nivel de las de *Violeta*. ¡Cáspita! El sable pasó bando por encima de mi gorra.

Toda la culpa la tenía el maldito uniforme que llevaba puesto, y del que ya no me acordaba. Al verlo el dragón francés, creyó que era yo un cosaco que venía desafiando a la caballería francesa.

¡Pero qué cara puso cuando le dije quién era yo y lo poco que había faltado para que matara al famoso coronel Gerard!

El camino hasta Saint-Denis estaba libre, y llegué allá a eso de las tres de la tarde;

pero para ir de Saint-Denis hasta París necesité más de tres horas, porque la carretera estaba ocupada por los carros de la intendencia y los cañones de la reserva de artillería que se dirigían al Norte, donde se hallaban Marmont y Morder.

No os podéis figurar la excitación que causó mi presencia en París con aquel uniforme. Tan grande fue el entusiasmo, que cuando llegué a la rué Rívoli no bajaban de mil las personas que me seguían.

Los dragones (dos de ellos habían venido acompañándome) esparcieron la noticia de mis aventuras y contaron cómo me había valido para procurarme aquel uniforme. Aquello fue un triunfo grande para mí. Los hombres gritaban y las mujeres agitaban los pañuelos desde los balcones y enviaban besos.

Aunque soy hombre exento de toda vanidad, confieso que me fue muy agradable en esta ocasión la buena acogida que me dispensaban mis compatriotas.

Cuando en la bodega me puse el gabán del conde prusiano, me venía algo ancho por delante, pero al hallarme en París me había hinchado tanto de orgullo, que me estaba prieto.

Violeta alzaba la cabeza no menos orgullosa que yo, como si quisiera decir: «¡Ahora sí que la hemos hecho! No hay quien nos gane a mi dueño y a mí para esta cosas».

Al llegar a la puerta de las Tullerías me apeé y le di un beso en medio del hocico, lo que produjo un alboroto grande y armó griterío como si hubiera leído un Boletín del Gran Ejército.

Mi uniforme no era el más a propósito para visitar a un rey; pero después de todo, cuando se tiene buen cuerpo y verdadero aire militar, no importa mucho la indumentaria. En seguida me condujeron ante José Bonaparte, a quien había visto muchas veces en España. Me pareció tan grueso, tan apacible y tan amable como siempre.

Talleyrand estaba con él cuando entré, Debería quizás llamarle el duque de Benevento, pero prefiero los nombres antiguos. Después que el rey hubo leído la carta, se la entregó a Talleyrand, quien la leyó también. En seguida, mirándome con sus relucientes ojillos grises y sonriéndose de una manera singular, me preguntó:

—¿Ha sido usted el único enviado?

—Hubo otro, señor —respondí—: el mayor Charpentier, de los granaderos de a caballo.

—Pues no ha llegado aún —observó José Bonaparte.

—Señor —añadí—, si hubierais visto las patas de su caballo, no os extrañaría la tardanza.

—Puede haber otras causas —dijo Talleyrand.

Ambos me cumplieron afectuosamente, haciendo grandes elogios de mi persona, aunque podían haber dicho mucho más y aún hubiera sido poco.

Inclinándome respetuosamente salí de la regia estancia lo más pronto que pude, pues detesto la corte tanto como aprecio el campamento, y me dirigí a casa de mi

amigo Chaubert, quien me entregó su uniforme, que me sentaba admirablemente.

Aquella noche cenamos juntos Lisette, él y yo, y pronto olvidé los peligros que había corrido.

A la mañana siguiente encontré a *Violeta* dispuesta para otra tiradita de veinte leguas, y os aseguro que no tardé en ponerme en camino, pues estaba impaciente por oír las palabras de congratulación del emperador y recibir mi cruz de la Legión de Honor.

Ya comprenderéis que regresé por un camino bien seguro, pues estaba harto de prusianos y cosacos.

Pasé por Meaux y Thierry, y así pude llegar al anochecer a Reims, donde se hallaba todavía el emperador.

Noté grandes cambios en el campamento. Habían sido enterrados todos los cadáveres, lo mismo los de nuestros hombres que los de los rusos; los soldados tenían aire de mejor cuidados; habían llegado más caballos para la tuerza de caballería... en fin, todo estaba en perfecto orden. Es maravilloso lo que puede hacer un buen general en un par de días.

En cuanto llegué al cuartel general, pasé a las habitaciones del emperador, a quien encontré sentado ante una mesa (en que había extendido un mapa grande) tomando café.

Berthier y MacDonald, inclinados uno sobre cada hombro de Napoleón, escuchaban lo que decía, pero hablaba tan deprisa, que juraría que no se enteraban de la mitad de sus palabras. Apenas sus penetrantes ojillos se fijaron en mí, arrojó la pluma con un gesto de impaciencia y se adelantó hacia donde estaba, dirigiéndome una mirada que me dejó helado.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —me preguntó.

Cuando se incomodaba tenía una voz como el graznido de un pavo real.

—Señor —dije—, tengo el honor de manifestaros que he entregado vuestra carta al rey José.

—¿Qué dice usted? —gritó poniendo unos ojillos relucientes.

¡Ay qué ojos aquéllos! Cambiando de gris a azul y de azul a verde, le penetraban a uno como si fueran una bayoneta.

En seguida, dirigiéndose a Berthier, dijo el emperador:

—¿Qué ha sido de Charpentier?

—Está prisionero.

—¿De quién?

—De los rusos.

—¿Lo cogieron muchos?

—No, señor; un cosaco sólo le hizo prisionero.

—¿Se entregó?

—Sin resistencia.

—Es un oficial inteligente. Cuidará usted de que se le entregue la cruz.

Cuando oí esto tuve necesidad de frotarme los ojos para asegurarme de que estaba despierto.

—En cuanto a usted —continuó el Emperador acercándose como si hubiera querido pegarme—, cabeza de chorlito, ¿para qué cree usted que le di semejante comisión? ¿Se ha figurado usted, ni por un momento, que hubiera confiado a sus manos una carta de verdadera importancia, grandísimo estúpido? ¿Cómo había de mandarle pasar por los pueblos que sabía estaban ocupados por el enemigo llevando semejantes noticias? Lo que no puedo calcular es cómo ha conseguido usted salir ileso; pero si su compañero hubiera tenido tan poco talento como usted, mi plan de campaña estaría completamente trastornado. ¿No llegó usted a comprender, necio, que la carta contenía noticias falsas, y que yo le envié para despistar al enemigo, mientras realizaba un plan enteramente opuesto?

Cuando oí estas palabras y vi la cara pálida y los ojos de cólera que ponía el emperador, tuve que apoyarme en una silla, pues todo parecía dar vueltas a mi alrededor y las rodillas casi se negaban a sostenerme. Pero después de unos momentos me animó la idea de que, por lo menos, era yo un caballero que sabía

cumplir su palabra y que había pasado toda su vida trabajando para aquel hombre y para Francia.

—Señor —dije sin poder contener las lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos—, cuando tratáis con un hombre como yo, haríais mejor en hablarle con franqueza. Si hubiese sabido que queríais que la llegase a poder del enemigo, hubiera procurado que llegase; pero como creí que debía ocultarla de todos, lo hice así, y estaba dispuesto a sacrificar mi vida por la carta. Señor, no creo que hombre ninguno en el mundo haya tropezado con mayores dificultades ni más peligros que los que yo he vencido, procurando cumplir lo que creí era vuestra voluntad.

Sequé las lágrimas de mis ojos, y con toda la energía y todo el ánimo que me fue posible referí cuanto me había sucedido. La carrera por Soissons, el tropiezo con los dragones, mi aventura en Senlis, el encuentro con el conde de Boutkine en la bodega, el cambio de uniformes, el último choque con el oficial ruso, la huida de los lanceros y cómo, cuando ya me creía libre de todos los peligros, faltó muy poco para que me matara un oficial francés.

El emperador, Berthier y MacDonald escucharon mi relato con el asombro pintado en sus semblantes.

Cuando terminé, se acercó Napoleón y me dio un pellizco en la oreja.

—Vaya, vaya —exclamó—, olvide usted lo que antes le dije. Hubiera hecho mejor en tratarle con más confianza. Puede usted retirarse.

Me dirigí hacia la puerta, y ya tenía la mano en el pestillo, cuando con una palabra, me detuvo el Emperador.

—Cuidará usted, duque —dijo dirigiéndose al duque de Tarento—, de que se le entregue al coronel Gerard la Legión de Honor, pues aunque tenga la cabeza muy dura, tiene en cambio el corazón más valiente de todo mi ejército.

De cómo el brigadier fue tentado por el demonio

Se acerca la primavera, amigos míos. Veo ya las nacientes hojas de los castaños y las mesas del café las han sacado al sol. Mucho más agradable sería sentarse en ellas, pero no quiero referir mis aventuras en público.

Por eso quiero que nos reunamos aquí.

Estáis ya enterados de algunas de mis aventuras, ocurridas cuando yo era teniente, cuando fui oficial de escuadrón, jefe de brigada y coronel; pero ahora no soy uno ni otro, soy algo mucho más importante: soy la historia misma.

Si conocéis algo de los últimos años de la vida de Napoleón, cuando estuvo prisionero en Santa Elena, recordaréis quizá que muchas veces pidió permiso para enviar una carta particular, una sola que no abriesen los que le rodeaban. Constantemente repitió esta demanda, llegando a prometer que, desde el momento en que le fuera concedido el permiso, dejaría de ser una carga para el gobierno inglés y él mismo pagaría sus gastos; pero sus guardianes sabían demasiado bien que aquel hombrecillo pálido desencajado era muy temible, y no se atrevieron a complacerle.

Con frecuencia ha sido éste el tema de la conversación entre los grandes políticos, los cuales han hecho muchos y diversos cálculos respecto de la persona a quien Napoleón necesitaba dirigirse con tanto secreto.

Unos decían que era su esposa, otros que era su suegro; éstos que era el emperador Alejandro, aquéllos que el mariscal Soult, pero nadie estaba en lo cierto.

¿Qué diréis, amigos míos, qué pensaréis de mí cuando sepáis que era conmigo, con Esteban Gerard, con quien quiso comunicarse? Sí, aquí donde me veis, con cien miserables francos de sueldo al mes, tengo la satisfacción de decir que, durante los últimos meses de su vida, el gran emperador pensaba sólo en mí, en este humilde servidor, y que hubiera dado la mano derecha por poder hablar conmigo a solas durante cinco minutos. Ahora vais a saber cómo ocurrió esto.

Fue después de la batalla de Fere Champenoise, de aquella batalla en que los reclutas con sus blusas y sus alpargatas se portaron tan admirablemente, que nosotros los más aguerridos, los más curtidos en la lucha, empezamos a comprender que se nos acababan las fuerzas. En aquella terrible batalla quedamos completamente aniquilados; el enemigo se apoderó de nuestras municiones y nos dejó con los cañones inutilizados y las arcas vacías.

El estado de la caballería era también deplorable; hasta mi brigada quedó en cuadro.

Entonces llegó la noticia de que el enemigo había entrado en París y que la mayor parte de los ciudadanos habían adoptado la escarapela blanca. Para colmo de desdichas supimos también que Marmont, con todas sus fuerzas, se había pasado a los Borbones.

¿Cuántos quedaban ya sin ser traidores? Se habían pasado Jomini, Jourdan, Marmont, Murat y Bernadotte. De todos ellos, el que menos importaba era Jomini; valía muy poco como general. Siempre fue más valiente con la pluma que con la espada.

Desde el principio estuvimos dispuestos a pelear con Europa entera, pero entonces parecía que tendríamos que luchar también con media Francia.

Los pocos que quedábamos llegamos a Fontainebleau rendidos y maltrechos después de tan larga y penosa marcha, y allí esperamos las órdenes de nuestro emperador. Entre todos éramos veinticinco mil hombres: el cuerpo de Ney, el de mi primo Gerard y el de Macdonald, con siete mil de la Guardia real. Muy pocos, es cierto; pero no hay que olvidar que aún nos quedaba el prestigio, que valía por cincuenta mil más, y el emperador, que valía por otros cincuenta mil lo menos. A todas horas estaba con nosotros, siempre alegre, siempre sereno y confiando, fumando su tabaco y jugando con la fusta, que apenas dejaba de la mano. Jamás, ni en los días de sus mayores glorias, le admiré como en los de la campaña de Francia.

Cierta tarde, cuando algunos oficiales charlábamos alrededor de una mesa bebiendo vino de Suresnes (y digo que era de Suresnes para que comprendáis que los tiempos no eran buenos), recibí un aviso de Berthier, diciendo que deseaba hablar

conmigo. Cuando os hable de mis camaradas de la guerra suprimiré (con vuestro permiso) los diversos títulos que habían alcanzado durante la campaña. Los títulos son muy bonitos para palacio, pero en la guerra nunca nos acostumbramos a tratarnos sino por los moteles. Así que uno era Ney, otro Rapp y otro Soult, nombres que en nuestros ánimos causaban tanto efecto como el sonido de las trompetas al tocar fagina.

Era, pues, Berthier, el que quería hablarme. Tenía sus habitaciones al final de la galería de Francisco I, cerca de las del emperador. Cuando llegué allí me encontré en la antesala esperando vez con dos militares a quienes tenía grandes motivos de conocer: el coronel Despienne, del regimiento 57, y el capitán Tremeau, de los cazadores de la guardia. Ambos eran soldados veteranos. Tremeau estuvo con Napoleón en la campaña de Egipto, y los dos tenían bien ganada la fama de tiradores y valientes. El pobre Tremeau era muy viejo, y por esta causa tenía algo débil el pulso; pero Despienne manejaba el arma con tanta destreza como yo, y en algunos asaltos que habíamos tenido en la sala de esgrima del palacio real, mi trabajo me costó derrotarle. La única falta de Despienne era que le faltaban tres pulgadas para llegar a la talla que debe tener el hombre; tenía tres pulgadas justas menos que yo, y era uno de los jefes más viejos del ejército.

Ya podéis figuraros que, al vernos juntos los tres, comenzamos a sospechar que algo extraordinario ocurría.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Tremeau con su voz de cuartel—. ¿Se espera acaso la llegada de tres valientes enviados por los Borbones?

No nos pareció del todo imposible, pues de todo el ejército, seguramente hubiéramos sido nosotros tres los elegidos para hacerles frente.

—El príncipe de Neufchâtel desea hablar con el coronel Gerard —dijo un lacayo presentándose en la puerta.

—Allá voy —contesté levantándome y dejando a mis compañeros llenos de curiosidad.

La habitación de Berthier era pequeña, pero estaba lujosamente amueblada. Cuando entré se hallaba sentado delante de una magnífica mesa escritorio, con un lápiz en la mano y un libro de notas abierto. Vestía mal y tenía aire de cansado. ¡Qué contraste con el vanidoso y alegre Berthier, que ponía la moda en el ejército y nos hacía rabiar de celos a los pobres oficiales al ver el lujo que siempre llevaba! En la manera de mirarme comprendí en seguida que estaba nervioso y disgustado.

—Señor jefe de brigada Gerard —comenzó diciendo.

—A las órdenes de vuestra alteza —contesté.

—Antes de todo necesito su palabra de caballero y de militar francés, la cual me responderá de que de lo que pase aquí nadie se enterará más que los dos.

—¡Cáspita, vaya un preámbulo! —dije para mis adentros. Y empeñé mi palabra de honor.

—Pues bien —añadió dirigiendo una mirada a la mesa y como si le costara

mucho trabajo el hablar—: ya sabe usted que todo ha terminado para el emperador. En Rouen, Jourdan, y en París, Marmont, se han pasado al enemigo, y se dice que antes de mucho *Monsieur* Talleyrand persuadirá a Ney para que haga lo propio. Es inútil luchar más; la continuación de la guerra sólo serviría para causar mayores daños al pueblo y al país. Por consiguiente, deseo saber si está usted dispuesto a ayudarme a entregar el emperador a las fuerzas enemigas, a fin de poner término de una vez y para siempre a esta interminable guerra.

Tan infame proposición hecha por el que fue uno de los primeros y más íntimos amigos del emperador, de quien había recibido grandes favores, me dejó pasmado y lleno de asombro y horror. Berthier, que me miraba de reojo esperando la contestación, me preguntó con marcada impaciencia:

—¿Qué me dice usted?

—Soy algo sordo de un oído —respondí fríamente—, y ciertas cosas no las oigo bien. Permítame usted que me retire para volver a mis obligaciones.

—Vamos, no sea usted niño —dijo levantándose y poniéndome la mano en el hombro—. Harto sabe usted que el Parlamento se ha declarado en contra de Napoleón y que el emperador Alejandro se niega a tratar con él.

—Señor —exclamé furioso—, sepa usted que a mí me importa muy poco del Parlamento y del emperador Alejandro.

—¿De quién le importa a usted?

—Lo que me importa es mi honor de caballero y el servicio de mi gran señor y amo el emperador Napoleón.

—Lo comprendo —replicó encogiéndose de hombros—. ¡Pero qué quiere usted que hagamos! Todo se ha perdido, y lo que principalmente debe interesarnos ahora es nuestro propio bienestar. ¿Hemos de ponernos contra el mundo entero? ¿Hemos de añadir la guerra civil a las numerosas y grandes calamidades que viene sufriendo el pueblo francés? Por otra parte, resulta que cada vez somos menos. A todas horas llegan noticias de nuevos abandonos y contrariedades. Aún tenemos tiempo para hacer la paz y alcanzar la más alta recompensa entregando el emperador a sus enemigos.

Temblaba yo tanto de rabia y de coraje, que apenas podía responder.

—Señor —dije por fin—, jamás hubiera creído posible que un mariscal de Francia olvidara su honor hasta el punto de hacer a nadie tales proposiciones. Os dejo entregado a vuestra conciencia. En cuanto a mí, hasta que otra cosa me ordene el emperador, la espada de Esteban Gerard estará siempre pronta para defender al gran Napoleón contra todos sus enemigos.

Mis palabras me afectaron mucho. Fue aquel uno de los momentos de mi vida que jamás olvidaré. Hubiera querido que todo el ejército me hubiera visto con la mano sobre el corazón, la cabeza erguida, proclamando mi devoción al emperador, aun en tiempos de tanta adversidad.

—Está muy bien —contestó Berthier.

Y tocó un timbre que tenía en la mesa. Apareció un criado y le dijo:

—Pase usted al señor coronel al salón.

Efectivamente; el criado me introdujo en un saloncito contiguo.

Lo que yo quería era marchar de allí cuanto antes, y no acertaba a comprender por qué me detenía. Cuando no se ha cambiado de uniforme durante toda la campaña de invierno, no se encuentra uno a gusto en palacio.

Un cuarto de hora haría que esperaba allí cuando el criado abrió la puerta de nuevo y entró el coronel Despienne. ¡Cielos, qué cara traía! Estaba lívido como un cadáver, sus ojos parecían querer saltar de las órbitas, las venas de las sienas las tenía hinchadas... toda la expresión de su rostro demostraba una ira sin igual. Estaba tan furioso que no acertaba a pronunciar ni una frase.

No hacía más que dar vueltas por la estancia como una fiera, y únicamente se detenía para exclamar: ¡Infame, bribón, canalla! Y otras palabras que no puedo reproducir.

Comprendí en seguida que le habían hecho la misma proposición que a mí y que el efecto había sido igual.

La palabra empeñada de no revelar lo que Berthier nos había propuesto no nos permitía comunicarnos lo que pensábamos; así es que me tuve que contentar con murmurar de cuando en cuando: ¡Qué barbaridad, qué atrocidad!, para que comprendiera que los dos estábamos de acuerdo.

Haría unos minutos que nos hallábamos él dando vueltas y más vueltas por la estancia y yo sentado en un ángulo del saloncito, cuando oímos un ruido muy extraño en el despacho de Berthier. Primero un gruñido sordo, semejante al de un perro rabioso que se lanza sobre su víctima; después el ruido que produce un cuerpo al caer, y en seguida una voz pidiendo socorro. Volamos más que corrimos los dos al despacho, y Dios quiso que llegáramos a tiempo de impedir una gran catástrofe.

Tremeau y Berthier habían rodado por el suelo, y sobre ellos había caído la mesa. El capitán tenía sujetada la garganta de Berthier con su amarillenta y huesuda mano, y tanto apretaba que el pobre príncipe estaba ya a punto de perecer ahogado. Unos minutos más, y su muerte era segura, inevitable.

—El mismo demonio me ha tentado —dijo poniéndose de pie—; sí, el demonio, sólo al demonio se le ocurre cosa igual.

Berthier no podía decir nada. Se reclinó en la pared para recobrar la respiración; luego, con un gesto de impaciencia y enojo, volvióse hacia un cortinón de seda azul que había detrás de su sillón y exclamó con furia:

—Señor, ya os dije lo que había de suceder.

Una mano descorrió el cortinón, y apareció el emperador, a quien hicimos el saludo llenos de asombro, porque aquello nos parecía un sueño.

Napoleón vestía el uniforme de cazador, con levita verde y pantalón blanco. En la mano llevaba la eterna fusta con puño de plata.

Nos dirigió por turno una mirada, sonriendo con aquella sonrisa particular en la que no tomaban parte ni los ojos ni la boca, y creo que todos sentimos un estremecimiento eléctrico. Por lo regular, éste era el efecto que nos producían las sonrisas del emperador. En seguida se acercó a Berthier, y poniéndole una mano sobre el hombro le dijo cariñosamente:

—¡Ah, mi querido príncipe! No os enfurezcáis por tan poca cosa. Siempre es un honor el sufrir por servir a la patria.

Habló con aquella voz tan dulce y acariciadora que algunas veces solía emplear. Napoleón hacía lo que quería con la lengua francesa: nadie la hablaba como él. Cuando estaba de buen humor, no podía hallarse idioma tan suave. Cuando él quería, ninguna lengua era más dura ni más temible.

—Hubiera acabado por matarme —contestó Berthier moviendo la cabeza de un lado a otro, como para asegurarse de que no tenía roto ningún hueso.

—¡Quiá! Si estos señores no hubieran acudido al oír vuestros gritos, yo mismo os hubiera socorrido. ¿Pero os encontráis mal de veras?

El emperador tenía verdadero cariño a Berthier. Aparte del desgraciado Durde, creo que en todo el ejército no había otro a quien tanto estimase.

Berthier se sonrió, aunque de mala gana.

—Siempre es una novedad —dijo— que yo reciba mis males de manos francesas.

—Sin embargo, los recibisteis por Francia —contestó el emperador. Luego, volviéndose a Tremeau, le cogió por una oreja, diciendo—: ¿Conque sí, eh, Tremeau? Usted fue uno de mis granaderos en Egipto, ¿verdad? Y ganó usted su medalla de honor en Marengo. Sí, sí, lo recuerdo perfectamente, amigo mío. ¿Conque no se ha apagado todavía la devoción al emperador? ¿Aún se subleva su ánimo cuando cree usted que le tratan mal? Y usted, coronel Despienne, ¿tampoco ha escuchado usted las tentaciones del demonio? Y el señor Gerard también promete tener siempre dispuesto el sable para defenderme contra mis enemigos. Bien, bien —añadió con satisfacción—. He tenido muchos traidores a mi lado, pero al fin voy conociendo los hombres fieles.

Ya podéis figuraros, amigos míos, la alegría que invadió nuestra alma al hablarnos de este modo el más grande hombre del mundo. Tremeau temblaba de satisfacción, y dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. A no verlo, sería imposible creer la influencia que ejercía el emperador sobre aquellos fieros veteranos.

—Bien, fieles amigos —continuó diciendo Napoleón—. Seguidme a esta habitación y os explicaré esta pequeña comedia, en la que todos hemos tomado parte. Berthier, permaneced aquí para que nadie nos interrumpa.

¡Aquella sí que era gran novedad! ¡Nosotros pasar a hablar privadamente con el emperador, mientras todo un señor mariscal hacía de centinela en la puerta!

Obedeciendo sus órdenes, pasamos a la habitación que había indicado, y después de cerrar la puerta con sumo cuidado, mandó que nos acercásemos al balcón. En seguida comenzó a decir en voz baja:

—Entre todo el ejército he elegido a ustedes tres, no sólo por ser los más valientes, sino también los más fieles de mis soldados. Tenía la completa seguridad de que podría depositar en ustedes toda mi confianza, y si he puesto a prueba su fidelidad mandando que, mientras yo veía sin ser visto, les hicieran proposiciones ventajosas para ustedes, aunque indignas de hombres honrados, ha sido porque cuando uno ha palpado la más vil de las traiciones entre individuos de su propia familia, es necesario obrar con mucha precaución. Baste decir que ahora estoy más convencido que nunca de que puedo contar con ustedes.

—¡Hasta la muerte, señor! —exclamó Tremeau.

—¡Hasta la muerte! —repetimos todos con entusiasmo.

Napoleón mandó que nos acercáramos más, y bajando más la voz continuó:

—Lo que ahora voy a decir a ustedes, amigos míos, no lo he dicho a nadie: ni a mi esposa ni a mis hermanos... a ninguno. Todo ha terminado para nosotros, se han

agotado hasta nuestros últimos recursos. La lucha ha concluido y es necesario tomar las precauciones convenientes.

Yo temblaba, no sé si de indignación o de pena.

Hasta entonces, a pesar de todas las contrariedades, nos resistimos a perder la esperanza; pero ahora, cuando el mismo emperador, con voz tranquila, aunque grave, nos aseguraba que todo había concluido, comprendimos que era ya inútil pensar en nuevos triunfos y conquistas.

Tremeau echó mano al sable gruñendo de rabia; Despienne se mordía furioso los labios, y yo, irguiéndome todo lo posible, trataba de hacer comprender al emperador que aún quedaban ánimos dispuestos a pelear contra la adversidad.

—Es necesario a todo trance —prosiguió el emperador— asegurar mis papeles y mi fortuna. Todo mi porvenir depende de conservarlos bien. Ellos constituyen la base de la próxima tentativa, pues estoy bien seguro de que los Borbones se encontrarán con que mi trono es harto pesado para ellos. ¿En dónde he de guardar cosas de tantísimo valor? Registrarán todas mis propiedades y las de mis amigos... Es menester que aquéllos a quienes pueda confiar lo que es más querido que la misma vida los obtengan y los guarden. Entre todos los franceses he elegido a ustedes para confiarles tan sagrada comisión. En primer lugar, voy a manifestarles cuáles son esos papeles; no quiero que nunca puedan decir que obraron con los ojos cerrados. Son la sentencia y la prueba de mi divorcio con Josefina, la fe de mi boda legal con María Luisa y la fe de bautismo de mi hijo y heredero el rey de Roma. Si se perdieran estos tres documentos, mi familia perdería todo derecho al trono de Francia. Además hay resguardos de fianzas por valor de cuarenta millones de francos. Una bonita fortuna, amigos míos, pero que nada vale, que nada significa comparada con el valor de los tres documentos a que acabo de referirme. Les digo esto para que comprendan toda la importancia de la comisión que les confío. Ahora escuchen ustedes con atención y sabrán dónde encontrarán los papeles y qué han de hacer con ellos. Esta misma mañana, en París, le han sido entregados a la condesa de Walewski^[30], que es persona de toda mi confianza. Esta tarde, a las cinco, saldrá en su berlina azul para venir aquí, a Fontainebleau. Debe llegar de nueve y media a diez de la noche. Traerá los papeles ocultos en un sitio secreto de su berlina, que sólo ella conoce. Se le ha avisado diciendo que al aproximarse a Fontainebleau se acercarán al carruaje tres oficiales a caballo, a quienes deberá entregar la cartera con los papeles. Usted, Gerard, es el más joven, pero el de grado superior, y por tanto a usted confío esta sortija de amatistas como señal de la comisión. Al recibir los papeles la entregará usted a la condesa. Asegurada la cartera, se dirigirán ustedes al bosque y llegarán hasta el antiguo palomar, llamado Colombier. Quizás esperaré yo mismo allí; pero si me parece peligroso enviaré a Mustafá, cuyas órdenes deben ustedes obedecer como si las diera yo personalmente. El Colombier no tiene tejado, y esta noche habrá buena luna; así verán ustedes perfectamente. A la derecha de la puerta encontrarán tres azadas apoyadas en la pared; con ellas abrirán un hoyo de tres pies de profundidad en el ángulo de la parte de la izquierda, es decir, la que está más cerca de Fontainebleau. Allí meterán los papeles, y una vez enterrados, cubrirán el hoyo con sumo cuidado, y vendrán a darme cuenta de todo.

Éstas eran las órdenes de Napoleón, pero dadas con tanto detalle y tan minuciosamente como sólo él sabía darlas. Cuando hubo acabado nos exigió palabra de honor de no revelar el secreto a nadie mientras él viviera, o por lo menos mientras los papeles permanecieran enterrados.

Después de esto fuimos a cenar juntos en la habitación de Despienne. A pesar de ser hombres bien acostumbrados a los más extraños caprichos de la suerte, los tres estábamos conmovidos y excitados con la extraordinaria entrevista que acabábamos

de tener, y con la idea de la aventura que nos esperaba.

Por mi parte, me había tocado recibir órdenes de labios del emperador mismo por tres veces ya; pero ni lo de los asesinos de Ajaccio, ni lo de mi famoso viaje de Alemania a París había ofrecido tan brillante ocasión de lucirme como la que ahora se me presentaba con aquella empresa íntima del gran Napoleón.

—Si al fin —dijo Despienne— le salieran bien las cosas al emperador, aún pudiéramos llegar a mariscales. Brindemos por el porvenir, alegres y dispuestos a todo, con tal de cumplir las órdenes, del emperador.

Terminada la cena convinimos en dirigirnos por distintos caminos hasta el primer mojón de la carretera de París, punto donde debíamos esperar a la señora condesa. De este modo evitaríamos las hablillas y murmuraciones a que pudiera dar lugar en el pueblo el ver salir juntos, a caballo y de noche, a tres hombres tan conocidos. Yo me retrasé algo porque *Violeta*, mi yegua, había perdido una herradura y fue necesario ponérsela; así que, cuando llegué al sitio de la cita, mis compañeros me esperaban ya. Llevaba, no sólo el sable, sino también dos pistolas nuevas inglesas, que pocos días antes había comprado en la calle de Rívoli y que me costaron ciento cincuenta francos. Eran de mucho alcance y muy certeras; tal vez las mejores del ejército.

La noche era magnífica. La luna, que brillaba a nuestras espaldas, reflejaba nuestras sombras sobre la blanca carretera; así que llevábamos siempre por delante tres gigantescos jinetes. Pero estaba tan poblada de árboles por aquella parte a uno y otro lado, que no alcanzábamos a ver por delante más que un corto trecho. Dieron las diez en el gran reloj de palacio y la condesa no parecía, ni trazas. Empezábamos a sospechar si le habría ocurrido algún percance, cuando llegó a nuestros oídos el ruido de un coche a lo lejos. Poco a poco se fue acercando, hasta que las luces amarillentas de los faroles aparecieron en un recodo de la carretera. Unos minutos más tarde divisamos dos hermosos caballos blancos que tiraban de una berlina azul. El cochero se detuvo al vernos, y nosotros nos acercamos al carruaje levantando las manos en señal de saludo a la bonita, aunque pálida cara, que se asomó a la ventanilla.

—Señora —dije yo en voz baja—, somos tres oficiales del ejército francés y venimos en nombre del emperador. Creo que ya está usted avisada de que la esperaríamos aquí.

El rostro de la condesa se tornó más pálido. Púsose a examinarnos con marcado recelo, y de repente exclamó furiosa:

—¡Mienten ustedes!

Quedé pasmado. No me hubiera sorprendido más si me hubiese dado un bofetón. Mi asombro provenía, no tanto de las palabras de la condesa, sino del desprecio con que las pronunció.

—Señora —respondí—, le aseguro a usted que se equivoca; nos hace usted una injusticia muy grande. Uno de estos caballeros es el comandante Despienne, el otro el capitán Tremeau y yo soy el coronel Gerard. Creo que nuestros nombres bastan para convencer...

—¡Villanos, infames! —añadió—. ¿Creen ustedes que porque soy una débil mujer me engañarán como quieran? ¡Miserables! ¡Marchen ustedes de aquí!

Dirigí una mirada a Despienne y vi que se había puesto lívido de coraje. Después miré a Tremeau, el cual no hacía más que tirarse del bigote.

—Señora —dije a la condesa con frialdad—, cuando el emperador nos honró con esta comisión entregóme esta sortija a manera de credencial. No creí que tres caballeros necesitarían hacer uso de ella, pero veo que me equivoqué.

La examinó a la luz del carruaje y volvió a palidecer, pero entonces fue de terror.

—¡Es la suya! —exclamó—. ¿Qué he hecho, Dios mío...?

—¡Pronto, señora, pronto! —grité—; denos usted los papeles.

—Los he entregado ya.

—¿Ya? ¿A quién?

—A tres oficiales —respondió la condesa.

—¿Cuándo ha ocurrido eso? —pregunté poseído de gran ansiedad.

—Hace media hora.

—¿Y a dónde han ido?

—¡Dios mío, no lo sé! Detuvieron la berlina, creí que venían en nombre del emperador y les entregué los papeles.

—¡Señora! ¿Qué ha hecho usted? Pero no importa. Para estas ocasiones quiero yo a los hombres de empuje. Quedaos —dije a mis camaradas—. Si pasan por aquí tres jinetes, detenedlos a todo trance. La señora condesa os dirá si son ellos. Vuelvo en seguida.

Piqué espuelas y salí a escape hacia Fontainebleau. Mi *Violeta*, mi yegua, corría como sólo ella sabía correr.

Al llegar a palacio eché pie a tierra y subí la escalera, aparté a los criados que pretendían detenerme y entré sin cumplidos en la cámara del emperador. Le encontré ocupado con Macdonald, los dos con lápices y brújulas en las manos y haciendo notas sobre una carta de marcar. Levantó la cabeza incomodado porque venían a molestarle, pero al ver que era yo mudó de color.

—Puede usted retirarse, señor mariscal —dijo. Y en cuanto se hubo cerrado la puerta añadió, volviéndose hacia mí:

—¿Qué noticias trae usted de los papeles?

—Señor, han desaparecido —contesté.

Y en pocas palabras le referí lo que había ocurrido. La expresión de su rostro no cambió al escucharme, pero vi que la mano le temblaba tanto que apenas podía sostener el lápiz.

—Tiene usted que recobrarlos, Gerard —dijo—. Se trata del destino de mi dinastía y no hay momento que perder. A caballo, coronel; parta usted inmediatamente.

—¿Quiénes son, señor? —me atreví a preguntar.

—No lo sé, estoy rodeado de traidores. Pero los llevarán a París, y ¿a quién habrán de entregárselos sino a ese maldito Talleyrand? ¡Sí, sí! Seguramente se encuentran en la carretera de París; aún será posible alcanzarles. Con los tres mejores caballos de mis caballerizas...

No esperé a oír más. Bajé la escalera volando. Estoy seguro de que no habían transcurrido cinco minutos cuando volvía a salir de Fontainebleau, jinete sobre mi *Violeta* y llevando en cada mano la brida de uno de los mejores caballos árabes del Emperador. Me aconsejaron que llevara tres, pero no quise ofender a mi yegua. Al detenerme poco después delante de mis compañeros quedaron éstos asombrados de mi rápida vuelta.

—¿No ha pasado nadie? —pregunté.

—Nadie.

—Pues entonces están camino de París. ¡Pronto, amigos míos! Montad y sigámosles a todo galope.

No necesitaron mucho tiempo para cambiar de caballos. En menos del que yo tardo en contarlos montaron los del emperador, dejando los suyos abandonados en la carretera.

Y salimos al galope. Yo en medio, Despienne a mi derecha y Tremeau un poquito atrás, porque era el más pesado de los tres. ¡Cielos, qué manera de galopar! Leguas y leguas corrimos en línea recta. De cuando en cuando, al pasar por algún caserío, oíamos el abrir y cerrar de puertas y ventanas, más para cuando se asomaba la gente nos habíamos convertido en tres puntos negros que desaparecían con la velocidad del rayo.

Daban las doce cuando entrábamos en Corbeil. En la puerta de la taberna se hallaba un mozo de cuadra con un cubo de agua en cada mano.

—¿Han pasado por aquí tres jinetes? —le pregunté.

—Acabo de dar agua a sus caballos —respondió—. Deben estar próximamente en...

—¡Adelante, amigos míos! ¡A ellos, a ellos...!

Y volvimos a marchar con un barullo de mil demonios. Un gendarme quiso detenernos, pero le fue imposible hacerse oír con el ruido de los caballos.

De nuevo nos encontramos en campo abierto, pero aún nos faltaban veinte leguas para llegar a París. ¿Cómo era posible que se nos escaparan los traidores cuando los perseguíamos con los mejores caballos de Europa? Ninguno de los tres daba muestras de fatiga, aunque mi *Violeta* llevaba siempre alguna delantera. Y eso que la pobrecita no corría todo cuanto podía correr, pues comprendí que, si la daba rienda suelta, pronto hubieran quedado atrás los árabes del emperador.

De repente oí una exclamación de Despienne.

—¡Allí están! —gritaba loco de contento.

—¡Son nuestros! —añadió Tremeau.

—¡Adelante, amigos míos, adelante! —dije yo por toda respuesta.

Teníamos delante un largo trecho de carretera alumbrado por la luna y a lo lejos veíamos tres jinetes casi echados sobre sus caballos. Por momentos fuimos ganando terreno y distinguiéndolos mejor. Al poco tiempo pude distinguir que el de la derecha y el de la izquierda iban envueltos en grandes mantos negros, mientras que el del centro vestía uniforme de cazador y montaba caballo gris. Caminaban en ala, pero era fácil comprender que el caballo del centro era el menos fatigado. Al mismo tiempo calculamos que el que lo montaba era el jefe de los tres, pues continuamente volvía la cabeza para medir la distancia que nos separaba.

Al principio se veía sólo una cosa blanca; luego se pudo distinguir un bigote, y por fin, cuando el polvo que levantaban los caballos empezaba a secarnos la garganta, pude llamarle por su nombre.

—¡Alto, coronel Montluc! —grité con toda la fuerza de mis pulmones—. ¡Lo mando en nombre del emperador! ¡Alto...!

Hacía años que conocía a Montluc y le tuve siempre por un militar atrevido, pero un pillo muy redomado. Para decir la verdad, tenía muchas ganas de ajustarle las cuentas, pues él fue el que en el duelo en Austria asesinó a mi amigo Teville, disparando un momento antes de dar las palmadas.

Apenas había acabado de pronunciar la última voz de alto, cuando sus dos compañeros se volvieron y dispararon sobre nosotros. Oí un ¡ay! Horrible lanzado por Despienne, a la vez que Tremeau y yo hacíamos fuego contra el que disparó. Cayó hacia adelante, con un brazo colgando por cada lado del caballo; entonces su compañero, volviéndose sable en mano, lanzóse sobre Tremeau. Sin hacer caso del ruido que produce el choque de dos sables metí espuelas a la yegua y salí escapado

tras el jefe. Que él abandonara a sus compañeros y marchara solo fue para mí la mejor señal de que debía dejar a los míos y seguirle.

Había ganado unos doscientos pasos, pero mi *Violeta* los cubrió antes de que hubiéramos pasado los dos primeros mojones de la carretera. Todos sus esfuerzos eran inútiles. Por más que metía espuelas y apuraba al caballo, yo ganaba terreno cada dos minutos. Estaría próximamente a veinte metros de él cuando, lanzando una horrible maldición, se volvió de súbito y disparó dos tiros sobre mi yegua. Tantas veces he sido herido, que para fijar el número exacto necesitaría pensarlo bien. Con balas de mosquete, con balas de cañón, con bombas explosivas... ¡qué sé yo! También he recibido heridas de bayoneta, de lanza, de sable, de puñal... Pero, sin embargo, jamás he sentido tanta pena como cuando noté las oscilaciones de mi pobre yegua.

Saqué la pistola y apunté a la espalda del traidor, el cual le soltó un latigazo al caballo. Creí que había errado el tiro, pero un momento después vi que sobre el color verde de su uniforme aparecía una mancha negruzca que aumentaba por instantes. El coronel empezó a tambalearse en su silla, hasta que por fin cayó, quedando enganchado del estribo por un pie. En esta postura, pegando la cabeza en la carretera, fue arrastrado largo trecho por el caballo, hasta que éste, rendido de fatiga, se paró y pude echarle mano a la brida.

—¡Los papeles! —grité saltando a tierra—. ¡Deme usted los papeles inmediatamente! —Pero antes de acabar la frase, por la postura del cuerpo y de las piernas comprendí que todo había terminado para él. Mi bala le había atravesado el corazón.

Lo que más me preocupaba era los papeles, ¡siempre los papeles! Le abrí la túnica y le registré bien hasta la camisa. Después hice lo mismo con las fundas de las pistolas y la vaina del sable, y, por último, le quité las botas y solté la cincha del caballo para buscar debajo de la silla. Todo fue inútil. No tenía los papeles.

Éste nuevo desengaño me desanimó tanto, que de buena gana lo hubiera abandonado todo. Hasta sentí ganas de llorar. Luchaba contra mí la suerte, y la suerte es un enemigo ante quien los hombres más valientes tienen que inclinarse.

Abracé a mi pobre *Violeta*, que estaba herida, y traté de pensarlo bien a fin de obrar con mejor acierto. Sabía que el emperador no me tenía por muy listo y ardía en deseos de demostrarle que se había equivocado. Montluc no tenía los papeles, y sin embargo había abandonado a sus compañeros para huir; no acababa de comprenderlo. Por otra parte, era evidente que, si él no los tenía, los tendría alguno de sus compañeros. Uno había muerto ya; dejé al otro luchando con el viejo Tremeau, y si conseguía escapar de las manos del famoso tirador, forzosamente tenía que pasar por donde yo estaba. Decidido a volver en busca de mi compañero, cargué las pistolas y las guardé en sus fundas. En seguida reconocí a *Violeta*, que movía la cabeza con

orgullo, como si quisiera decirme que era harto valiente para hacer caso de un par de arañazos, y vi que el primer tiro no la había hecho mucho daño. El segundo era más grave, pues le había atravesado la vena del pescuezo; sin embargo, ya no sangraba. Calculando que, si se debilitaba mucho, podría cambiar de caballo montando el de Montluc, le llevé de la brida. Era un animal magnífico y me pareció que nadie tenía tanto derecho a él como yo.

Tenía mucha prisa por volver a unirme con mis compañeros, y di rienda suelta a *Violeta*; cuando de repente me llamó la atención algo que brillaba extraordinariamente en una de las márgenes de la carretera. Era el adorno de metal del sombrero de Montluc. ¿Y cómo el sombrero se hallaba tan lejos del sitio donde Montluc había caído? Me puse a pensar en esto, que me parecía un poco extraño, y deduje que el coronel, al ver que irremisiblemente le alcanzaba, lo había arrojado todo lo lejos que pudo. Salté de la yegua lleno de alegría y... ¡esta vez no me había engañado! En la copa del sombrero, oculto entre los pliegues del forro, encontré un paquetito envuelto en pergamino y atado con una cinta amarilla. Lo saqué con una mano, y con el sombrero en la otra salté de contento a la claridad de la luna. Al fin comprendería el emperador que no se había equivocado al dejar sus asuntos en manos de Gerard.

Dentro de la túnica tenía yo un bolsillo donde guardaba las cosas más queridas; allí guardé los papeles. En seguida monté de nuevo y ya marchaba a ver qué había sido de Tremeau, cuando a lo lejos vi un jinete que se disponía a cruzar la carretera por el lado opuesto al sitio donde encontré el sombrero. Al mismo tiempo sentí el ruido que produce un caballo al marchar al trote, y ¡cuál no sería mi sorpresa cuando, al doblar un recodo, tropecé de manos a boca con el mismísimo emperador! Montaba un caballo blanco y vestía el largo gabán gris y el sombrero de tres picos que tantas veces le había visto en los campos de batalla.

—¡Hola! —dijo a manera de saludo—, ¿dónde están mis papeles?

Me acerqué y sin pronunciar una palabra se los entregué con marcada satisfacción. Rompió la cinta y les echó una ojeada. En seguida extendió el brazo izquierdo y me rodeó el cuello. Sí, amigos míos; aquí donde me veis, viejo y humillado, he tenido el grande honor de ser abrazado por el gran Napoleón.

—Esteban —me dijo—, es usted una maravilla.

No quise replicarle. La idea de que al fin me hacía justicia me llenó de orgullo.

—¿Dónde está el ladrón, Gerard? —preguntóme.

—Ha muerto, señor.

—¿Usted le ha matado?

—Señor —repuse—, hirió mi yegua y me vi obligado a dispararle para que no escapara de mis manos.

—¿Le reconoció usted?

—Era Montluc y fue coronel de cazadores.

—¡Vaya! —exclamó el emperador—; hemos asegurado el peón, pero la mano que

lo juega está aún fuera de nuestro alcance.

Quedó pensativo durante unos momentos, con la barbilla inclinada sobre el pecho, y luego oí que murmuraba entre dientes:

—¡Ah, Talleyrand, Talleyrand! Si yo hubiera estado en tu lugar y tú en el mío hubieras aplastado la víbora que te rodeaba. Hace cinco años que estoy convencido de lo que eres, y sin embargo te he dejado vivir para que al fin me muerdas. No importa, amigo Gerard —añadió en voz alta—, a cada uno le llega su día, y cuando me toque a mí, le aseguro a usted que me acordaré de los amigos y de los enemigos también.

—Señor —me atreví a decir después de reflexionar un poco—, espero que vuestra majestad no creerá que se debe a alguna indiscreción nuestra el que vuestros enemigos se hayan enterado del plan formado por V. M. para obtener los papeles.

—Difícil sería —contestó—, puesto que en París se arregló todo y hace muy pocas horas que recibieron ustedes mis órdenes.

—Entonces, ¿cómo...?

—¡Basta! —exclamó interrumpiéndome—, abusa usted de su situación.

De estas cosas tenía muchas el emperador. Charlaba con uno con la confianza de un amigo íntimo, y cuando le había hecho olvidar la enorme distancia que los separaba, con una mirada, con una frase, le recordaba quién era a cada uno. Cuando acaricio al perro hasta que se atreve a poner las patas sobre mis rodillas, y entonces le echo con un gesto de desprecio, me acuerdo de los modales del emperador.

Dio media vuelta al caballo y yo le seguí silencioso y muy contrariado. Sin embargo, cuando volvió a hablar, sus palabras me hicieron olvidarme de todo.

—No pude descansar —dijo—, hasta saber lo que había sido de usted. ¡A buen precio me han costado los papeles! Hoy, desgraciadamente, no abundan tanto los hombres fieles como para perder dos en una misma noche.

Cuando dijo dos creí que la sangre se me helaba en las venas.

—El comandante Despienne fue herido de un balazo, señor —balbuceé.

—Ha muerto —respondióme—, y también el capitán Tremeau. Éste murió de un sablazo. Si yo hubiese llegado unos momentos antes, quizás hubiera podido salvarle. Su asesino huyó por la margen de la carretera.

Entonces me acordé del jinete que había visto poco antes de encontrarme con el emperador. Sin duda marchó en dirección opuesta para evitar un encuentro conmigo; pero si lo hubiera sabido yo y *Violeta* hubiese estado sana, habría vengado la muerte de mi compañero. Recordaba tristemente los días que pasamos juntos y pensaba si la debilidad de su puño sería causa de su trágico fin, cuando Napoleón volvió a hablar.

—Sí, señor coronel —dijo—, usted es ahora el único que sabe dónde están los papeles.

Quizás será aprensión mía, pero no puedo menos de confesar que creí notar en la voz del emperador algo que no indicaba gran sentimiento. No era así, sin embargo, y bien pronto pude desengañarme.

—Sí —continuó—, verdad es que he pagado bien caros los papeles, pero jamás ha tenido nadie tan fieles servidores.

Poco después llegamos al sitio de los primeros tiros.

El comandante Despienne y el traidor a quien habíamos matado yacían a poca distancia el uno del otro. Sus caballos pastaban pacíficamente a la sombra de los álamos.

El pobre capitán tampoco estaba lejos. Le hallamos tendido de espaldas y con los brazos y las piernas extendidos. Tenía la túnica desabrochada y en el pecho una herida grande que se veía a través de una rotura de la camisa.

El emperador se inclinó respetuosamente sobre el cadáver y murmuró con profunda amargura:

—¡Pobre amigo mío! Estuvo conmigo en la época de Rívoli. Él fue uno de los que me acompañaron a Egipto.

Su voz parecía resucitar al muerto. Vi que los párpados de éste temblaban, y que agitaba el brazo y movía el puño del sable como si tratase de sacarlo para saludar. En seguida abrió la boca y expiró.

—¡Que todos seamos tan valientes en vida y a la hora de la muerte! —exclamó el emperador.

—Amén —murmuré yo desde el fondo de mi corazón.

A cincuenta metros de aquel lúgubre sitio había un caserío, cuyo dueño, alarmado con el ruido de los caballos y el tiroteo de las pistolas, acudió a ver lo que pasaba. Al levantar la cabeza me fijé en él, que mudo de extrañeza y de temor contemplaba a Napoleón con la boca abierta. Dejamos a su cargo los muertos y los caballos, así como también mi *Violeta*, a cuya herida era necesario atender, y nos pusimos en camino.

El emperador iba muy silencioso al principio. Creo que la muerte de Despienne y Tremeau le impresionó mucho. Siempre fue hombre muy reservado, y en aquellos días en que a cada paso recibía noticias de los éxitos de sus enemigos o de la traición de alguno de sus amigos, no se podía pretender que estuviera alegre ni comunicativo. Sin embargo, cuando pensaba yo en los papeles que llevaba en su pecho, y en que yo, Esteban Gerard, se los había recobrado, juzgué que bien merecía alguna consideración. Quizás él tuvo el mismo pensamiento, pues al dejar la carretera para entrar en el bosque empezó a contarme lo que más deseaba yo saber.

—En cuanto a los papeles —dijo—, ya le he dicho que ahora nadie sabe dónde están ocultos. Mi mameluco llevó las azadas al palomar, pero ignora para qué han de servir. Desde el lunes teníamos pensado llevarlos allí, pero de este secreto estaban enterados un hombre y una mujer. A la mujer le hubiera confiado la vida. ¿Cuál de los dos me ha hecho traición? No lo sé, aunque no tardaré en saberlo.

Caminábamos a la sombra de los árboles, y le oía pegar latigazos a la bota, tomando rapé, como acostumbraba hacerlo cuando estaba muy excitado.

No debo repetir, amigos míos, todo cuanto el emperador me dijo. Palabra por palabra lo tengo impreso en la memoria, y quizás antes de morir lo trasladaré al papel. Habló mucho de su vida pasada y algo de su porvenir; de la devoción de Macdonald, de la traición de Marmont y de la falsedad de Talleyrand. Habló también de su hijo el rey de Roma con el mismo cariño con que pudiera hablar un padrazo, y por último habló de su suegro el emperador de Austria, quien, decía Napoleón, «me defenderá contra mis enemigos».

Por mi parte no me atreví a contestar ni una palabra, pues no olvidaba cómo me había reprendido poco antes; me limité a marchar a su lado silencioso, sin poder convencerme de que aquél era el gran Napoleón, el hombre reservado cuya sola mirada me estremecía y que entonces, en frases cortas, me revelaba impaciente sus pensamientos. Acaso después de las falsedades y embusterías de la corte aliviaba sus pesares desahogándose con un simple militar como yo. De esta manera el emperador y Esteban Gerard (aunque han pasado años aún me causa placer el poder unir mi nombre con el del gran Napoleón), de este modo el emperador y yo atravesamos el bosque de Fontainebleau, siempre a pie, hasta llegar al Colombier.

Las azadas estaban allí, colocadas a la derecha de la puerta. Las lágrimas brotaron de mis ojos al recordar para quiénes se habían traído.

—Pronto —exclamó Napoleón—, de lo contrario, amanecerá antes de que acabemos.

Cogió una azada, yo cogí otra y entre los dos abrimos rápidamente un hoyo. Luego, colocando los papeles en una de las fundas de mis pistolas para preservarlos de la humedad, los pusimos en el fondo, y llenamos y cubrimos el hoyo con sumo cuidado para borrar toda huella, toda señal de que la tierra había sido removida. Amanecía cuando salimos juntos del Colombier. Mientras esperaba yo para ayudar a montar al emperador, díjome éste poniendo una mano sobre mi hombro:

—Gerard, hemos dejado los papeles ahí y con ellos quiero que deje usted el recuerdo de que hayan existido nunca. Solamente los recordará usted cuando reciba una orden escrita por mi propia mano y autorizada además con mi sello particular. De aquí en adelante olvidará usted lo que queda en ese Colombier.

—Lo olvidaré, señor —respondí.

Y caminamos juntos hasta el límite del bosque, donde me dijo que me podía retirar. Saludé y me disponía a obedecer, cuando me habló de nuevo:

—Es sumamente fácil —dijo— equivocarse los puntos de la brújula en este bosque. ¿No diría usted que fue en el lado Norte donde los enterramos?

—¿Enterrar... qué, señor? —exclamé con sorpresa.

—Los papeles, hombre —contestó impaciente.

—¿Qué papeles, señor?

—¡Dios me valga! Los papeles que usted recobró para mí esta noche.

—Vuestra majestad me dispense, no acabo de comprender a qué papeles se refiere vuestra majestad.

Por un momento enrojeció de rabia, pero en seguida se echó a reír y dijo:

—¡Muy bien, coronel! Empiezo a creer que es usted tan buen diplomático como excelente soldado. No debo añadir más.

* * *

Ya conocéis la aventura en que fui amigo y compañero del gran Napoleón. Cuando volvió de Elba dejó de sacar los papeles hasta más adelante, hasta que su posición estuviera más asegurada; así que quedaron allí cuando fue prisionero a Santa Elena. Algún día oiréis quizás hablar de esos papeles, y entonces contaréis a vuestros hijos la historia, tal y como la habéis oído de labios del único que sabía dónde estaban ocultos, de Esteban Gerard, el hombre que fue tentado por el mariscal Berthier, a quien honró el emperador con un abrazo y que cabalgó con él por el bosque de Fontainebleau.

Amigos míos, la primavera se acerca; sin duda hallaréis más placer paseando al sol que escuchándome a mí. Sin embargo, hacéis bien en prestarme atención, porque muchas primaveras pasarán y muy extraordinarios acontecimientos han de ocurrir antes que Francia halle otro hombre como aquél a quien tuve la alta honra de servir.